

Juan Antonio Cebrián

La aventura de los Godos

La Esfera de los Libros S.L., 2002  
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos. 28002 Madrid  
Teléf.: 912960200.

Diseño de cubierta: Opal.

Ilustr. cubierta: M. Degraín La Conversión de Recaredo al Catolicismo,  
Patrimonio H. Artístico Senado, Madrid.

I.S.B.N: 84-9734-027-2

Dep. legal: M.1.557-02

Fotocomposición: Irc, S.L.

Impresión: Anzos

Encuadernación: Huertas

Impreso en España

Tercera ed: 01 de 2002

Portada:

Juan Antonio Cebrián (Albacete, 1965) es periodista y locutor. Ha realizado, entre otros, los programas de radio La Red, Azul y verde, y el tan recordado Turno de Noche. Actualmente dirige el programa La Rosa de los Vientos en Onda Cero.

Ha sido distinguido, dentro de su importante trayectoria, por la Asociación de Corresponsales Diplomáticos con el premio al "Mejor Locutor" (1994) y por el Fondo Mundial de Protección a la Naturaleza Wwf barra Adena, con el galardón a la "Mejor Divulgación" (1998). Es autor de Pasajes de la Historia (2001), de gran éxito editorial.

Contraportada:

Hubo un tiempo donde sólo mencionar la terrible lista de los reyes godos provocaba el pánico de los enflaquecidos alumnos de la posguerra española. La aridez de este oscuro capítulo de la historia provocaba enormes cefaleas entre los niños de los años 40 y 50. Sin embargo, tras la turbia enumeración, se encontraba un mundo fascinante, de aventuras propias de cualquier película donde la épica fuera el ingrediente esencial: con intrigas palaciegas, luchas de poder, crímenes y regicidios, con matrimonios venturosos o desdichadas alianzas bajo el signo imperial.

Los godos fueron personajes de su tiempo, vieron caer imperios, como el Romano, levantarse otros, como el Musulmán, y construyeron su dominio en el solar de Hispania. En sus tres siglos de supremacía se movieron al dictado de su destino: fueron nómadas, saquearon campos y ciudades, buscaron un territorio al que llamar patria. Lucharon con fiereza por sobrevivir; ninguna generación de godos escapó al hambre o a las guerras.

Este libro nos ilumina un tiempo lejano y con él conoceremos a sus legendarios protagonistas: al sanguinario Sigerico; al valiente Walia; al diplomático Eurico; al ambicioso Teodorico; a Gesaleico, cobarde y atribulado; al lascivo Rodrigo; a Chindasvinto y sus conjurados; al intransigente y erudito Sisebuto; a Wamba, que pierde su reino víctima de una pócima...

Con La aventura de los godos se deleitarán al descubrir sorprendentes secuencias de una historia que no es otra que la nuestra.

Este libro está dedicado por varias razones a mi madre, Antonia, una mujer cuya fuerza y tesón escapan de lo probable, así como al equipo y oyentes de mi querido programa La Rosa de los Vientos.

## Introducción

El esperanzado propósito que me mueve al escribir esta obra no es sino el de reconciliarme con la historia de mi país. Hubo un tiempo en el que sólo mencionar la terrible lista de los Reyes Godos provocaba el pánico de los enflaquecidos alumnos de la posguerra española. La aridez y la supuesta inutilidad de ese episodio creaban enormes cefaleas entre los niños de los años cuarenta y cincuenta. Poco a poco, el dichoso enunciado monárquico fue quedando relegado al olvido; hoy en día, me atrevería a defender que son muy escasos los que conocen o dominan los avatares de aquellos brumosos siglos.

Los godos son algo más que una pesada lista de reyes; fueron testigos de un período asombroso de la crónica histórica mundial, vieron caer imperios como el romano, levantarse otros como el musulmán y, mientras tanto, edificaban un Estado en el solar hispano. En sus tres siglos de hegemonía se movieron al compás dictado por el destino, fueron nómadas bárbaros, saquearon campos y ciudades, buscaron desesperadamente un territorio al que llamar patria, y cuando lo encontraron se aferraron a él como un niño a su madre. Lucharon ferozmente por la supervivencia; durante trescientos años ni una sola generación de godos escapó al hambre o a las guerras. Amigos y enemigos de todos los pueblos que los rodeaban escribieron su particular historia en el contexto de eso que los investigadores llaman la Era Oscura europea; escasos documentos de la época nos han dado una imagen, más o menos cercana, de un pueblo al que le tocó diseñar el prólogo de la Edad Media española. Dejaron atrás el ancestral paganismo para enarbolar la bandera cristiana, ora arrianos, ora católicos.

En sus monarcas -cuyas vidas estamos a punto de descubrir- encontramos los diferentes perfiles de la condición humana: el carisma de Alarico, fundador de la saga y dominador de Roma; el odio de Sigerico, capaz de asesinar por venganza; el empuje de Walia, luchando contra sus hermanos germánicos para crear un reino. La prudencia de Teodorico, en busca de la estabilidad de su pueblo; el ímpetu de Turismundo, intentando aniquilar al mismísimo Atila; la diplomacia de Teodorico II y sus pactos con Roma; la mesura de Eurico, con su legislación para los pueblos bajo su mando; el abatimiento de Alarico II, viendo cómo se perdía el reino tolosano; la ilusión de Gesaleico mientras conducía a los godos hacia la definitiva Hispania; la impaciencia de Amalarico por gobernar en lugar de su abuelo; el equilibrio mostrado por los ostrogodos Teudis y Teudiselo; la intolerancia de Agila; la imprudencia de Atanagildo; la certeza de Liuva; las dudas de Leovigildo, combatiendo a su propio hijo Hermenegildo; la convicción de Recaredo, convertido al catolicismo; la candidez de Liuva II; la determinación de Witerico por volver al arrianismo; el sentido de Gundemaro; la cultura de Sisebuto; la brevedad de Recaredo II; la energía de Suintila expulsando a los bizantinos; el "conspiranoico" Sisenando; la increíble longevidad de Chintila, que reina hasta los noventa años; la incapacidad de Tulga; la visión de Estado de Chindasvinto; el orden y esplendor de Recesvinto; la fuerza de Wamba; la debilidad de Ervigio; la decadencia de Egica; la reacción de Witiza y, por último, la desolación de Rodrigo; todo ello nos acerca, aunque parezca mentira, a nosotros mismos. En efecto, los españoles de hoy en día somos una consecuencia de las actuaciones y mestizajes de aquellas gentes que, con tanto afán, buscaban un lugar bajo el sol.

Ojalá que tras la lectura de este libro sean muchas las personas que rehabiliten el sitio que los godos nunca debieron perder dentro de la Historia española. Esta obra no ha sido pensada para deleitar a mentes eruditas -para eso hay otros libros-; lo único que pretende es divulgar, de la forma y manera más asequibles, un momento crucial de la Historia de España. Las frases que encabezan cada reinado han sido idealizadas pensando en la vida y personalidad de los reyes.

Los invito a adentrarse en la aventura vital de los godos, seguro que no salen decepcionados. Espero que lo disfruten tanto como yo.

Juan Antonio Cebrián

De todas las tierras cuantas hay desde Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, ¡oh, sacra España, madre siempre feliz de príncipes y de pueblos! Bien se te puede llamar reina de todas las provincias...; tu honor y ornamento del mundo, la más ilustre porción de la tierra, en quien la gloriosa fecundidad de la raza goda se recrea y florece.

Natura se mostró pródiga en enriquecerte; tú, exuberante en frutas, henchida de vides, alegre en mieses..., tú abundas de todo, asentada deliciosamente en los climas del mundo, ni tostada por los ardores del sol, ni arrecida por glacial inclemencia... Tú vences al Alfeo en caballos y al Clitumno en ganados; no envidias los sotos y los pastos de Etruria, ni los bosques de Arcadia...

Rica también en hijos, produces los príncipes imperantes, a la vez que la púrpura y las piedras preciosas para adornarlos. Con razón te codició Roma, cabeza de las gentes, y aunque te desposó la vencedora fortaleza Romulea, después el florentísimo pueblo goda, tras victoriosas peregrinaciones por otras partes del orbe, a ti amó, a ti raptó, y te goza ahora con segura felicidad, entre la pompa regia y el fausto del Imperio.

San Isidoro, De Laude Spanie.

## I. Alarico

Desde que tomé Roma en mis manos, nadie ha vuelto a menospreciar el poder de los godos. Lo que impulsó el afán de conquistas y el deseo de aventuras dio grandeza a un pueblo necesitado de patria.

Alarico I, rey de los visigodos, 395-410

Los godos, tribu en expansión

De lo más profundo de los bosques del norte y arropados por una bruma ancestral, surgieron los bárbaros para azote de la civilizada Roma. Quisieron el destino y los siglos que uno de ellos encarnara el máximo poder de las tribus visigodas para dar golpe de gracia al tambaleante Imperio; su nombre: Alarico. Alarico I está considerado por buena parte de la comunidad de investigadores históricos como el primer gran rey de los visigodos. Su aparición en la historia es decisiva para entender algo más el declive y la caída del Imperio Romano.

Este rotundo guerrero era la viva imagen de un pueblo orgulloso y entregado a la única causa de la supervivencia. Alarico fue un amante de la belleza; él se consideraba a sí mismo bello, vamos, un Narciso de los godos. Lo cierto es que algo de razón tenía, su imagen representaba la de un hombre alto, bien musculado y de pelo rubio trenzado en barba y melena, dando al conjunto un aspecto muy varonil a la par que atractivo. Su nacimiento lo podemos fijar en el año 370, en una de las islas que pueblan uno de los lugares más sugerentes de toda Europa: Perice, en el delta del río Danubio. En esa privilegiada zona se encontraba asentada la tribu de los baltingos, descendientes del gran jefe Baltha, que significa audacia. Por tanto, nuestro héroe pertenece al linaje de los baltingos que, como veremos, dará mucho que hablar a lo largo de este libro. Sin embargo, para que la tribu de Alarico llegara al Danubio, antes tuvo que pasar por siglos y guerras en una lenta migración no apta para espíritus débiles o cuerpos delicados. Bueno será que echemos la vista atrás, para averiguar por todos los estudiosos como el más civilizado de los invasores bárbaros.

Dejemos mientras tanto al pequeño Alarico jugando con sus amigos en su aldea natal, cuando el peligro de los temibles jinetes hunos se abate sobre ellos dando un giro a los acontecimientos.

Escandinavia fue la tierra original de los pueblos germánicos; el godo lo era, como otros tantos que manaron de aquellas frías latitudes. Hemos de buscar en el área del mar Báltico entre la zona meridional y Alemania. En este último territorio se asentarán los godos entre los siglos II a.C. y el III.

No hay que descartar la isla sueca de Gotland como punto de arranque oficial de la expansión goda. Ésta se iniciaría aproximadamente hacia el 50 a.C. De aquella isla báltica, de unos 3.100 kilómetros cuadrados, saltaron al continente, donde se organizaron en tres grupos con el objetivo de dominar el Vístula. Estos contingentes tenían sus nombres: greutungos o "de las piedras", tervingos o "de los bosques", y visos o "de las praderas", y fueron absorbidos finalmente por los gauti, nombre original de los godos. Vencieron a rugios y vándalos hasta que los gépidos los empujaron hacia el este por el río Dniéster en Ucrania a mediados del siglo II.

Un siglo más tarde ya habían sido divididos por las migraciones en dos grupos perfectamente delimitados: por un lado, los ostrogodos, es decir, godos orientales; por otro, los visigodos o godos occidentales. Los primeros se asentaron en los territorios ucranios, dominando a germanos, eslavos, fineses y sármatas; los segundos, al oeste del Dniéster, ocupando Besarabia, Moldavia y Transilvania. Era evidente que los visigodos se consolidaron como firmes candidatos a ser los primeros en entrar en contacto con el Imperio Romano y así fue.

A lo largo del siglo III mantuvieron diferentes enfrentamientos bélicos con Roma que les procuraron entradas en Misia, Tracia y Dacia, abandonadas definitivamente por el emperador aureliano en el año 271. En esas tierras crecieron los godos (mesogodos) como agricultores, mientras estrechaban cada vez más sus lazos con el Imperio. Años más tarde, en el 332, romanos y visigodos sellaban un pacto por el cual el emperador Constantino concedía a los bárbaros el status de federados con el objeto de frenar las incursiones germanas en la zona fronteriza del Danubio. Era el comienzo de una extraña amistad.

#### Alianzas y desacuerdos con Roma

El siglo IV también supuso para los godos su entrada en el mundo cristiano; ésta se produjo de la mano de Ulfilas, un obispo godo que acometió la ardua tarea de traducir a su lengua natal la Biblia, utilizando para ello una mezcla lingüística donde abundaban caracteres latinos, griegos y nórdicos. Ulfilas (340-383) transmitió a los suyos el cristianismo de tendencia arriana; ya no abandonarían esta herética corriente hasta el III Concilio de Toledo, celebrado en el año 589.

Se puede decir que en el 395, fecha en la que Alarico es proclamado rey o caudillo de los visigodos, todas las tribus bajo esta denominación habían sido ya cristianizadas. También en ese año el Imperio Romano quedaba fraccionado definitivamente en dos, y, por si fuera poco, nacía Atila. Como vemos, un año muy excitante para la humanidad.

A lo largo del siglo IV el Imperio Romano había hecho todo lo posible para desaparecer. Con frecuencia los romanos utilizaban tropas mercenarias bárbaras para sus guerras defensivas o civiles, y los godos se habían acomodado perfectamente a las exigencias romanas. El ejército imperial se mostraba en una situación más que lamentable y no era extraño que muchos caudillos y generales godos se pusieran al mando de las anteriormente orgullosas legiones romanas.

En la segunda mitad del siglo IV llegó al poder el gran Teodosio, emperador de origen hispano y ferviente practicante de la fe católica, aunque no hemos de olvidar la entrañable tensión que mantenía con el enérgico san Ambrosio, obispo de Milán. Con Teodosio llegó la última y efímera reunificación del Imperio, no sin combatir al usurpador Eugenio, hombre culto y retórico que simpatizaba con el paganismo. Teodosio no quiso consentir esta situación y buscó alianza con los ya cristianizados visigodos para derribar y aplastar a los que él consideraba enemigos de la fe. Es aquí cuando nos volvemos a encontrar con Alarico dirigiendo a unas huestes visigodas que apoyaban con entusiasmo a ese emperador tan extraño que les prometía tantos beneficios.

Corría el año 394, Alarico tenía tan sólo veinticuatro años y ya era jefe natural de todas las tribus visigodas. Las mismas tribus que en el 376 habían sido empujadas por el poder de los hunos a cruzar su querido Danubio. En ese tiempo buscaron la protección de Roma, pero, como siempre, el Imperio los

subestimó. A los visigodos, situados entre dos frentes, sólo les quedó combatir con decisión. Así el 9 de agosto de 378, en la célebre batalla de Adrianópolis, asestaron una humillante derrota a los romanos, que incluso vieron morir a su emperador Valente. Adrianópolis supuso el principio del fin del Imperio Romano; desde entonces nada volvería a ser lo mismo en las fronteras de Roma y Constantinopla. El escritor cristiano Ambrosio escribió: "Vivimos el ocaso del mundo". Los visigodos, como si fueran conscientes de estas palabras, saborearon su victoria al máximo, inundaron y rapiñaron los Balcanes durante un lustro, tiempo que necesitó el nuevo emperador Teodosio para reorganizar el vencido ejército romano oriental.

En el 382, Teodosio se vio obligado a firmar un nuevo pacto con los visigodos; mediante este documento el emperador les cedía los territorios de Tracia para su establecimiento y además les eximía de impuestos. El compromiso de los visigodos se reducía a servir como tropas federadas en el ejército de Oriente. Así estuvieron algunos años, y alcanzó esta amistad su cima el 6 de septiembre del 394, cuando orientales y visigodos derrotaron a las tropas occidentales de Eugenio en las cercanías del río Frígido, con lo que consiguió la última unificación del Imperio Romano.

La alegría duró pocos meses: en enero del 395 moría el gran Teodosio, repartiendo el Imperio entre sus dos hijos: Honorio y Arcadio. Al primero le correspondió Occidente y el segundo, Oriente. Y en medio de todo Alarico y los suyos que, por cierto, se sintieron muy maltratados al comprobar que los hijos no estaban a la altura del padre. A los visigodos no se les pagó lo estipulado por sus servicios de guerra y, una vez más, fueron menospreciados por los romanos. Esto originó una crisis de tal calibre que los visigodos decidieron dar sentido a su identidad étnica y cultural. El hasta entonces caudillo Alarico fue proclamado rey de todos los visigodos, dando lugar a la dinastía baltinga.

Alarico, el orgullo de los Visigodos

Los romanos no eran capaces de imaginar lo que se les venía encima. Los ejércitos visigodos, liderados por su joven rey Alarico I, atravesaron Macedonia y Tracia por el paso de las Termópilas; esta vez no se encontraron al espartano Leónidas, sino a unos monjes arrianos que les facilitaron el paso. Recorrieron Fócida y Beocia incendiando poblaciones y esclavizando a sus habitantes. Atenas se salvó gracias al pago de un cuantioso rescate y a una opípara cena. Pero otras poblaciones como Corinto, Esparta, Argos y Megara fueron saqueadas y sus ciudadanos vendidos como esclavos. La rabia de Alarico se había cebado en Grecia. El visigodo se las prometía muy felices ante la debilidad de los dos jóvenes Augustos, pero Teodosio había previsto esta situación y, a tal fin, dejó al magister militum Estilicón, de origen vándalo, con la difícil tarea de tutelar a sus inexpertos vástagos. Alarico pronto embistió al Oriente de Arcadio, pero Estilicón era mejor táctico y estratega, obligando al godo a una rápida retirada cuando se encontraba a pocos kilómetros de Constantinopla. Con todo, el emperador oriental ofreció paz y territorios a los bárbaros. Alarico, que no había conseguido el prioritario propósito de convertirse en comandante militar de los ejércitos romanos, aceptó gustoso el gobierno de Iliria, una amplia zona que marcaba las fronteras entre Oriente y Occidente. Allí, a costa del tesoro romano, rearmó y entrenó a su poderoso ejército a la espera de días más propicios, siempre bajo la atenta mirada de Estilicón. Como el lector puede imaginar, Alarico, muy embravecido por los acontecimientos, no tardaría mucho en lanzarse a nuevas campañas militares.

En el otoño del 400, el ejército visigodo irrumpió por sorpresa en la Península Itálica aprovechando una ausencia de Estilicón, quien se encontraba rompiendo sus lazos con Oriente para apoyar decididamente a Honorio en Occidente. Los romanos escuchaban estupefactos las noticias de masacre y terror que llegaban desde el norte de su, hasta entonces, invulnerable península. Durante casi año y medio, los visigodos cabalgaron sin apenas oposición por lugares próximos a Roma. Una vez más, la fortuna se puso del lado imperial.

Al término del invierno del 402 el general Estilicón, al mando de un potente ejército, derrotó a la hueste goda el 19 de marzo en Polenza. Alarico encajó mal

la derrota, pero aún tuvo suficiente poder de reacción para escapar con los restos de su ejército y vadear el río Po. Los romanos no estaban dispuestos a dejarlo huir definitivamente y emprendieron una persecución hasta que lo alcanzaron en las cercanías de la ciudad de Verona, donde nuevamente vencieron a los godos. Estilicón era un buen militar, pero también un excelente diplomático; eso permitió que, previo pago de una cuantiosa suma, Alarico decidiera poner pies en polvorosa huyendo de Italia hacia sus territorios. La noticia de la marcha de Alarico llenó de alegría las calles de Roma; sus habitantes, emocionados, levantaron en el 404 un arco triunfal en conmemoración del hecho. Roma había sido tocada pero todavía quedaban esperanzas de salvación, si bien no tardarían en disiparse. Pocos meses más tarde, el inepto emperador Honorio había recuperado el vigor. Fue entonces cuando se sintió fuerte para diseñar una campaña militar contra Oriente. Honorio nunca desestimó la posibilidad de reunir bajo un solo cetro el Imperio de su padre, lo que pasaba necesariamente por la victoria sobre su hermano Arcadio. Para ello, optó por la alianza con su antiguo enemigo visigodo, y éste, como siempre, ¿la reportaría la aventura. Estilicón dio el visto bueno al acuerdo, pues en el fondo admiraba el ímpetu y la bravura de Alarico; sospecho que estos sentimientos eran recíprocos.

En medio de los preparativos llegamos al año 408, donde se produce un hecho que cambiará el rumbo de la historia: la inesperada muerte de Arcadio. En ese mes de mayo, el Imperio Romano de Occidente ya había retirado muchas tropas de Hispania y las Galias para el futuro enfrentamiento con Oriente. Estilicón y Alarico habían reunido un impresionante ejército, cuando llegaron mensajeros desde la capital con órdenes de paralizar la campaña. Alarico exigió el pago de lo acordado, 1.814 kilos de oro. El emperador dudó, pero ante la sugerencia de Estilicón finalmente consintió con la promesa de la entrega del botín. Los visigodos se retiraron. Entonces el Augusto comete su más terrible torpeza, pues, pensando en una hipotética confabulación de Estilicón y Alarico, ordena ejecutar al primero, olvidando pagar al segundo.

La trama que envolvió el asesinato de Estilicón fue gestada en el seno de la facción más reaccionaria del Senado romano, ya que muchos senadores temían la entrega del poder al bárbaro a manos del buen general. La conspiración cobró cuerpo el 23 de agosto del 408 cuando, mediante engaño, Estilicón fue muerto en las puertas de una iglesia romana. La respuesta de las tropas al servicio de Estilicón no se hizo esperar y 30.000 soldados se pasaron inmediatamente al ejército de Alarico. Aquellos 1.814 kilos de oro se iban a convertir en los más costosos de la historia. Sin solución de continuidad, Alarico I vuelve a invadir la Península Itálica, esta vez sin un Estilicón que lo frene y con un objetivo muy claro en su mente: conquistar Roma. En pocas semanas sus tropas se plantan ante las murallas de la ciudad eterna. Alarico exige entonces un tributo al que los atemorizados romanos no osan negarse. El rescate consistió en 5.000 libras de oro, 30.000 libras de plata, 3.000 libras de pimienta y 4.000 piezas de seda. Una vez satisfecho el pago, Alarico se dirigió a Rávena, capital administrativa del Imperio, para negociar en persona con Honorio la concesión de los fértiles territorios comprendidos entre el golfo de Venecia y la frontera danubiana, más o menos lo que hoy ocupa la actual Austria. El torpe Honorio incurrió nuevamente en el error de despreciar al bárbaro, prolongando en exceso las negociaciones y mostrando tal falta de respeto hacia Alarico que, airado, volvió sobre sus pasos y mandó que su ejército sitiara de nuevo Roma. Los visigodos pensaban rendir la ciudad por hambre; en cambio, la hambruna se empezó a cebar en ellos. Por fin, el 24 de agosto del año 410, Alarico I daba la orden trascendental de ocupar la ciudad. El punto elegido fue la puerta Salaria, sita en el nordeste de Roma, por donde entraron los godos. Las órdenes de Alarico eran claras y contundentes: se podía saquear todo lo que se quisiera menos los templos cristianos, y además los guerreros godos no deberían destruir monumentos emblemáticos de la capital -recordemos que Alarico era un amante del arte y de la belleza y sabía que tarde o temprano debería volver a convivir con los romanos-. ¿Por qué no pensar en un futuro emperador de origen visigodo? Sólo Alarico I estaba capacitado para asumir tal poder; no olvidemos que los godos fueron considerados

como los más civilizados de todos los pueblos germánicos, en detrimento de otras tribus menos romanizadas y poco dispuestas a negociaciones o pactos.

### Sueños de grandeza

Los saqueos, incendios, torturas y asesinatos duraron seis días con sus noches y esto terminó por romper el alma del imperio más poderoso del mundo, que sucumbió ante un puñado de guerreros a los que los romanos consideraban bárbaros incivilizados. ¿Fue el castigo a su prepotencia?

Recordemos que muchos asociaban la caída de Roma con el fin de los tiempos, un pensamiento muy extendido desde los albores del cristianismo. El propio Alarico aseguraba que desde su entrada en Italia en el 408 una voz sobrenatural lo acompañaba en sus sueños. Esta voz decía: "Intrabis in urbem"; la visión hacía que el implacable godo pensara que un demonio lo empujaba hacia la destrucción de Roma.

Después del saqueo, Alarico ordenó marchar hacia el sur, pues sus guerreros estaban contentos, habían comido y bebido hasta la saciedad; alforjas, arcas y carros rebosaban gracias al botín obtenido, en el que destacaba el sagrado candelabro judío de siete brazos y la enigmática mesa de Salomón, arrebatados del templo de Jerusalén siglos atrás por el inclemente Tito, constituyendo las piezas principales del famoso tesoro que permitió a los godos asentar los cimientos de su futuro reino.

Alarico I, ebrio de optimismo y triunfo, todavía no tenía suficiente, era el primer bárbaro que conquistaba Roma y ahora soñaba con ser emperador. Para fortalecer su amplio poder necesitaba asegurar las líneas de abastecimiento que Roma mantenía con el norte de África. En esas provincias del Mediterráneo se encontraban los graneros del Imperio. Aprovechando el entusiasmo de una tropa que lo seguía con absoluto fanatismo, a la usanza clientelar germánica, dio la orden de emprender la marcha hacia Brindisi, desde donde pasarían a Sicilia y posteriormente fletarían una poderosa armada que los conduciría a las posesiones africanas. El plan fue diseñado minuciosamente, nada podía fallar. El poder y la fama de Alarico I eran inmensos, tenía cuarenta años recién cumplidos y se empezaba a considerar como un auténtico elegido de Dios.

La columna visigoda que avanzaba hacia la punta de bota italiana poseía unas dimensiones descomunales, miles de guerreros godos de toda condición y clase, mezclados con otros tantos esclavos capturados en las diferentes rapiñas y asaltos.

Entre esos rehenes iba Gala Placidia, la hermosa hija de Teodosio el Grande y hermana, por tanto, de Honorio y Arcadio. También viajaba el usurpador Atalo Prisco, senador romano de origen jonio y de posible religión arriana, al que Alarico había situado en el trono de Roma un año antes como emperador títere, puesto en el que mostró una absoluta ineficacia para cumplir con las misiones que el rey godo le había encomendado. El propio Alarico lo destituyó unos días antes del terrible asalto a Roma.

Gala Placidia fue capturada en la capital y con ella Alarico pensaba obtener ventajas a la hora de negociar futuras condiciones políticas o económicas. Con lo que no contaba el rey visigodo era con que el príncipe Ataúlfo se iba a fijar tan decididamente en la noble romana, como luego veremos.

El ejército visigodo fue devastando todos los territorios que encontró a su paso. Campania, Apulia y Calabria son ejemplos de la crueldad con la que se emplearon los bárbaros. Pronto llegaron a Cosenza, ciudad que no debía suponer el más mínimo problema para los guerreros de Alarico, pero, cuando ya habían sitiado la ciudad, la fatalidad visitó el campamento godo. Alarico en esos días estaba nervioso y alterado. Sus propósitos de invasión sobre África se habían truncado por una tremenda tempestad que había desarbolado y hundido casi toda la flota que, a tal fin, se encontraba dispuesta en Sicilia.

Quiso el destino que Cosenza fuera la ciudad que viera morir al gran rey visigodo Alarico I. Muchas fueron las leyendas que circularon tras su fallecimiento: unas dirían que murió ahogado en medio de una tempestad cuando se dirigía al norte de África, otras historias contaron que Alarico, temeroso de la revancha romana sobre su pueblo, fingió su muerte con el propósito de salvar a

los suyos. Lo cierto es que al gran líder lo único que pudo derribarlo fue la enfermedad y ésta llegó en forma de malaria. En medio de fiebres y convulsiones moría Alarico I el Grande, primer rey del linaje baltingo y héroe eterno de los visigodos. Aquella tribu que inició su camino siglos antes siguiendo a una pléyade de linajes más o menos nobles ahora rendía culto y lloraba al único rey al que habían sido capaces de seguir.

No le fallarían en su último momento. Sus generales decidieron que el cadáver no debía caer en manos del enemigo. Para ello idearon un plan destinado a ocultar para siempre la tumba de su jefe. Miles de esclavos fueron conducidos al cauce del río Busento, donde trabajaron durante varias semanas hasta que consiguieron desviar su curso mediante una enorme obra hidráulica que consistía en la construcción de un canal y el consiguiente muro. Una vez terminado el trabajo, comenzaron los rituales mortuorios. Los obreros cavaron una profunda fosa en el lecho del río y dentro del sepulcro situaron el cadáver del rey acompañado por lo que la leyenda estima un inmenso tesoro que nadie intentó cuantificar. Finalizada la operación, los generales visigodos ordenaron derribar el muro de contención para que el Busento ocupara nuevamente su cauce natural. La escena debió de ser muy impactante, cuasi bíblica. El acto terminó cuando los soldados visigodos asesinaron a todos los esclavos que habían participado en la obra para que nadie jamás pudiera desvelar el sitio exacto donde descansaba el cuerpo de Alarico.

Hoy en día, en la ciudad de Cosenza podemos encontrar un recuerdo material del episodio: el puente de Alarico suspendido sobre el río Busento entre las iglesias de San Domenico y San Francesco de Paola, en el punto preciso donde se cree que yacen su cuerpo y el tesoro.

Miles de visigodos se vieron privados de su rey, y esa noticia los había desmoralizado; además, en el norte los romanos se estaban organizando para dar respuesta vengadora a tanta tropelía cometida por los bárbaros. Tenían que tomar una decisión, la supervivencia de su pueblo estaba en juego: lejos quedaba el sueño imperial de Alarico. Fue entonces cuando los guerreros visigodos volvieron su mirada sobre alguien que había acompañado al caudillo desde el primer momento, el gran príncipe Ataúlfo, cuñado y casi hermano de Alarico. Cumpliendo con la costumbre germana, los hombres golpearon sus armas contra los escudos, mientras gritaban el nombre del elegido. Todo fue muy rápido pues la historia de los godos así lo demandaba. En pocos días, el flamante rey Ataúlfo se ponía al frente del pueblo visigodo para iniciar una retirada fulminante pero bastante honrosa. Aquella hueste que había sometido la capital del mundo tendría que negociar una salida si no quería ver comprometida su propia forma de existencia. ¿Estaría Ataúlfo a la altura de Alarico?

## II. Ataúlfo

Mi gente no está suficientemente preparada para asumir el gobierno de las instituciones romanas; sin embargo, yo fundaré un reino para los godos y se lo entregaré a mi amada Gala Placidia.

Ataúlfo, rey de los visigodos, 410-415

### Los visigodos llegan a Hispania

En el año 410, el Imperio Romano de Occidente parecía un castillo de naipes al que el soplo de los pueblos bárbaros se empeñaba en derribar. Decenas de hordas habían provocado otras tantas incursiones por buena parte de la geografía dominada hasta entonces por Roma. Para más confusión, la capital era tomada y saqueada por los visigodos. Un año antes, suevos, vándalos y alanos se habían precipitado sobre Hispania. En Britania las olvidadas legiones proclamaban nuevos emperadores. En las Galias también surgían aspirantes al trono imperial. La situación se presentaba muy incómoda para Honorio, que observaba todo esto escondido en Rávena bajo la amenaza latente del rey Ataúlfo y los suyos, desperdigados por el sur de la Península Itálica. Los visigodos ni querían ni podían mantener el sueño imperial de Alarico. El rey Ataúlfo tuvo que asumir que



su pueblo no estaba en condiciones de dirigir las instituciones públicas romanas; sólo le quedaba un camino, y era el de pactar con el emperador Honorio su salida de Italia. A éste, aunque mantenía un odio visceral a todo lo visigodo, no le quedó más remedio, dada su delicada situación en Britania, Galia e Hispania, que prometer al rey Ataúlfo tierras y suministro de víveres a cambio de su ayuda como pueblo federado. Honorio acordó con Ataúlfo el establecimiento de los visigodos en el sur de las Galias, allí ayudaría al ejército romano dirigido por el magister militum Constancio a reequilibrar una situación que se había vuelto muy oscura. Por las Galias desfilaban los ejércitos del britano Constantino, siempre deseoso de invadir Italia. También operaban tropas del galo Jovino, ayudado por un visigodo llamado Saro, enemigo atroz del linaje baltingo.

Desde el año 406, el caos se había adueñado de territorios considerados como la flor y nata del Imperio Romano, lo que facilitaba que cualquier aristócrata o general de las provincias se creyera con facultades para asumir el poder y reconducir la situación. La llegada en el 411-412 del rey Ataúlfo a la zona de operaciones supuso un alivio para el general Constancio. Es curioso cómo aquellos dos hombres unidos por la causa de Honorio en el fondo eran contendientes enfrentados por el amor de Gala Placidia. La joven y hermosa rehén romana permanecía con los visigodos desde el saqueo de Roma.

Constancio había vencido, capturado y ejecutado a Constantino y sus hijos, obligando a Geroncio, hombre de confianza de Constantino en Hispania, a una retirada humillante hacia la Tarraconense. Allí se encontraba el general Máximo, otro usurpador nombrado a dedo por un Geroncio que tuvo que suicidarse junto a su familia empujado por sus propios hombres. Por su parte, Ataúlfo derrotó y ejecutó a Saro y Jovino, con lo que se puede decir que en el 412 la situación se restablecía de forma momentánea. El problema surgió cuando el emperador Honorio no cumplió el pacto firmado con ataúlfo -recordemos que el romano había prometido tierras y alimentos a cambio de ayuda militar y la entrega de la secuestrada Gala Placidia, pretendida por el general Constancio-. El incapaz Honorio no pudo suministrar la intendencia acordada y Ataúlfo no consintió la devolución de la hermana del emperador de la que, seguramente, se había enamorado ya desde los tiempos de su captura en Roma. El general Constancio instigó a Honorio para que recuperara por la fuerza a la hermosa Gala Placidia. Era un descrédito para Roma que una princesa imperial llevara tanto tiempo prisionera de los bárbaros. La guerra estalló con total virulencia; Ataúlfo condujo a sus hombres a la plaza de Marsella, donde esperaba abastecer a los hambrientos guerreros. La contienda por la toma de la ciudad, defendida por el comes Bonifacio, concluyó con la derrota de los visigodos en una batalla en la que el propio Ataúlfo resultó herido.

Después del incidente, el ejército visigodo marchó sobre el oeste, ocupando entonces Narbona, Tolosa, Burdeos y otras ciudades del sur, y a finales de año dominaban completamente Aquitania, Novempopulania y la Narbonense. Así terminó el año 413, con un ataúlfo dispuesto a dar una nueva vuelta de tuerca a una situación geopolítica cada vez más insostenible para el Imperio Romano.

El rey de los visigodos retomó el viejo sueño de su antecesor Alarico y empezó a preparar un plan que lo impulsaría a lo más alto del poder en Roma. La idea pasaba por unir su destino al de Gala Placidia. El matrimonio entre el visigodo y la romana supondría un gesto de buena voluntad para los dos mundos con un claro beneficiario, el propio Ataúlfo. Conseguir el trono de Roma era muy difícil, pero no tanto obtener un reconocimiento sobre el dominio visigodo en las Galias. En enero del año 414, Gala Placidia y Ataúlfo se casaban en la ciudad de Narbona; el sitio elegido fue la villa de un galo romano llamado Ingenio. El anfitrión supo estar a la altura del acontecimiento procurando al festejo toda clase de pompa y ornamento, una boda magnífica realizada a estilo romano con ciertos aires paganos. La reunión resultó brillante y centenares de invitados comían, bebían y sonreían ante el halagüeño futuro que planteaba la situación. Pero lejos de los propósitos iniciales de Ataúlfo, en Roma el emperador Honorio montaba en cólera nada más recibir la noticia de aquel asombroso enlace entre su hermana y el bárbaro. A este enojo imperial se sumaba un celoso Constancio que ansiaba cobrarse venganza en carne

goda. Honorio decidió no mantener más lo que él suponía una farsa y prometió la mano de Gala Placidia a su general y consejero Constancio, a cambio de la expulsión del pueblo visigodo que moraba en tierras galas. El magister militum aceptó gustoso la misión y pronto organizó un poderoso ejército, a cuyo frente se puso, mediante alianzas con las tribus bárbaras del Rhin. Con esta numerosa tropa auxiliar, Constancio se lanzó a la campaña contra Ataúlfo. Los visigodos fueron hostigados con una rabia sin fin. El ejército romano fue tomando ciudad tras ciudad, Ataúlfo y los suyos no pudieron aguantar más la presión y tuvieron que aceptar la retirada como única salida posible. Quemaron Burdeos y atravesaron los pasos pirenaicos para entrar en la Tarraconense, arrebatando Barcino (Barcelona) a los vándalos.

A finales de 414 Constancio había vencido, pero no tenía a Gala Placidia, que se encontraba embarazada de su primer hijo, esperando la llegada de su marido en tierras de Hispania. Algunos militares no entendieron la orden de retirada hacia la Tarraconense que dio Ataúlfo. Se sabe que unos pocos generales quisieron presentar resistencia al ejército de Constancio, pero Ataúlfo, instigado por su mujer, negó a sus hombres la posibilidad del combate pensando en el hipotético gobierno de la provincia Narbonense y, en consecuencia, ordenó la marcha hacia el sur.

¿Qué pretendía? Es sencillo de suponer: el rey visigodo no buscaba enemistarse con el emperador romano, todo lo contrario. Por si fuera poco, Gala y él estaban a punto de darle un sobrino, nieto, por tanto, del gran Teodosio. Era una buena oportunidad para un futuro Imperio Romano gobernado por alguien que llevara sangre de los dos linajes. Con la esperanza de una reconciliación, Ataúlfo se quedó en Aquitania escoltado por un pequeño contingente. Sin embargo, Honorio no aceptó ningún tipo de pacto o alianza, pidiendo una vez más al bárbaro que devolviera a Gala Placidia sin condiciones. Con el gesto triste, Ataúlfo comprendió el camino al encuentro de su amada, que esperaba en Barcino. Terminaba el 414 con un escenario cuajado de incertidumbres para el pueblo visigodo, pero es, sin duda, una fecha crucial para nuestra historia, no en vano los visigodos entraban en Hispania para prevalecer durante tres siglos.

A comienzos del 415 nació el fruto de la unión de Gala Placidia y Ataúlfo; al niño le pusieron de nombre Teodosio o Teodorico, en honor a su abuelo, el emperador romano. La desgracia se cebó en la pareja. A las pocas semanas del nacimiento el bebé murió por causa desconocida. En medio del dolor y las lágrimas, ordenaron construir un pequeño ataúd de plata, donde depositaron el cuerpo del niño y lo enterraron en la catedral de Barcino. Para Gala era su primer hijo; para Ataúlfo el séptimo, pues ya tenía seis de un matrimonio anterior.

El rey diseñó un nuevo plan, esta vez pensando en la creación de un reino gótico en Hispania, para lo que expulsaría a los vándalos, suevos y alanos que habían llegado a la península en el 409. Duras batallas se estaban preparando para la conquista del inmenso territorio, pero muchos nobles visigodos ya no creían en Ataúlfo. Suponían que no se encontraba a la altura de Alarico y llegaban a pensar que su amor por la romana lo cegaba hasta impedirle reconocer cuál era la situación real.

En agosto del 415, Ataúlfo se encontraba revisando las cuadras de su palacio y nada hacía sospechar los terribles acontecimientos que se abatían sobre él. Un esclavo llamado Dubius, del que el rey solía mofarse a consecuencia de su pequeña estatura, se acercó sigilosamente al monarca, quien se percató de la llegada del sirviente pero no le dio la importancia debida. De repente y a la velocidad del rayo, el anteriormente humillado Dubius sacó un puñal que clavó varias veces en el cuerpo del sorprendido jefe visigodo, que quedó en situación agónica.

Nunca sabremos realmente si fue el diminuto Dubius quien quiso matar al rey Ataúlfo, o más bien fueron otros los que animaron a ese cruel asesinato; también se ha pensado que la idea del regicidio partió de Eberwulfo, un supuesto amante de Gala Placidia que pretendía la mano de ésta. Todo hace ver que la conspiración para matar al rey nace en el seno de una facción que detestaba al linaje baltingo. Estos detractores eran visigodos desafectos que venían de varias ramas: por un lado, nobles poco favorecidos por Alarico y Ataúlfo; por

otro, se encontraba la gente del general Saro, que había combatido contra Ataúlfo, siendo derrotados y su líder ejecutado por orden del propio Ataúlfo. Los supervivientes se incorporaron con mucho recelo a la hueste vencedora; entre ellos se encontraba el hermano de Saro que, al parecer, juró vengarse de Ataúlfo. El nombre de este personaje tan vengativo era Sigerico, que se va a convertir en el protagonista de nuestra siguiente historia.

Ataúlfo yacía casi muerto rodeado por los brazos de una estremecida Gala Placidia, que en poco tiempo se había quedado sin marido y sin hijo. Ante la romana se abría un gris horizonte propiciado por buena parte de los godos, que veían en ella a la culpable de tanta desgracia.

Los leales servidores del rey se aproximaron con urgencia para saber cuál era la última voluntad del monarca a quien habían seguido durante cinco años desde Italia a Hispania, pasando por las Galias. La sangre cubría el suelo y Ataúlfo, lleno de amargura por esa vil forma de morir, acertó a mirar con ternura a su amada; luego recompuso su rostro para decir con voz firme que el sucesor de Ataúlfo no debía ser otro que su hermano Walia. Él era el mejor candidato para mantener la dinastía. Dicho esto, el rey Ataúlfo expiró. Los clásicos rituales mortuorios godos se celebraron entre el dolor y la consternación de una sociedad que se debatía en la duda de elegir al rey más adecuado para conducir el destino de unas gentes acostumbradas a ser gregarias de líderes enérgicos y carismáticos.

El joven y valiente Walia era el señalado por el rey muerto pero los poderosos magnates disidentes impondrían muy pronto su opinión, considerando que Sigerico era la figura propicia para asumir el inestable gobierno de los errantes godos.

### III. Sigerico

Ataúlfo humilló a mi linaje en las Galias. Llegada es la hora de cobrarme sanguinaria venganza en él y en esa romana que tiene como esposa.

Sigerico, rey de los visigodos, 415

#### Semana trágica en Barcino

Muchos lloraron la desaparición de Ataúlfo, no en vano lo habían seguido por buena parte del territorio europeo y con él habían llegado a la provincia más occidental del Imperio Romano. En principio, Ataúlfo había pensado en la creación de un reino cuyo nombre sería Gotia, pero, como vemos, por el momento no sería posible. Parece que sus intentos a la hora de establecer lazos de amistad con Roma resultaron infructuosos. Su muerte lo cubría todo y había llegado la hora para un nuevo rey, el primero de los visigodos proclamado como tal en tierras de Hispania.

Sigerico no era tan diplomático como Ataúlfo. El sanguinario monarca fue nombrado por los nobles más beligerantes con los intereses romanos, por lo que todo parecía abocado a una terrible guerra. El primer edicto ordenado por el rey Sigerico nos habla de la oscura personalidad de este polémico líder: en el documento se condenaba a muerte a los seis hijos de Ataúlfo. Con ello Sigerico esperaba librarse de futuros e incómodos pretendientes al trono. Una vez cumplida la injusta condena, se volvió sobre Gala Placidia, a quien muchos acusaban de ser la culpable de la blandura mostrada por el rey Ataúlfo. La reciente viuda fue humillada e insultada delante del populacho. Además, se la sometió a múltiples castigos; uno de ellos consistió en caminar junto a las esclavas durante más de 24 Kilómetros siempre bajo la atenta mirada del rey Sigerico que la seguía amenazante a lomos de su caballo unos pocos metros más atrás. Terminada la marcha, Gala Placidia caía al suelo agotada, entre las risas de la guardia personal del temible rey. Gala, que apenas contaba veinticinco años, ya albergaba experiencias tan distintas como las de ser princesa imperial de Roma, rehén de los bárbaros, reina de los mismos y ahora torturada y preparada para ser asesinada o enviada a Roma a cambio de prebendas para los visigodos. Además, sabía lo que era perder un hijo. No obstante, pronto llegarían mejores vientos para Gala Placidia.

El rey Sigerico ordenó la reunión de todo el ejército para empezar a organizar la campaña contra Roma. Se calcula que los visigodos que entraron a Hispania no eran muy numerosos, su cifra podía rondar los 200.000, casi tantos como los suevos, vándalos y alanos que habían llegado unos años antes. Por tanto, tenemos a unos 400.000 bárbaros asentados en medio de una población hispano-romana compuesta por unos cinco millones de habitantes. Ocurre que los pueblos bárbaros basaban su forma de vida en la guerra y las conquistas, por eso no es de extrañar que la cuarta parte de la población bárbara siempre estuviera movilizada y dispuesta para el combate. Así, el ejército visigodo superaba ampliamente los 50.000 efectivos, lo que para el año 415 era mucho poder. Sigerico estaba confiado ante lo temible de su tropa y esperaba conseguir, gracias a esos guerreros, muchas victorias frente a los débiles romanos.

Pero no todos querían mantener sus hostilidades con el Imperio. Por ejemplo, los afines al linaje baltingo de Alarico y Ataúlfo no querían bajo ningún concepto seguir guerreando con quienes ellos pensaban firmar futuros acuerdos de convivencia. Por otra parte, estos visigodos no aceptaban a Sigerico como rey, de él decían que no era más que un usurpador asesino, por eso defendían la posición de Walia, al que consideraban el auténtico heredero de Ataúlfo.

Cuando Sigerico llevaba tan sólo siete días reinando se produjo su asesinato. Fue muerto por los seguidores de Walia y lo cierto es que nadie discutió la elección de éste. La semana de terror y crueldad que Sigerico había dado a su pueblo bastó para que su desaparición fuera más que aplaudida. ¿¿Gala Placidia respiró por la romana.

Al parecer, tras la muerte del patético Sigerico, llegaban nuevos tiempos para el pueblo visigodo, ahora bajo los designios del joven rey Walia, continuador legítimo del linaje baltingo. Todo volvía a la normalidad, o así parecía, pero nuevos retos llegaban debían cumplir con una misión: la expulsión de los pueblos bárbaros de Hispania.

#### IV. Walia

Combatiré a los invasores de hispania para defender los intereses de Roma, pero cuando esto acabe, sólo pensaré en los intereses de mi pueblo. Los godos defenderán entonces las fronteras de su propio reino.

Walia, rey de los visigodos, 415-418

#### Entre dos Fuegos

Los visigodos establecidos en Hispania se habían visto en pocos días bajo el mando de tres reyes diferentes y eso era complejo para cualquier pueblo por muy bárbaro que fuera. Walia sabía que debía hacer todos los esfuerzos necesarios para conseguir que las diferentes facciones de la nobleza quedaran conformes con los gestos, diplomacia y sabiduría de un rey que quería ser de todos. Para contentar a los afines de Sigerico proclamó la enemistad con Roma. Por ello intentó abastecer a un pueblo cada vez más hambriento por la ruta que conducía a las lejanas tierras africanas. Por el norte era imposible aprovisionarse ya que los romanos, siempre vigilantes, habían cerrado los pasos pirenaicos. Tropas visigodas bajaron por la costa levantina hasta Tarifa, desde donde intentaron saltar a las fértiles provincias africanas. La fatalidad, como en tiempos de Alarico, se opuso nuevamente a que los visigodos se surtieran del grano africano: terribles tormentas azotaron a la flota que se pertrechaba en la costa peninsular. El efecto fue de tal magnitud que al desolado Walia no le cupo otra decisión sino el regreso, con más hambre que nunca, a sus dominios norteños. Los visigodos, desde el punto de vista militar, seguían siendo muy operativos, pero un soldado que no comía era muy difícil que combatiera.

En el 416, Walia accedió por fin a negociar con el general romano Constancio. Por el foedus o tratado resultante los romanos se comprometían al avituallamiento de los bárbaros a cambio de recuperar a su querida Gala Placidia. El pago consistió en 600.000 modios de trigo, toda una fortuna para la

época; en contrapartida, los visigodos, además de entregar a la romana, limpiarían de fuerzas bárbaras hostiles las cinco provincias de Hispania. Esta decisión fue trascendental.

Al poco de ser devuelta, Gala Placidia se casó con el magister militum Constancio. Años más tarde, tras la muerte sin herederos del emperador Honorio, Gala se convertiría en la regente de un Imperio al que daría una cabeza visible en la figura de su hijo Valentiniano III. La historia de esta mujer es, sin duda, una de las más fascinantes del mundo antiguo. Cuando falleció en el 450 tenía sesenta años; en ese período de tiempo había sido hija, hermana y madre de emperadores, regente del Imperio, además de reina de los bárbaros visigodos, todos un currículum. El recuerdo de Gala Placidia permanece vivo gracias al magnífico y luminoso mausoleo que mandó construir en Rávena para albergar los restos familiares. En él descansan Honorio, Constancio, Valentiniano y ella misma, nombres que representan el fin de una época y los inicios de otra bien distinta. Estoy convencido de que Ataúlfo no está sepultado en Rávena, simplemente por la costumbre que mantenían los godos de quemar a sus jefes después de muertos. Fue el caso del rey Ataúlfo y, de no ser por esa circunstancia, el amor que le tenía Gala Placidia hubiese facilitado que todos juntos reposaran bajo un mismo techo.

Una vez resuelto el incómodo secuestro de la célebre romana, los visigodos se dispusieron a cumplir su palabra como flamantes federados. Los foedus o tratados eran métodos ya empleados por Roma con los que intentaban asimilar a los contingentes bárbaros. Estos pactos supondrían, a la postre, el fin del sistema latifundista latino. Todo consistía en la llegada y asentamiento de familias bárbaras en las grandes propiedades dominadas por romanos. Unos veían pagados, así, los servicios prestados; otros podían aprovechar las nuevas incorporaciones para rentabilizar terrenos abandonados por las deserciones del campesinado.

El rey Walia y sus guerreros habían dado un paso decisivo para la creación del reino visigodo. Sólo restaba acabar con las numerosas monarquías militares fratricida entre pueblos germánicos, visigodos la historia y personalidad de estos pueblos invasores de buena parte de la Hispania romana. En el 416, cuatro de las cinco provincias peninsulares se doblegaban ante el empuje de estas hordas, pero pronto cambiaría la situación.

Alanos, suevos y vándalos, El nuevo enemigo

Dos fechas se barajan como las más probables para fijar la entrada de los pueblos bárbaros en Hispania, el 28 de septiembre o el 13 de octubre del 409.

La invasión se produjo a través de los pasos pirenaicos custodiados por los honoriaci. Estos mercenarios de origen bárbaro habían sido contratados para evitar internadas poco deseables para la población hispano-romana que, por entonces, andaba enzarzada en una contienda absurda provocada por las aspiraciones de unos y otros de conseguir el dominio del Imperio Romano de Occidente. De todo ello se aprovecharon los pueblos germánicos, sin olvidar que, a su vez, venían siendo empujados por el temible poder de los hunos. Los honoriaci ni supieron, ni quisieron, combatir a los 200.000 suevos, vándalos y alanos que les cayeron encima como auténticas nubes de langostas. No fue difícil para estas tribus diseminarse por la península en pocos meses. La destrucción y saqueo fue de alto calibre, y las escasas milicias acantonadas en el territorio se mostraron incapaces de frenar a unas tropas muy determinadas a sobrevivir a cualquier precio.

Los suevos se concentraron en la provincia de Gallaecia (Galicia), estableciendo la capital de su reino en la antigua metrópoli romana Bracara Augusta, la futura Braga portuguesa. Este pueblo germánico provenía de los territorios situados entre el Rhin, el Danubio y el Elba, y dieron nombre a la región alemana de Suevia. Y en tiempos de Julio César, se hablaba de ellos como un pueblo guerrero y numeroso.

En el 411, tras limpiar de enemigos la zona invadida y someter a los supervivientes, se federaron con Roma para futuras campañas militares. Los suevos consiguieron permanecer independientes durante más de siglo y medio, hasta su fusión con los visigodos. En ese tiempo fueron paganos, arrianos y

finalmente de carácter indómito. Pero eran los tiempos que les había tocado vivir. Veamos ahora algo más sobre los compañeros de viaje elegidos por los suevos.

En la invasión del 409 se podían diferenciar dos grupos muy poderosos en el seno de los vándalos; nos referimos a los asdingos y a los silingos. Los primeros permanecieron junto a los suevos en la provincia de Gallaecia, mientras que los segundos optaron por internarse en la Bética. Los vándalos provenían de la geografía báltica de Germania, pero, a diferencia de sus aliados ocasionales, mantenían el sueño de ocupar todo el norte de África, principalmente los silingos, que lo intentarían poco después de su llegada a Hispania. Aun así, tuvieron oportunidad de dar nombre a la región por la que transitaron: Vandalucía.

Los alanos constituían la etnia más curiosa y extraña de todas las que llegaron a la Península Ibérica en esos años. Eran germánicos de origen iranio, posiblemente su génesis se produjo dentro de los escitas en la Sarmacia caucasiana. Se expandieron por Europa y África siendo conocidos desde tiempos muy antiguos por su belicosidad y manera de entender la vida. El término alanos puede provenir de raíz griega, por lo que significaría "los vestidos de negro"; otras interpretaciones nos pondrían en contacto con la lengua escita (Alain significaba montaña). Aquellos montañeses asiáticos de negra vestimenta eran desde luego tipos muy visibles; los historiadores antiguos los describen como rubios de gran envergadura física y muy resistentes, además de polígamos, crueles, salvajes y supersticiosos. Los alanos mantenían una estructura política y social muy simple, sin instituciones religiosas y sin un sistema de castas donde estuviera presente la esclavitud.

Como curiosidad se puede contar que el trofeo de guerra favorito para los alanos era la piel del cráneo de sus enemigos. Parece que a estos hermosos guerreros les encantaba colocar ese premio colgando de las monturas de sus caballos. Los alanos sin lograr una influencia clara en la población nativa, a diferencia de sus aliados invasores que sí dejaron una huella indeleble en el ánimo y sentir de los hispano-romanos.

Ésa era la situación y distribución de los tres contingentes bárbaros en el 416, cuando el rey visigodo Walia pactó con los romanos una guerra total para expulsar a los enemigos de Roma en Hispania. Comenzaban dos años de combates, avances y retrocesos por ambas partes, pero los visigodos llevaban las de ganar.

#### Albores para el reino de Tolosa

El rey Walia, gracias al foedus del 416, fue distinguido con la graduación romana de magister militum en la Hispania, es decir, general de altísimo rango para los ejércitos en campaña. La preparación militar de las tropas visigodas superaba con creces la de sus contendientes. Muy pronto los soldados de Walia comenzaron a derribar el efímero poder de los bárbaros intrusos. Hostigaron a los vándalos silingos en la Bética y pulverizaron a los grupos de alanos que andaban desperdigados por la Cartaginense y la Lusitania. El rey silingo Fridibaldo fue vencido y capturado en el 417, para ser posteriormente enviado a Roma. El jefe alano Atax fue igualmente derrotado y muerto en batalla. En menos de dos años, suevos y vándalos asdingos se encontraban cercados en la cornisa noroeste de la Península Ibérica, y además a estos grupos se unieron los supervivientes de los vencidos. Cuando todo parecía dispuesto para que los visigodos asestaran el golpe definitivo sobre los restos de los anteriormente orgullosos bárbaros, Walia recibió la llamada del general Constancio, el cual le proponía regresar con el grueso de su ejército para acantonarse en el sur y este de las Galias; seguramente, lo pretendido por el romano no era más que reservarse la oportunidad de que fueran ejércitos romanos, y no otros, los que aplastaran al enemigo imperial.

Walia, tras dos años de pesada campaña, retornó gustoso a la espera de un nuevo tratado que llenaría de ilusión a todo el pueblo visigodo. Era el año 418, y el rey Walia conseguía para los nómadas visigodos un reino donde establecerse definitivamente en régimen de hospitalitas de Roma. La extensión del nuevo reino

abarcaba la rica provincia de Aquitania y zonas limítrofes. La capital fue establecida en Tolosa (la actual Toulouse francesa).

La ambición de los primeros reyes godos se había cumplido: por fin tenían un país al que defender y servir con orgullo. Walia se mostraba pletórico, pero desgraciadamente la muerte impidió que disfrutara viendo a su pueblo crecer. Ese mismo año fallecía por causa incierta y sin dejar herederos que ocuparan el trono.

Los godos transitaron durante más de cinco siglos por la geografía europea; en ese tiempo se dividieron en dos grandes grupos: ostrogodos (orientales) y visigodos (occidentales). Estos últimos avanzaron por Occidente buscando una tierra donde establecerse. Finalmente, a principios del siglo V llegaron al sur de las Galias. Nacía entonces el reino de Tolosa.

#### V. Teodorico

En mi longevo reinado ha florecido el poder de los godos; hemos conseguido cosas inimaginables para otras generaciones. Ahora debemos aliarnos con Roma para enfrentarnos a un oscuro peligro que se abate sobre nosotros... ese maldito Atila.

Teodorico I, rey de los visigodos, 418-451

#### El amigo de Roma

Con la muerte de Walia desaparecía la dinastía baltinga para dar paso al nuevo linaje de Tolosa. Los nobles visigodos se reunían para proclamar a Teodorico como nuevo rey; todo esto ocurría mientras los últimos contingentes guerreros que luchaban en Hispania regresaban para vitorear a un joven monarca sobrino del querido Walia y supuesto hijo del gran Alarico I. No había dudas, por tanto, para su elección como Teodorico I o, según otras crónicas, Teodoredo I.

Los primeros cinco años del largo reinado los dedicó por entero a mantener la palabra que sus parientes habían dado al general Constancio. En ese tiempo sus tropas se emplearon a fondo en la aniquilación de los vándalos asdingos, pero, una vez más, la suerte se alió con éstos. El 11 de septiembre del 421 moría Constancio y dos años más tarde lo haría el propio emperador Honorio. Desde ese momento Teodorico consideró que su alianza con Roma quedaba sin efecto; surgía así una buena oportunidad para que los visigodos ampliaran su recién nacido reino.

Mientras tanto, en Hispania los bárbaros se habían reorganizado y, libres de la presión visigoda, derrotaban al magister militum Flavio Castino, dando paso a multitud de incursiones por las provincias Lusitania, Bética y Cartaginense, aunque sí parece que los romanos conservaron buena parte de esta última. Como no podía ser de otra forma, suevos y vándalos se enfrentaron, permaneciendo los primeros en Gallaecia y Lusitania, mientras que los segundos optaron por una retirada masiva a tierras africanas entre el 429 y el 432. Se calcula que en ese período unos 80.000 vándalos salieron de la Península Ibérica para crear el primer reino germánico en África con capital en la antigua Cartago.

Teodorico I fue un rey longevo e inteligente. En sus más de tres décadas de reinado siempre se mostró dócil con el poder romano sin perder jamás su astucia e intuición, virtudes estas que sirvieron para que más de 100.000 visigodos se establecieran en el naciente reino de Tolosa.

Los galo-romanos aceptaron de buen grado la llegada de los nuevos vecinos, ya que nunca tenían segura la defensa por parte de Roma, y las tropas visigodas los defenderían de los constantes saqueos cometidos a un lado y a otro de las fronteras galas. Una vez resuelta la cuestión de quién tenía el mando en Aquitania, a Teodorico lo llenó la ambición de expandir su nuevo país. La muerte del emperador Honorio fue la situación propicia para tal deseo. Recordemos brevemente que el inepto romano había muerto sin descendencia, lo que facilitó la llegada al trono de un usurpador llamado Juan, apodado "el Secretario" por su antiguo oficio de funcionario. Frente a éste se encontraba Valentiniano III, un

infante de escasos cinco años, hijo del general Constancio y de la princesa Gala Placidia. Los visigodos mantenían respeto y admiración por la que había sido su reina junto a Ataúlfo. Por eso no es de extrañar que Teodorico y los suyos apoyaron de forma tan decidida la proclamación en Tesalónica del pequeño Valentiniano como nuevo emperador romano de Occidente. Gracias al ejército de Teodosio, emperador romano de Oriente y aliado con Teodorico, Gala Placidia obtuvo la regencia y, por tanto, el trono de Roma. Teodorico intentó ahora buscar nuevos territorios para su reino. En el año 427 abordó la conquista de Arlés y en los años 430 y 439 buscó una salida hacia el mar con la toma de Narbona. Las alianzas con el Imperio se hacían y deshacían con estrepitosa velocidad. En medio de tanta conquista y batalla también existían momentos de paz y amor. Eso facilitó, a la postre, un buen matrimonio que dio a Teodorico I cinco hijos de los que cuatro llegarían a reinar, no libres de sangre y conjuras fratricidas, como veremos posteriormente.

Tras la expulsión o sometimiento de alanos y vándalos, sólo quedaron los suevos en el noroeste peninsular como muestra de las invasiones bárbaras de 409. Los visigodos en el siglo VI se encontraban a punto de completar su total expansión por la Península Ibérica.

Las guerras contra vándalos y alanos habían limpiado de bárbaros el centro y este de Hispania; con los suevos fortificados en el noroeste se llegó a un pacto por el cual una hija de Teodorico se casó con el rey suevo Requiario. En el 449 parecía que llegaban buenos aires para Teodorico, pero el único viento dispuesto a imponerse era el del feroz Atila.

#### La muerte de Teodorico

La batalla librada por los romanos y sus aliados contra los hunos y afines en los campos Mauriacus o Catalaúnicos se puede considerar como el principio del fin para el Imperio Romano de Occidente. A pesar de la aplastante victoria en ese año 451 cuando se libró el combate, Roma empezó a entender que su historia se acababa para dar paso a la creación de futuros estados europeos. Desde los Catalaúnicos, los pueblos germánicos tomaron conciencia de lo que podían llegar a ser. En esos campos germinó sin duda la Europa medieval.

Los hunos venían asolando el continente desde hacía un siglo; su avance impulsó a los pueblos germánicos hacia los dominios imperiales con las consecuencias que conocemos. El históricamente maltratado Atila había conseguido reunificar a todas las tribus hunicas, considerándose a sí mismo como la cabeza del que sería un efímero imperio. El llamado "Azote de Dios" provocó durante muchos años episodios oscuros y sangrientos. Su aparición en la historia coincidió nefastamente con terremotos y cataclismos en Hispania, Galias y otras zonas del Imperio. Parecía que el bárbaro llegaba para anunciar el fin del mundo. Buscó en medio de la vorágine una guinda a su pastel de gloria y ésta fue Honoria, la hermana de Valentiniano III, al que pidió su mano con el fin de estrechar lazos de amistad que evitaran mayores males a la maltrecha Roma. Valentiniano recibió horrorizado la propuesta y formuló una negativa tan rotunda que consiguió humillar sin quererlo al orgulloso bárbaro. La reacción de éste no se hizo esperar. Era el momento de vengarse de Roma, y pretendía conseguirlo con uno de los mayores ejércitos que hasta entonces se había reunido. En esa hueste integrada por 500.000 guerreros, además de hunos, cabalgaban ostrogodos, escitas, sármatas, hérulos, gépidos y un sinfín de tribus germánicas. Frente a ellos, Aecio, el mejor magister militum de Roma, un hombre que había pasado su infancia junto a los hunos y que, por tanto, conocía a la perfección las formas y maneras de combatir de esta terrible etnia.

Los romanos prepararon un formidable ejército con los contingentes aportados por visigodos, alanos, burgundios y francos, además de los propios soldados imperiales.

El choque entre las dos masas guerreras se produjo a unos 20 kilómetros de la ciudad francesa de Troyes. Todo comenzó por un ataque de los francos sobre los gépidos, que fueron rápidamente aplastados y masacrados. La replica llegó a cargo del cuerpo principal de jinetes hunos que se abalanzó sobre los alanos



sembrando la confusión entre los guerreros de Aecio. El general sabía que la fortaleza de su enemigo radicaba en la caballería, por eso, mediante estrategia y táctica, obligó a sus atacantes a descabalgarse para el combate cuerpo a cuerpo, y esa hábil maniobra puso a los hunos en clara desventaja. En pocas horas, las tropas del orgulloso Atila fueron superadas, para Roma, el propio Atila llegó a ordenar que se levantara una pira funeraria para quemarse antes de ser capturado. Sobre el campo de batalla yacían 160.000 hombres de ambos bandos, aunque esta cifra parece exagerada por los cronistas de la época. Aecio se resistió a dar el golpe definitivo a su anteriormente amigo Atila e incomprensiblemente, cuando lo tenía todo a favor, dejó escapar a los restos del ejército huno que, lejos de huir a sus territorios natales, pronto se revolvieron contra la mismísima Roma. ¿Pero qué había pasado mientras tanto con el leal Teodorico I? Los visigodos combatieron bien, incluso se mostraron fundamentales para el éxito de la batalla, pero a costa de perder a su veterano monarca. Parece probado que Teodorico I murió en los primeros lances del choque. Según cuentan, cayó de su caballo mientras alentaba a las tropas; sin embargo, lo más factible es que fuera víctima de un dardo lanzado por el general ostrogodo Andagis. El rey, herido de muerte, no pudo ver cómo los suyos le aclamaban tras la victoria. Las rudas voces de los ensangrentados soldados rezaban por el alma de ese hombre a quien, para mayor honor, habían encontrado bajo un montón de cadáveres enemigos. El valeroso Turismundo asumió con decisión la dirección del ejército visigodo, demostrando en ocasiones mayor conocimiento bélico que el propio general Aecio. El joven, una vez finalizado todo, ordenó quemar el cadáver de su padre siguiendo la costumbre guerrera. Los rituales funerarios dedicados al gran rey Teodorico I culminaron la épica jornada de los Catalaúnicos. La nobleza y los generales visigodos que se encontraban en aquellos campos no tuvieron ninguna duda sobre quién debía ser el nuevo monarca del reino de Tolosa. Era el momento para un nuevo líder, pero venturas y desdichas no le faltarían en su convulso y breve reinado.

## VI. Turismundo

Gracias a la sabiduría de los generales y al ardor combativo de las tropas godas supimos derrotar a los temibles jinetes hunos. Mi propio padre murió en ese empeño, pero cuando estábamos a punto de acabar con Atila, Aecio lo impidió. Como nuevo rey, os digo que nunca volveremos a fiarnos de Roma.

Turismundo, rey de los visigodos, 451-453

### El rey Rebelde

Turismundo obtuvo la corona de rey ante el cadáver todavía caliente de su padre, Teodorico; por sus venas circulaba la sangre de muchos linajes y siglos. Los godos, ahora visigodos por occidentales, habían pasado años interminables vagando por media Europa. Lucharon entre ellos por la comida, contra otros por la tierra y finalmente contra Roma por la supervivencia. Pero en el año 451 el panorama geopolítico estaba a punto de dar un vuelco inimaginable tan sólo unas décadas atrás.

La batalla librada en los campos Catalaúnicos por Roma (o lo que quedaba de ella) y sus aliados contra el invencible Atila había supuesto para los ejércitos federados al Imperio un cambio de conciencia. Quizá por primera vez se sintieron parte de algo más poderoso que una simple tribu dedicada a la rapiña o a la devastación.

Los visigodos poseían un reino al que defender, y su nuevo rey Turismundo unos ideales que lo impulsaban a romper los antiguos pactos con Roma para iniciar un camino independiente y sin ataduras. Conocida es la enemistad que surgió entre Aecio y Turismundo en la batalla anteriormente referida. ¿Cuentan que, tras la victoria, el campamento base de Atila, pero, como ya hemos dicho, Aecio se negó a ello, posiblemente temeroso del ímpetu y sabotearía militar demostrados por el brillante rey Turismundo. Roma no podía consentir bajo ningún concepto que los visigodos se apuntaran el tanto de haber destruido al todopoderoso Atila. Una

vez terminada la campaña, las tropas federadas se disolvieron regresando a sus lugares de origen o a los territorios adjudicados. Tal fue el caso de los alanos establecidos en Orleáns, contra los que muy pronto se revolvió el impaciente Turismundo, ávido de nuevas tierras para su creciente reino de Tolosa. El avance sobre el río Loira fue fulgurante: en pocas semanas los grupos alanos fueron vencidos y fraccionados.

¿Osarían los visigodos luchar contra Roma? A Turismundo no habría que hacerle esta pregunta. En el 453 sitió la ciudad romana de Troyes, todo un desafío para el enojado general Aecio, que pronto comenzó a urdir un plan para la desaparición de aquel incómodo rey.

Turismundo deseaba poner en práctica una política secesionista de Roma, pero no contaba con el apoyo de muchos nobles, y menos aún de sus hermanos Teodorico y Frederico, que más bien querían seguir vinculados a la historia romana. El rey no podía entender la actitud de la aristocracia visigoda y empezó a acumular el poder necesario para no depender en el futuro de opiniones que no fueran afines a sus ideas independentistas. Por si fuera poco, el pueblo seguía a Turismundo de forma entusiasta, viendo en aquel fuerte y decidido joven al auténtico sucesor del venerado Alarico. No obstante, los tiempos se resistían a cambiar, y, como siempre, las conspiraciones e intrigas prevalecieron sobre los sueños.

En una noche cualquiera del año 453, el general Aecio se reunió con un grupo de nobles visigodos. Entre ellos se encontraban los propios hermanos de Turismundo, que debían hacer algo para evitar que su rey siguiera molestando a Roma. Quien lo matara obtendría el beneplácito imperial. Teodorico y Frederico se adelantaron para ofrecerse voluntarios como asesinos de su hermano mayor. Días más tarde los confabulados llegaban a Tolosa. Su propósito era claro, y el monarca no sospechó nada. En esa época se encontraba lamiendo sus heridas después del sitio fallido de Arlés, aunque ya estaba preparando nuevas empresas expansionistas por las Galias. El ejército se había reorganizado y pertrechado a la espera de órdenes, y fue entonces cuando Turismundo invitó a sus hermanos a cenar en el palacio real. Tras el banquete, el monarca se dispuso para la retirada a sus aposentos. Teodorico y Frederico le siguieron sigilosamente y, cuando Turismundo se quedó solo, se abalanzaron sobre él inmovilizándolo y acto seguido le estrangularon. Fue sin duda una muerte injusta, pero, por otra parte, casi normal en la leyenda de los reyes visigodos. Era muy difícil que un monarca muriera por causas naturales, y en el caso de los godos, casi imposible. Consumado el fratricidio, a la nobleza no le quedó más remedio, estuviera conforme o no, que nombrar un nuevo rey, y quién mejor que el siguiente en la prole de Teodorico I.

## VII. Teodorico II

Tuve que matar a mi hermano porque no supo ver la situación real por la que transitábamos. Gracias a mí, los godos se convertirán en el pueblo más influyente de todo el Imperio Romano.

Teodorico II, rey de los visigodos. 453-466

### Nuevos objetivos

Teodorico II tomó varias decisiones que mejorarían notablemente la situación del reino de Tolosa. En primer lugar, fortalecer a Roma pensando en el beneficio propio, para lo que debía asumir el ineludible compromiso de federado como guardián de las fronteras imperiales. En ese tiempo los problemas se multiplicaban, toda suerte de pueblos guerreros hostigaban a la maltrecha potencia hegemónica. Pero no sólo el peligro llegaba en forma de ejércitos compactos dirigidos por líderes militares. Desde el siglo II se venía hablando y padeciendo una curiosa forma de bandolerismo. Nos referimos a los bagaudas, auténticas guerrillas nutridas por campesinos desertores, ciudadanos pobres descontentos y gentes de cualquier extracción social desafecta al gobierno dominante, bien fuera romano o federado. Estos grupos armados reivindicaban

nuevas formas de vida lejos del poder imperial, pero también es cierto que muchas veces sólo buscaban el simple saqueo para su enriquecimiento personal. Las revueltas bagaudas se mantuvieron de forma intermitente durante cuatro siglos, siendo especialmente virulentas en los territorios de Britania, Galias e Hispania. En esta última cabe destacar el levantamiento del 441 combatido por Teodorico I, sin que éste llegara a controlar totalmente la situación; de estas sublevaciones se aprovecharon los suevos que, en ocasiones, se aliaban con los bagaudas para dar batidas por las desgarnecidas provincias hispanas.

La situación en el 453-454 fue tan apurada para los grandes propietarios de la Tarraconense, que al emperador Valentiniano III no le quedó más remedio que enviar una expedición punitiva para restablecer el orden. Al frente de ese ejército compuesto por varias legiones y tropas visigodas se puso el rey Teodorico II. En pocos meses, los bagaudas fueron aplastados y se recuperó una momentánea calma. A fin los terratenientes podían respirar aliviados.

Mientras Teodorico II se empeñaba en resolver el problema bagauda, en Roma se sucedían los acontecimientos. Valentiniano III, siempre medroso y desconfiado, organizaba una conjura para asesinar a su gran general Aecio, pues seguramente el emperador temía el poder acumulado por el brillante militar. La muerte de Aecio se produjo en septiembre de 454, con lo que Roma se quedó privada de uno de sus mejores talentos. La venganza no se hizo esperar. En 455 Valentiniano moría víctima de los lugartenientes de Aecio.

Desaparecidos por un lado el nexo de unión de los pueblos bárbaros con Roma y por otro el último representante de la dinastía teodosiana, el caos se adueñó una vez más del mortecino Imperio. Comenzó aquí una sucesión de mandatarios títeres que abocaron a la flamígera Roma a la autodestrucción.

La muerte de Valentiniano III cogió por sorpresa a Teodorico II que, por entonces, se encontraba guerreando en Hispania. El rey visigodo tenía su propio elegido para la púrpura Augusta: Avito, antiguo amigo de su padre y profesor de retórica suyo, además de un hombre muy elogiado por su cultura y diplomacia. Pero el Senado romano tenía otro candidato, nombrado un día después de la muerte de Valentiniano, que llevaba por nombre Petronio Máximo, a quien no se le ocurrió otra cosa que casarse con Eudoxia, viuda del anterior. Para completar el desaguisado, Petronio ordenó el matrimonio de su hijo Palladio con la hija de su nueva mujer, llamada Eudocia. Ésta era la prometida del príncipe Honorico, hijo del rey vándalo Genserico, al que no sentó nada bien la noticia, pues al poco sitió Roma con un potente ejército con la intención de recuperar a la princesa, además de asolar la capital del mundo. El 31 de mayo del 455, Petronio Máximo intentaba eludir el cerco vándalo cuando fue detectado por una muchedumbre enloquecida por la situación. Los romanos, viendo que su cobarde emperador quería escapar, comenzaron a lanzarle piedras hasta causarle la muerte por lapidación. Dos días más tarde, Genserico entraba en Roma devastándola.

Tras estos acontecimientos, llegaron a marchas forzadas Teodorico II y los suyos para aprovecharse del vacío de poder creado y nombrar como nuevo emperador a Marco Mecilio Avito que, seguramente, atendería mejor los intereses de los que ya se podían considerar como el pueblo federado más influyente de todo el Imperio.

Al mismo tiempo que el rey Teodorico II solventaba los pequeños problemas optaba por la guerra al no reconocer al emperador impuesto por los visigodos. Requiario ha pasado a la historia como el primer rey germánico que adoptó la fe católica, aunque no lo parecía por sus actos. Pronto las tropas suevas lanzaron despiadados ataques contra la Bética, la Cartaginense y la Tarraconense; el ambicioso Requiario nunca quiso valorar la fuerza de sus oponentes y eso fue su perdición.

En el año 456 un imponente ejército visigodo irrumpía en Hispania para acabar con el problema suevo. En esa tropa se encontraba un contingente de soldados burgundios comandado por su rey Gundioco que servían auxiliares de Teodorico II.

Los suevos se replegaron ante el empuje visigodo y se prepararon para un combate decisivo en las riberas del río Órbigo, a unos 20 kilómetros de la actual Astorga. En aquellos páramos se midieron las dos fuerzas el 5 de octubre del 456. Tras un brutal combate con centenares de bajas a un lado y otro, los

suevos se retiraron en desbandada; entre ellos se encontraba un perplejo Requiario que no daba crédito a lo acontecido.

Teodorico II ordenó la persecución y captura del suevo. Durante casi tres meses estuvieron persiguiéndolo por Lusitania, primero en Braga y finalmente en Oporto, donde fue detenido. No olvidemos que desde el 449 Requiario era cuñado de Teodorico por haberse casado con su hermana y esto hizo que el joven rey albergara la convicción de ser perdonado con la promesa de no volver a salir jamás de sus territorios. Pero Teodorico II no estaba dispuesto a sufrir más desaires por culpa de su levantisco cuñado. En diciembre del 456, el rey Requiario fue ejecutado sin ningún miramiento. En su lugar, Teodorico puso a uno de sus lugartenientes de confianza, Agiulfo, dejando con él a numerosa tropa para custodiar la frontera con los suevos, que quedaron limitados a sólo una parte de la Gallaecia. El resto de Hispania tendría desde entonces colorido visigodo. Sólo quedaban pequeños grupos resistentes entre cántabros y vascones, además de algunas ciudades en el 457 se enteró de las terribles noticias que llegaban desde Roma: su protegido y fiel emperador Avito había sido depuesto por un lejano pariente del visigodo, de nombre Ricimero. Este nieto del rey Walia se iba a convertir en juez y parte del último tramo de la historia romana.

A Teodorico II no le quedó más remedio que tomar el grueso de su ejército para volver a uña de caballo hacia sus posesiones en la Galia. Una vez llegó, sus nobles le informaron de la nueva situación: el suevo visigodo Ricimero había puesto en lo más alto del Imperio a un general amigo suyo llamado Julio Mayoriano. Teodorico II no reconoció al nuevo emperador, lanzándose a una campaña para intentar expandir un poco más el reino de Tolosa.

Mayoriano se convirtió en un duro oponente. No estaba dispuesto a permitir la osadía goda y en consecuencia preparó un ejército que conquistó Arlés, obligando a los visigodos a firmar un tratado de paz que los mantendría calmados los tres años siguientes, los cuales coinciden con los que vivió el pobre Mayoriano, que, tras su intento fallido de arrebatarse el norte de África a los vándalos, fue depuesto y asesinado en el 461, después del desastre naval que sufrieron los romanos a manos vándalas cerca de las costas alicantinas. El propio Ricimero nombró al general Libio Severo como nuevo títere del Imperio de Occidente. Mientras tanto, Teodorico II y sus huestes se fijaban decididamente en la Septimania y Narbona tras su ocupación. Por el norte de la Galia un general de las provincias llamado Egidio se autoproclamaba rey de los francos y en lucha contra éstos murió el príncipe Frederico, cuando intentaba tomar Orleáns. Por otra parte, el rey visigodo, muy apenado por la muerte del hermano que había sido su cómplice en el asesinato de Turismundo, vio colmada su felicidad cuando una de sus hijas se casó con el rey suevo Remismundo, lo que propició la llegada del arrianismo a la Gallaecia.

La frontera con los francos se estableció en el río Loira. Esto hizo que Teodorico se volviera un poco más prudente, tornando su mirada hacia la Roma de Ricimero y Libio Severo, con los que estableció conversaciones para futuros pactos. La decisión real no gustó lo más mínimo a buena parte de los nobles visigodos, en especial al único hermano que le quedaba vivo, el príncipe Eurico, que no quería, bajo ningún concepto, el acercamiento a un Imperio en plena decadencia. No es de extrañar este enfado; el pueblo visigodo tenía mejores argumentos que el romano para sentirse potencia hegemónica de la época. No había que negociar nada con los perdedores. Eurico buscó el apoyo de los nobles y en el 466 asesinó a su hermano repitiendo la misma historia ocurrida trece años atrás.

#### VIII. Eurico

La caída de Roma supuso un gran caos pero no para los godos; mi pueblo mantuvo el orgullo y la identidad gracias al código de leyes que yo ordené crear.

Eurico, rey de los visigodos, 466-484

Los años felices de Tolosa

Cuando llegó al poder, Eurico contaba unos cuarenta y seis años de edad; eso era mucho si tenemos en cuenta las biografías anteriores. Sin embargo, al hijo menor de Teodorico I le iba a dar tiempo en sus dieciocho años de reinado de completar la máxima expansión para el reino de Tolosa. Eurico se convertiría en uno de los principales monarcas de su época. Con sus conquistas los visigodos dominarían casi un millón de kilómetros cuadrados de territorio, es decir, la Galia e Hispania en su práctica totalidad, a excepción de algunas zonas regidas por otros pueblos germánicos y de grupúsculos urbanos gobernados por la aristocracia desconectada ya, sin remedio, del agónico Imperio occidental. A Roma tan sólo le quedaban diez años de vida; en ese espacio Ricimero fue colocando emperadores de su conveniencia hasta su muerte en el 472. La situación era francamente caótica para los romanos. Eurico no reconoció a casi ninguno de estos monigotes, sí en cambio a Julio Nepote, de procedencia oriental y del que obtuvo el reconocimiento a su autoridad e independencia.

En el 476 el general romano de origen hérulo Odoacro deponía a Rómulo Augústulo, último César de la orgullosa Roma imperial. Esto suponía el fin de la Antigüedad y el comienzo de la Edad Media, pero en ese momento nadie pareció percatarse. En Oriente quedaba Zenón al mando de los restos imperiales que, bien organizados, pasarían a llamarse desde entonces Bizancio, con una supervivencia de mil años; pero de los bizantinos nos ocuparemos más adelante.

En estos años inciertos Eurico estuvo preocupado por la anexión de más posesiones y la consolidación de las mismas. Conocidas son, por ejemplo, sus campañas por la Hispania, donde consiguió en pocos años una suerte de victorias sobre los suevos que propiciarían un eje fundamental para el dominio sobre buena parte de la Península Ibérica.

Desde el año 468, los visigodos se encuentran ya definitivamente instalados en Hispania actuando independientemente de Roma. Toman plazas tan importantes como León, Palencia (los campos palentinos pasarían a llamarse campos góticos), Caesar Augusta (Zaragoza) o Pamplona. Se crea una línea que empieza en Barcelona, pasa por Toledo y termina en Sevilla y Emérita Augusta (Mérida), la gran metrópoli de la Lusitania. Los suevos quedan relegados, así, a una zona delimitada por los ríos Duero y Esla, lo que es hoy Galicia, norte de Portugal y regiones de León, Zamora y Salamanca. Desde Eurico los suevos serán vasallos de los visigodos; curiosamente, serán estos últimos los que tendrán que pagar un alto precio para cobrar ese vasallaje, ya que después de tanta guerra apenas había ciudadanos leales que ocuparan las ciudades conquistadas. Se produjo entonces la migración de grandes contingentes poblacionales que fortalecieron las fronteras con suevos, cántabros, astures y vascones; ese traslado masivo de habitantes debilitará a la postre el reino de Tolosa. Durante el reinado de Eurico la población visigoda se situaba en torno a los 200.000 individuos, una cifra claramente insuficiente para dominar tantas tierras cuajadas de ejércitos enemigos. Por si fuera poco, el arrianismo que practicaban los visigodos les enfrentaba directamente al catolicismo mantenido por galos e hispano-romanos.

Tras la caída en agosto del año 476 del Imperio Romano de Occidente, el reino de Tolosa se queda solo como gran potencia en esa parte del continente europeo. Es entonces cuando el rey Eurico toma la decisión más importante de su vida. Ésta no es otra sino la creación de un código de leyes que sirviera para dirigir de forma única los designios de tantos pueblos bajo su cetro. Eurico era un brillante general, pero también un hombre cruel y despiadado que no reparaba en nada a la hora de aumentar su poder. La diplomacia no era su mejor virtud; en cambio, destacaba por su habilidad, astucia e inteligencia. Es por ello que aceptó de buen grado los consejos de León de Narbona, un intuitivo canciller que supo orientar con mano maestra al rey Eurico para la confección del famoso y ya mencionado código. Este compendio de leyes pasaría a la historia con el nombre de su artífice y desde su publicación todos los pueblos bajo la influencia visigoda sabrían a qué atenerse en caso de dudas territoriales, penales o civiles. Nacía así el Codex Euricianus, conocido por todos como el Código de Eurico.

Existía entre los godos una latente necesidad de ser gobernados por algo más que simples costumbres orales tradicionales. Con Eurico esas costumbres pasan al papel, siendo muy romanizadas por los jurisconsultos que las tradujeron y escribieron. El Código de Eurico, también llamado de Tolosa, se diseñó para atender las necesidades de la población visigoda. Por el momento, los pueblos sometidos a la influencia goda quedarían al margen de cualquier legislación; este asunto sería subsanado más adelante como veremos. Por tanto, le cabe el honor al rey Eurico de pasar a la historia como el primer monarca germánico capaz de crear un cuerpo legislativo y, en consecuencia, gobernar mediante leyes escritas. Aunque su padre y hermano dieron algunas normas, éstas tuvieron un carácter más próximo a la casuística gubernativa y diaria que a un proyecto legislativo pensado y ejecutado.

En el código se recogían todas las costumbres germánicas que ordenaban la vida de la nación goda. En lo poco que se ha podido recuperar se comprueban actuaciones en terrenos tan distintos como las disputas por límites vecinales, depósitos, herencias, ventas o regalos. Los investigadores también han deducido leyes sobre tribunales, jueces, acusaciones, derecho de asilo en las iglesias, ladrones, heridos, fugitivos, violaciones de sepulcros, mercaderes extranjeros, doctores, incendios provocados, violaciones, divisiones de la tierra y otros.

El Código de Eurico se dividía en unos 400 capítulos de los que apenas se han podido recuperar unos 50 (del 276 al 336), gracias al hallazgo que en el siglo XVIII efectuaron los monjes maurinos de Saint Germain de Pres mientras trabajaban en sus archivos. En la actualidad, el documento se encuentra en la Biblioteca Nacional de París. En principio parece que su fecha de promulgación fue la del 476, pero estudios posteriores nos hacen pensar que, como año de aparición, es más plausible el 480. El código logró desvincular la mentalidad política goda de la romana. Parte de la filosofía de este tratado legislativo fue recogida posteriormente en otras como el Codex Revisus o Código de Leovigildo.

Este código recogía, por tanto, el principio de personalidad que aplicaba la ley por pertenencia a un grupo, según regía en el derecho germánico, en contraposición a la ley romana de territorialidad que abarcaba a todos los habitantes de una zona.

A pesar de sus extraordinarias dotes para la política y el ejército, la condición arriana del rey Eurico hizo que su reinado se convirtiera en un escenario de terror para los católicos galos e hispanos. Las dos religiones nunca se entendieron y esto fue una traba fundamental en el reinado de Eurico. El fanatismo religioso de éste propició persecuciones hacia todo lo que representara el catolicismo. No se nombraron obispos, los sacerdotes empezaron a escasear y, muy pronto, la mayoría católica comenzó a enojarse con su prepotente y anciano rey. Afortunadamente, años más tarde, la situación se alivió y las dos Iglesias encontraron el punto adecuado para la convivencia, hasta la implantación definitiva en el siglo VI del catolicismo como religión oficial de los visigodos.

En los años siguientes a la caída de Roma, el rey Eurico siguió ampliando su ya extenso territorio: inició la guerra contra los burgundios en el Ardèche y más tarde amplió la campaña para ocupar definitivamente la Provenza, incluidas Arlés y Marsella; antes habían caído otras regiones como Berry y Auvernia. Se puede decir que, tras la agotadora contienda del 481-484, el reino de Tolosa había alcanzado sus límites más lejanos. Todo iba bien para los tolosanos, muchos pueblos eran vasallos suyos, y otros tantos, como francos y bizantinos, no se planteaban por el momento ningún choque armado con el reino más poderoso de Occidente.

Finalmente, en otoño del 484, cuando contaba sesenta y cuatro años de edad, el rey sintió que le fallaban las fuerzas que durante tanto tiempo le habían acompañado. Dicen que notó cómo le llegaba la muerte, y entonces pidió ser llevado a su lecho desde donde dictó sus últimas voluntades y solicitó a los nobles que velaran por los intereses de su hijo y futuro rey Alarico II. Es curioso, pero este monarca tan importante para los visigodos falleció de muerte natural rompiendo la tradición, no escrita, de los anteriores reyes.

En el período de Eurico, Tolosa alcanzó su máximo apogeo, apareciendo el primer código de leyes donde se fundían tradiciones y derecho de germanos y romanos, además de ser sus gentes testigos en la caída de un Imperio. No se le podía pedir nada más a dieciocho años de historia, y eso lo consiguió el rey Eurico. ¿Sería capaz de superarlo su hijo Alarico?

#### IX. Alarico II

Esos vulgares y miserables católicos me tienen considerado como un hereje, además de su peor enemigo. Cuando derrote al demonio de Clodoveo mi poder caerá sobre su mundo para destruirlo.

Alarico II, rey de los visigodos, 484-507

Fin del sueño de tolosa

Alarico II no se mostró tan hábil como su padre en la dirección del reino de Tolosa; muchas eran las disputas internas sobre todo por motivos religiosos.

Arrianos y católicos seguían enfrentados sin que el nuevo rey hiciera lo más mínimo por evitarlo, más bien, al contrario - tengamos en cuenta que la mayoría de la población gala e hispano-romana practicaba la fe católica-, eso suponía muchos millones de seguidores frente a unos pocos miles de arrianos visigodos, los cuales permanecían encastillados con sus creencias sin otorgar posibilidad alguna de acercamiento; seguramente, veían en su religión una manera de diferenciación con respecto a las poblaciones conquistadas.

Las enseñanzas arrianas estimaban que, dentro de las tres personas divinas, el Padre era superior al Hijo y al Espíritu Santo. Se sabe que los visigodos arrianos celebraban su culto antes del alba en lengua goda; además se usaban dos tipos de cáliz distintos, uno para la realeza y otro para el pueblo. En cuanto a los obispos se cree que eran nombrados por orden real. Los sacerdotes utilizaban la tonsura, pero a diferencia de los católicos podían dejarse melena y barba crecidas. El clero arriano estaba en gran parte casado, aunque un pequeño número se mantenía célibe. Los arrianos se bautizaban lo hacían de forma simple. En tiempos de Eurico se prohibió al clero seguir con los negocios que realizaban gracias a la venta de propiedades, pero, a pesar de la orden, en tiempos de Alarico II siguieron con los abusos, asunto que enojaba bastante al pueblo llano. No es de extrañar que los católicos vieran al rey Alarico como gran hereje y enemigo público número uno.

Mientras los visigodos mantenían sus cuitas religiosas, en el norte un nuevo poder se estaba gestando.

En el año 481, Clodoveo fue elegido con tan sólo quince años rey de los francos salios; este personaje se iba a convertir en uno de los más importantes de la historia medieval europea. Llegó al poder tres años antes que Alarico II, y entre los dos monarcas surgiría una enemistad atroz. Clodoveo era impetuoso y decidido, todo lo contrario que Alarico, más temeroso y debilitado. La primera fricción entre los reinos surge cuando en el 486, tras la derrota a manos de Clodoveo del galo-romano Siagrio, éste escapa al reino visigodo buscando cobijo y protección ante su antiguo aliado. El franco exige al goda la devolución del huido y, para sorpresa de todos, Alarico II entrega a Siagrio cubierto de cadenas para que, posteriormente, sea ejecutado por Clodoveo. Esta muestra de acatamiento nos habla un poco más de la personalidad de Alarico II. Sus nobles se sintieron humillados ante la sumisión del que tenían como líder. Fue en ese momento, posiblemente, cuando empezó a caer el reino de Tolosa. Desde la distancia, el rey ostrogodo Teodorico el Grande observaba curioso los acontecimientos; pronto entraría en nuestra historia para convertirse en árbitro de la contienda.

En el año 497, tras masacrar a los bárbaros alamanes, Clodoveo y 30.000 de sus guerreros se convierten al catolicismo debido a la influencia de su mujer, Clotilde de Burgundia. Será un año crucial, pues desde entonces el orbe católico verá en la figura de Clodoveo al futuro libertador del yugo visigodo. En ese año

Teodorico el Grande se proclama rey de Italia con el beneplácito del Imperio Romano Oriental. Este genio de la diplomacia supo hacer de los enlaces matrimoniales una cuestión de Estado, uniendo a todas las féminas de su familia con diferentes monarcas y príncipes de las cortes europeas; él mismo cuando enviudó se casó con una hermana de Clodoveo, concedió la mano de una de sus hijas llamada Tiudigoto al propio Alarico II, fruto de cuya unión nacería el futuro rey Amalarico.

La posición de los visigodos tolosanos era cada vez más delicada. A comienzos del siglo VI no había ni un solo católico, galo o hispano, que no implorara a Dios la llegada de Clodoveo para salvarlos.

Alarico II intentó congraciarse con la población bajo su dominio; en ese tiempo seguía vigente el código de su padre Eurico, pero ya sabemos que sólo se podía aplicar a los ciudadanos visigodos. El rey intentó tomar medidas para evitar desgracias mayores con sus súbditos romanos. Fue así como el 2 de febrero del año 506 apareció la *lex Romana Visigothorum* o Breviario de Alarico. Este tratado legislativo no anulaba al anterior, más bien lo complementaba, y constaba de siete libros divididos en títulos y leyes con su interpretario. El texto fue redactado por una comisión de cinco intelectuales dirigidos por el *comes palatti* Goyarico, quien hizo la compilación de las leyes romanas siguiendo la interpretación germánica. Una vez terminado el trabajo, se presentó en una asamblea donde se encontraban nobles, obispos y el propio rey. Aprobado el documento, se distribuyó por todo el reino y el original se archivó en Tolosa, prohibiendo desde entonces a los galos e hispano-romanos acogerse a otra ley que no fuera la promulgada por Alarico. El rey buscó con este gesto una popularidad que la plebe le negó; además, los francos seguían preparando la guerra de invasión. A los visigodos no les quedó más remedio que movilizar una vez más a su cansado ejército, pero en esta ocasión eran claramente inferiores al poder de Clodoveo. Los tolosanos tomaron una medida sin precedentes, la leva forzosa en las Galias e Hispania, pero esto no afectaba solamente a visigodos sino también, y por primera vez, al resto de la población. Nuevamente Alarico daba muestras de una debilidad extrema. Los visigodos siempre se bastaron solos para sus guerras, incluso prohibieron tajantemente el uso de las armas a todos aquellos que no fueran de origen godo. Los ciudadanos temían lo peor y esperaban anhelantes la guerra con los francos. En un desesperado intento por acercarse y calmar a los irritados católicos, el rey Alarico consintió en ese mismo año del 506 la celebración del Concilio católico de Agde, pero desgraciadamente ya era demasiado tarde para el reino de Tolosa.

Durante casi un siglo quedó establecido el reino tolosano. La entidad como pueblo fue consolidada gracias al buen gobierno de algunos reyes, tales como Teodorico I o Eurico. En el año 507, tras la derrota de Vouillé, los visigodos atravesaron los pasos pirenaicos fijando su definitiva residencia en Hispania.

En el año 507 el rey franco Clodoveo I tenía todos los argumentos morales y militares para iniciar su más ambiciosa campaña guerrera, la total ocupación de las Galias. Cuando estuvo preparado y su ejército dispuesto, dio la trascendental orden de cruzar el río Loira.

El ejército franco, aliado con los burgundios, realizó un avance imparable. Clodoveo había dado instrucciones terminantes para evitar que sus soldados saquearan las ciudades que iban dejando a su paso, facilitando así la amistad de esas gentes que recibían con vítores a los que consideraban libertadores. Se estaba sembrando una semilla que germinaría con tallo francés.

Alarico II intentaba, mientras tanto, motivar a sus hombres, incluso era optimista pensando en la llegada de refuerzos ostrogodos prometidos por su suegro Teodorico el Grande, pero aquellos contingentes no llegaban nunca y los nobles visigodos cada vez estaban más impacientes. Por fin, lo inevitable se produjo; corría el mes de mayo del 507, las dos fuerzas contendientes se divisaron en los *Campi Vogladensi*, muy cerca de la ciudad de Poitiers. Allí, en lo que ha pasado a la historia como la batalla de Vouillé, se midieron francos y visigodos. Las eficaces hachas de los primeros inutilizaron las pesadas espadas



de los segundos y la victoria fue total para las tropas de Clodoveo. En ese día llegó la muerte para el angustiado rey Alarico II; quizá morir en combate fue lo mejor que le pudo pasar, pues ya poco le quedaba atrás.

En esos campos no sólo murió el rey Alarico II, sino también el reino de Tolosa; sin embargo, fue el primer pasaje para la historia de los francos unidos, en consecuencia el albor de Francia. En la Crónica de Zaragoza, hablando de la batalla y de sus resultados, se escribió lo siguiente: "Regnum Tolosanum destructum est" (el reino de Tolosa fue destruido).

El cuerpo de Alarico II yacía muerto sobre la yerba, los nobles visigodos supervivientes no podían regresar sin rey, y allí mismo, siguiendo su costumbre ancestral, quemaron el cadáver. Con la pira todavía humeante eligieron, con más prisa que pausa, a Gesaleico, hijo natural de Alarico II, que presentaba serias dudas en su aspiración al trono visigodo; no olvidemos que existía un heredero legítimo de apenas cinco años llamado Amalarico que era además nieto del todopoderoso Teodorico el Grande.

En ese año Clodoveo se anexionó la casi totalidad de la antigua Galia llegando a tomar la capital tolosana. A los visigodos sólo les quedó de ese territorio la Septimania, una estrecha franja pegada al litoral mediterráneo. Tras el desastre los orgullosos restos de aquel reino se replegaron ordenadamente hacia Hispania. Comenzaba otra época.

## X. Gesaleico

Los francos nos arrebataron el sueño de Tolosa; ahora nos retiraremos a Hispania, donde tendremos una última oportunidad. Sé que muchos nobles piensan que no soy más que un bastardo ilegítimo; aun así, conduciré a mi pueblo hacia un nuevo reino.

Gesaleico, rey de los visigodos, 507-511

Hispania, dulce hogar

Gesaleico era un guerrero joven y valiente que había combatido bien en los campos de Vouillé, y esos factores influyeron notablemente en su elección como rey. Muchos se mostraron disconformes con la decisión adoptada por las tropas visigodas, -no olvidemos que existía un pretendiente legítimo al trono, el pequeño Amalarico, nieto del poderoso rey de Italia, el ostrogodo Teodorico el Grande-. No obstante lo apurado de la situación en esos momentos, decidió el peso de la balanza a favor del bastardo, buscando así la salida más adecuada con el fin de paliar el desastre propiciado por los francos. Los soldados que habían luchado al servicio de Alarico II desenvainaron sus espadas haciéndolas chocar contra los escudos; de esa forma, siguiendo el ritual ancestral de la tribu, fue entronizado por aclamación guerrera Gesaleico. Su primera y fundamental misión como rey fue la de poner a salvo los restos del ejército, lo que se consiguió gracias al repliegue táctico sobre Hispania.

Aun así, muchos grupos de combatientes visigodos quedaron desperdigados por las antiguas posesiones de la Galia para seguir enfrentándose a los soldados de Clodoveo.

Los ostrogodos llegaron para alivio de sus hermanos occidentales, que recuperaron la Septimania y Narbona frenando el empuje victorioso de las tropas francas. Después de aquella marea se recuperó la estabilidad y Gesaleico obtuvo un pequeño respiro que le permitió establecer la capital eventual de su reino en Barcelona, donde los visigodos lamerían sus heridas a la espera de acontecimientos más benévolos. Queda para la historia que el año 507 fue el del asentamiento definitivo de los visigodos en Hispania.

En la Península Ibérica habitaban entre 5 y 7 millones de hispano-romanos; que veían temerosos la llegada de unos 200.000 conquistadores; el choque de culturas y formas de vida era inevitable. Los hispano-romanos habían sido gobernados con una política y religión distintas a las de los visigodos, y éstos en principio no hicieron mucho para favorecer la concordia entre los dos pueblos. Eran tiempos confusos y nebulosos; por un lado, las diferencias sociales, y por otro,

las disputas por el trono visigodo. En este sentido el procedimiento de elección por asamblea de hombres libres armados que elegían al rey haciendo ruido con sus armas (fue el caso de Gesaleico) pronto en Hispania se mostrará inviable con el paso de los años, el monarca pasará a ser elegido por un grupo de nobles y religiosos, confirmando el pueblo posteriormente esa elección.

En cuanto a la distribución de tierras, los recién llegados no aceptaron ninguna negociación con los anteriores propietarios, recurriendo a lo establecido en tiempos de Roma, cuando eran hospitalitas del Imperio. El método consistía en los consors o división en tres del terreno: los magnates visigodos recibían dos tercios de las propiedades sometidas si eran grandes haciendas, con lo que los propietarios hispano-romanos no podían recuperar nunca las tierras entregadas. Por su parte, los nuevos terratenientes visigodos no estaban autorizados a adquirir el tercio que le quedaba al hispano-romano salvo por concesión real. Este terreno quedaba sujeto al pago de tributos, no así la parte visigoda libre de cargas fiscales. Como vemos, las desigualdades eran terribles en una población que tenía prohibido el mestizaje bajo pena de muerte.

La estructura económica visigoda se basaba en el reparto y división territorial; una continuidad, por tanto, de los modelos establecidos en el bajo Imperio Romano, conservando algunos aspectos germánicos. Sus ejes principales eran la agricultura y la ganadería, sin olvidarnos del comercio. En la agricultura predominaban los sistemas latifundistas conviviendo con pequeñas explotaciones. La ganadería más importante era la dedicada a la cría de caballos, vacas y ovejas. Se conoce la existencia de incipientes relaciones comerciales internas y externas, estas últimas básicamente con el norte de África, Oriente Próximo y otros puntos de Europa. Para las transacciones comerciales era frecuente el uso de moneda, aunque por motivos de la crisis imperante se solía utilizar el trueque.

En la sociedad visigoda de principios del siglo VI existían varias clases sociales distribuidas de la siguiente manera:

Libres privilegiados o clases elevadas. En este grupo se incluyen los nobles entre los que destaca la familia del linaje baltingo, que con mucha frecuencia aportó monarcas al reino visigodo.

Simples libres. En esta familia se pueden incluir a las personas libres desde el punto de vista económico, un contingente integrado por habitantes de la ciudad o del campo y con oficios diversos, tales como artesanos, industriales, mercaderes, pequeños propietarios, etcétera.

Los no libres o esclavos. Éstos alcanzan esa condición por nacimiento, prisión en guerra o comisión de delito. De todas formas, pese a que la situación de servidumbre era claramente precaria, eran objeto del derecho.

Los visigodos dominaban ciertos oficios manuales; había entre ellos herreros, alfareros, carpinteros y otros, pero carecían de escultores, arquitectos, vidrieros, pintores, mineros y otras profesiones que estaban obligados a buscar entre la población hispano-romana. Ésta es la sociedad existente en los tiempos del atribulado Gesaleico, un rey que unía a su condición de bastardo la de usurpador, y eso era insoportable para muchos nobles que además lo tachaban de cobarde y cruel.

Tras las pérdidas de Tolosa y Narbona, Gesaleico se refugia en Barcelona, donde se hace fuerte. Más solo que nunca, ve cómo su anterior aliado el ostrogodo Teodorico exige el trono para su nieto Amalarico y, por si fuera poco, los francos siguen hostigando con una amenaza latente de invasión por el norte de Hispania. Al fin, en el año 510 el rey Teodorico envía fuerzas lideradas por el general Ibbas dirigidas contra Gesaleico, que es derrotado en las cercanías de Barcelona. El depuesto rey huye a toda prisa hacia África, donde se encuentra establecido el reino vándalo, solicitando la ayuda del rey Trasamundo, y con escasas fuerzas afines intenta recuperar el trono en el 511. Ya era tarde para el desconsolado Gesaleico que, tras una batalla librada en las cercanías del río Drucucio, es capturado y ejecutado por las tropas ostrogodas. Comenzaba así una época pacífica de convivencia para las dos familias godas auspiciada por la regencia del rey Teodorico el Grande que, celosamente, guardaba el trono para su nieto Amalarico.

## XI. Amalarico

Ardo en deseos de ocupar el trono que me pertenece por derecho, y sólo así los godos nos libraremos del yugo extranjero.

Amalarico, rey de los visigodos, 511-531

Con la regencia de Teodorico el Grande, 511-526

### La influencia ostrogoda

Amalarico reinó de forma oficial durante veinte años, bien es cierto que quince de ellos fueron bajo la regencia de su abuelo Teodorico el Grande. Éste, con el fin de velar mejor por los intereses de su pequeño nieto, envió a Hispania numerosos jefes militares, gestores y prefectos de su máxima confianza, notables ostrogodos que gobernarían la Península Ibérica con la mirada siempre puesta en Italia. Comenzaba así lo que los investigadores han venido a denominar como el tiempo intermedio ostrogodo que se prolongaría durante casi cuarenta años. Los ostrogodos se habían consolidado como potencia hegemónica tras su invasión de Italia en la última década del siglo V. En el 493 Odoacro, el temible rey de los hérulos y dominador de Italia, fue vencido y muerto por las tropas de Teodorico en las murallas de Rávena, por entonces capital italiana; desde ese momento el veterano ostrogodo fue considerado rey de aquellos territorios. Su influencia no tardaría en hacerse notar. Ya sabemos que gracias al matrimonio de su hija con Alarico II pudo reivindicar el trono para el pequeño Amalarico y la consiguiente regencia sobre ese cargo. Lo cierto es que el infante apenas tenía nueve años cuando esto sucedía, por lo que permaneció ajeno a las farragosas disputas por el poder real.

Amalarico se caracterizó en su infancia por ser un niño consentido y ambicioso, cualquier capricho que tuviera se le daba. Sus mentores ostrogodos supieron manipularle adecuadamente para que se convirtiera en un personaje dúctil para la facción representada por aquellos gobernantes ocasionales. Entre sus preferencias se encontraban las de montar a caballo y todo lo relacionado con el arte de la guerra; él mismo se consideraba un buen paladín y un magnífico conspirador.

En el tiempo en que su abuelo ejerció la regencia se dieron los primeros pasos para una auténtica convivencia entre el pueblo hispano-romano y el visigodo, llegándose incluso a conceder permisos para la celebración de concilios religiosos católicos como los de Tarragona en el 516 y Gerona en el 517.

Teodorico el Grande, también llamado el Amalo por pertenecer a esa dinastía, ha pasado a la historia como un soberbio dirigente que supo poner en liza en sus más de treinta años de reinado cualidades muy difíciles de encontrar en su época como la justicia, tolerancia, diplomacia y buen gusto. En cuanto a la justicia, consiguió administrarla equitativamente a todos sus súbditos fueran de la procedencia étnica que fueran, lo que le granjeó el respeto de todos. Por otra parte, fue tolerante con otros cultos religiosos como el católico o el judío.

Teodorico se convirtió en el personaje más influyente de su época, y la política de alianzas matrimoniales iniciada por él ofreció sabrosos resultados; prácticamente la totalidad de las mujeres de su familia se vio entroncada con las más importantes casas reales de su tiempo. El propio Imperio Bizantino le concedió el manto púrpura y la corona de emperador; siempre se comentó que aunque Teodorico nunca ejerció como tal, hizo méritos más que sobrados para serlo. Por último, fue uno de los primeros reyes en preocuparse por el patrimonio cultural, reconstruyendo y conservando buena parte de la arquitectura romana, con preferencia por las obras del emperador Trajano, con el que se gustaba comparar. Como vemos, un rey querido y pródigo en buenas maneras y recursos que mejorarían sustancialmente la vida de los habitantes de Italia y de las zonas bajo su influencia. Son los casos de la Septimania e Hispania, donde se encontraba su nieto Amalarico controlado por un jefe militar llamado Teudis al que Teodorico envió como prefecto para mejor gobierno de los territorios hispanos.

El joven aspirante veía con desesperación cómo iban pasando los años sin que su abuelo se decidiera a entregarle el trono. No es de extrañar puesto que las aptitudes y cualificación de Amalarico dejaban mucho que desear, lo cual el viejo rey no desconocía al estar bien informado por sus espías en Hispania. También tenemos los cuantiosos tributos que el reino visigodo debía pagar por su tranquilidad. La regencia de Teodorico fue bastante positiva en líneas generales, pero su nieto deseaba caminar solo.

El 13 de agosto del año 526 moría Teodorico I el Grande, dejando un escenario incierto, sobre todo para los ostrogodos que residían en Hispania. Fue entonces cuando Amalarico asumió el trono real con la intención de desvincularse inmediatamente de Italia, aptitud nada agradable para Teudis y buena parte de la nobleza visigoda que aceptaba con buen talante la dirección del lugarteniente de aquel brillante rey que, con tan buena mano, les había gobernado durante quince años. A pesar de todo, acataron la entronización del impetuoso Amalarico, siempre vigilantes a la espera de acontecimientos que no tardarían en llegar.

El flamante rey se había casado con la bella Clotilde, hija del rey franco Clodoveo, muerto en noviembre del 511, y hermana, por tanto, del monarca Childeberto I. La religión católica de la reina produjo resquemor entre la nobleza arriana visigoda. En ese tiempo, las diferencias religiosas seguían siendo muy acentuadas, aunque se produjeron acercamientos como la celebración del II Concilio de Toledo en el año 527.

Amalarico intentó mediante halago y seducción la conversión de Clotilde al arrianismo fallando estrepitosamente sus tácticas. Pronto el trato exquisito otorgado por el impaciente Amalarico desembocó en fuertes accesos de ira y ataques físicos hacia una pobre Clotilde que pidió ayuda desesperada a su hermano, enviándole como muestra de los agravios sufridos un pañuelo teñido por su propia sangre. La reacción vengativa de los francos fue tremenda y movilizaron un potente ejército que se lanzó sobre los visigodos en Narbona. Allí las tropas de Amalarico fueron derrotadas y Clotilde recuperada; lamentablemente, dado su mal estado, no pudo llegar viva a París. Tras el desastre de Narbona, los últimos grupos de visigodos que allí moraban se retiraron hacia Barcelona.

Amalarico desconfiaba de Teudis, incluso llegó a nombrar un nuevo prefecto llamado Esteban. Esta última gota colmó el vaso de la paciencia del sector político encabezado por ostrogodos y afines de la nobleza visigoda.

En el año 531, Amalarico, sin haber cumplido los treinta años, era asesinado en una iglesia de Barcelona. Unos cuentan que murió a manos del franco Bessón; ¿acaso por vengar a su reina Clotilde? La hipótesis más fiable nos dice que el propio Teudis ordenó a las tropas acabar con la vida del nefasto Amalarico.

## XII. Teudis

Amalarico era un obstáculo que impedía la armonía y el equilibrio en Hispania, por eso ordené su muerte. A partir de ahora, hispano-romanos y godos caminaremos juntos.

Teudis, rey de los visigodos, 531-548

### El buen Rey Ostrogodo

Amalarico era el último descendiente del gran rey visigodo Teodorico I, vencedor de Atila en los Campos Catalaúnicos. Desde luego con su muerte el linaje baltingo quedaba en situación más que precaria, pero las circunstancias exigían nuevos rumbos, por lo que la mayor parte de la aristocracia hispana aplaudió la elección popular de Teudis como rey de los visigodos. Poco importaba su origen oriental, no en vano era muy querido desde los tiempos de la regencia por haber dado a su prefectura el mismo carácter que desde Italia Teodorico el Amalo imprimía a su reinado. Teudis basó su política en la justicia equitativa que tan buenos resultados obtuvo en años anteriores. Fue el primer rey visigodo que dio los pasos oportunos para un acercamiento real a la población dominada. Él mismo se casó con una bella joven católica de la aristocracia hispano-romana

y ese gesto le convirtió en el primer exponente de un nuevo grupo social conformado por elites de la nobleza hispano-romana y visigoda. Hasta el reinado de Amalarico la orientación política fue claramente tolosana, con Teudis será hispana; había llegado el momento para un gran cambio de actitud entre los dominadores visigodos.

En cuanto a la política internacional de este período, cabe destacar que existía un grave peligro originado por el empuje del Imperio Bizantino, que seguía soñando con la reunificación de los antiguos territorios romanos. Las conquistas de Bizancio se expandieron por el norte de África amenazando seriamente al reino vándalo y, por ende, a la Península Ibérica. Las primeras acciones militares de Teudis se enfocaron hacia ese punto geográfico. Con ese fin se propiciaron alianzas entre ostrogodos, vándalos y visigodos para intentar frenar el ataque de los bizantinos de Justiniano.

En el año 533 se produjo un asalto infructuoso sobre Ceuta. Con esta acción Teudis pretendía establecer una cabeza de puente en el continente africano, en el afán de controlar el estrecho de Gibraltar.

Todo fue inútil dada la fortaleza demostrada por el ejército bizantino. Años más tarde, los visigodos lo volverían a intentar con idénticos resultados. La amenaza de invasión por el sur fue lo que provocó, posiblemente, el traslado de la capital que por entonces seguía siendo Barcino (Barcelona) a Emérita Augusta (Mérida), con el objeto de permanecer cerca de un hipotético campo de operaciones. No obstante, el emperador Justiniano no desechó la posibilidad de conquistar Hispania, como veremos más adelante.

Desde el norte seguían amenazando los francos que incluso llegaron a protagonizar un intento de invasión dirigido por los reyes Childeberto y Clotario. En el año 541 un formidable ejército de esa procedencia atravesó los pasos pirenaicos para internarse por Navarra, tomando Pamplona, hasta llegar a Caesar Augusta (Zaragoza), a la que sometieron a un sitio de cuarenta y nueve días. Teudis, que ya se había enfrentado a los francos en los territorios de Septimania, envió tropas de refuerzo para aliviar la situación de la ciudad. Al frente de la hueste visigoda se puso uno de los mejores generales del reino, el duque Teudiselo. No sabemos muy bien qué pasó, pues son varias las historias que circulan sobre el levantamiento del cerco zaragozano. Cuenta la leyenda que los habitantes de la angustiada plaza, viendo al ejército franco ante sus murallas, sacaron en procesión de penitencia la túnica del mártir san Vicente. Esa imagen tan fervorosa provocó que Childeberto se compadeciera marchándose del lugar. Pasado el tiempo, ordenó levantar una iglesia en París con el nombre del santo. En cambio, en más segura la hipótesis que nos muestra a los visigodos ocupando todos los pasos pirenaicos en una rápida maniobra, de modo que tomaron la retaguardia del ejército franco que, viéndose atrapado entre dos fuegos, optó por la retirada a costa de perder centenares de guerreros, además de la captura y posterior pago del rescate de algunos nobles caballeros francos. Fue una gran victoria para el duque Teudiselo que le reportaría a la postre notables resultados. Mientras tanto, en esos años, el rey Teudis siguió practicando su política de integración y unión de las clases dominantes. La tolerancia llegó al extremo de permitir la celebración de tres concilios católicos entre los años 540 y 546.

Poco a poco, obispos de esa fe que pertenecían en su mayoría a la aristocracia latifundista hispano-romana se fueron incorporando a la sociedad dominante. Todo hacía ver que arrianos y católicos estaban por fin condenados a entenderse.

Ya hemos visto cómo algunas ciudades de Hispania comenzaron a cobrar más importancia en estos años, como por ejemplo la nueva capital establecida en Emérita Augusta, pero, sobre todo, fueron dos las que emergieron con luz propia: Sevilla y, por supuesto, la futura capital, Toledo, Allí elaboró Teudis el único documento legislativo de su reinado, la ley de costes judiciales, promulgada el 21 de noviembre del 546. Este texto jurídico visigótico servía para regular los abusos constantes que se cometían en los costes procesales que debían pagar las partes litigantes a unos jueces que, con demasiada frecuencia, aceptaban suculentos sobornos. La ley de Teudis reflejaba una esperanzadora unidad jurisdiccional; en una de sus frases se puede leer: "Se aplicará a todos los provinciales y a todos nuestros pueblos", lo que nos viene a decir que en ese

año 546 la justicia impartida abarcaba a todos los súbditos, bien fueran godos o hispano-romanos. Todo esto suponía un grandísimo avance respecto a unos años antes; además, su publicación en la ciudad de Toledo ponía sobre la pista de la importancia creciente que la plaza estaba adquiriendo. En documento se encuentra hoy día en la catedral de León, en donde se conserva fragmentariamente en un palimpsesto que contiene partes del Breviario de Alarico.

El rey Teudis tuvo un excelente reinado de diecisiete años que quedó truncado, como casi siempre, por el asesinato. Cuenta la vieja crónica que el rey pasaba unos días de esparcimiento en su palacio, ajeno a una aviesa conjura nobiliaria que se estaba gestando a sus espaldas. A pesar de los buenos resultados que estaba obteniendo Teudis, no faltaban contumaces enemigos y aspirantes al trono. La farsa que rodeó la muerte del rey se asemeja a una opereta italiana. Un soldado de su guardia, al que supuestamente los confabulados habían pagado una buena suma, fingió una repentina locura, y la enajenación lo llevó a moverse como un poseído por la estancia donde se encontraba el asombrado Teudis. Finalmente, sin que nadie pudiera evitarlo, el loco fingido clavó un cuchillo en el pecho real. Los cortesanos fieles a Teudis se abalanzaron sobre el soldado, y cuando estaban prestos para acabar con su vida, la voz del agonizante Teudis lo impidió. Dice la leyenda que en esos momentos el veterano monarca se acordó del asesinato que él había encargado para Amalarico y, más arrepentido que nunca, solicitó el perdón para su asesino. Una vez cumplido ese último deseo, el rey Teudis falleció.

#### XIII. Teudiselo

Las ricas tierras de la Bética son mi máximo interés; por eso fortaleceré Sevilla, estableciendo allí mi corte.

Teudiselo, rey de los visigodos, 548-549

Fin del intermedio Ostrogodo

Con la muerte del rey Teudis en el año 548 quedaban atrás más de tres lustros de prosperidad en Hispania. La asamblea de nobles se enfrentaba, por tanto, a un gran reto que solucionó nombrando a Teudiselo nuevo rey de los visigodos.

El pueblo no tuvo el menor problema a la horade ratificar esa decisión, pues el personaje era muy querido y valorado por todos; no olvidemos la brillante actuación del duque ostrogodo en el año 541 poniendo fin a la invasión franca.

Duques y condes eran las dignidades jerárquicas más próximas al rey, y esos títulos habían sido heredados desde los tiempos hegemónicos del Imperio Romano. Los condes eran nobles con misiones específicas, como la diplomacia, educación, gestión o gobierno de ciudades. Los duques eran superiores en rango a los condes y se encargaban principalmente de la conducción y dirección de tropas, o de la administración de grandes territorios.

Teudiselo se propuso dar continuidad a la obra de su predecesor Teudis. En lo social se siguió profundizando en la hispanización visigoda; en lo militar se establecieron pactos mediante el pago de tributos a los francos con el fin de evitar futuras internadas de éstos; acuerdos que duraron poco, llegándose a la eliminación física de los pocos francos residentes en el valle del Ebro. Por el sur permanecía candente el problema que suponía la provincia Bética, siempre dispuesta al levantamiento, a la disensión o, en último extremo, a la hipotética ocupación por parte de los expansionistas bizantinos de Justiniano.

Teudiselo decidió trasladar su corte a Sevilla con el ánimo de ejercer desde la ciudad sureña una política más meridional, dado el interés que los visigodos mantenían por las riquezas de esa zona peninsular. Se supone que el recordado rey Teudis fue asesinado en el palacio que tenía en esa localidad. A pesar de ese mal presagio, Teudiselo acondicionó las defensas y calles de Sevilla para mayor comodidad de sus habitantes.

El rey Teudiselo había acreditado con creces su aptitud para la guerra, pero era más relajado en su comportamiento cotidiano: conocidas eran sus aventuras extraconyugales y su desmedida afición por todo lo que oliera o supiera a vino. Estos condicionantes no impidieron que la gran mayoría de la población hispana mostrara cariño y admiración por el monarca ostrogodo. Desgraciadamente, su reinado sería breve, tan sólo dieciocho meses.

A finales del año 549, el rey organizó un suculento banquete en su palacio sevillano, siendo invitada la flor y nata de la ciudad. Según parece. Teudiselo comió y bebió en exceso hasta muy avanzada la noche, donde, aprovechando la circunstancia, fue asesinado por un grupo de conspiradores. Como es habitual, no tenemos noticias fiables sobre quién o quiénes auspiciaron el suceso. Unos dijeron que los asesinos fueron maridos ultrajados que buscaban venganza por el "uso" indebido que de sus mujeres había hecho el potente rey; otros contaron que todo ocurrió gracias a la conjura de los nobles de la estirpe puramente visigoda, a cuya cabeza se encontraba Agila, pretendiente al trono real y disconforme con la idea de mantener más tiempo a los ostrogodos en el poder. Lo cierto es que tuvieron unos u otros razón, Teudiselo murió, y con él se cerraban treinta y ocho años de influencia goda oriental, desde la regencia de Teodorico el Grande, pasando por Teudis, para finalizar en Teudiselo. Tres reyes que hicieron todo lo posible por fundir a hispano-romanos y visigodos, otrora irreconciliables, bajo una misma causa.

Casi todos los investigadores históricos coinciden en afirmar que esta floreciente época se puede llamar la del intermedio ostrogodo. Después de eso comenzaría un período de inquietudes intestinas y confusión que desembocaría en fatales contiendas fratricidas.

Notas marginales:

Guerrero godo en la Historia de España, del padre Mariana

Representación del apóstol San Pedro, Capitel de la iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora)

Placa de cancel emeritense (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Relieve decorativo, Salamanca (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Recreación de Daniel en el foso de los leones, Capitel de San Pedro de la Nave (Zamora)

Detalles del friso de la iglesia de Quintanilla de las Viñas (Burgos)

Iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora)

La sociedad visigoda fue eminentemente rural, las pocas muestras arquitectónicas siempre se localizan en ese ámbito. En la imagen, la iglesia de San Juan de Baños (Palencia), fundada en el siglo VII por el rey Recesvinto.

Santa María del Naranco (Asturias)

Durante los tres siglos de dominación visigoda, la Península Ibérica transitó por diversas fases de crisis económica y social. El legado romano pronto se disipó, dando paso a las nuevas formas protofeudales. Grandes magnates terratenientes de la nobleza y el clero controlaban latifundios en la mayor parte del territorio hispano, dejando muy pocas opciones para el avance del campesinado.

Poblado de El Bovalar (Serós, Lérida)

Corona del tesoro de Guarrazar (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Interior de la iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora)

Pendientes encontrados en una tumba

Jarrito y patena litúrgica (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Tres broches de cinturón procedentes del norte de Italia

Collar hallado en una tumba

Fíbula de oro y pasta vítrea procedente del tesoro de Domagnano

Fíbula aquiliforme de bronce y pasta vitrea procedente de Alovera, Guadalajara (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Cruz pectoral bizantina, tesoro de Guarrazar (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Cruz pectoral, tesoro de Guarrazar (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Broche de cinturón de placa calada

Broche de cinturón de pasta vitrea

Corona de Recesvinto procedente del tesoro de Guarrazar (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Tras los grandes códigos promulgados en siglos anteriores por reyes como Eurico o Leovigildo, Recesvinto impulsó el último cuerpo de leyes godas. Es el Liber Iudiciorum que apareció en el año 654.

En plena edad de las tinieblas surgió la luz de san Isidoro, considerado por todos como el gran intelectual de su época, supo entender que la cultura debía ser patrimonio del pueblo y no de la elite dominante.

#### XIV. Agila

Desde los tiempos de Alarico II, soy el primer rey de sangre enteramente hispana; a pesar de eso, buena parte de la nobleza se levanta contra mí y pide ayuda a los bizantinos que no buscan sino apropiarse de Hispania.

Agila, rey de los visigodos, 549-554

Estalla la guerra civil

El Aula Regia visigoda movió con presteza sus hilos para proclamar al presunto conspirador Agila como nuevo rey. Su linaje era antiguo y estrictamente arriano, con lo que se mostraba claramente intolerante hacia la causa católica. Esa férrea actitud provocó de inmediato la réplica hispano-romana. Numerosas ciudades, principalmente de la Bética, se sublevaron contra el opresor político y religioso, incluso buena parte de la nobleza visigoda no vio de buen grado la llegada de Agila al trono por considerarle un ambicioso y cruel tirano. Habían sido muchos años de fructífera convivencia para las dos comunidades que habitaban Hispania, y el nuevo monarca parecía decidido a estropearlo todo.

La siempre rebelde Córdoba no aceptó ninguna hegemonía que viniera de Agila, levantándose contra él y su ejército real. En Sevilla se encontraba Atanagildo, un notable miembro de la alta nobleza visigoda muy afín a las ideas impuestas por las monarquías anteriores. Al aristócrata se unieron otros como él, produciéndose el inevitable estallido social y militar. Agila dio respuesta enviando tropas contra Córdoba, a cuyo frente se puso él mismo. En la expedición



cabalgaba su hijo y la mayor parte del tesoro regio. La batalla que se produjo en las cercanías de la ciudad cordobesa dio como resultado una derrota aplastante para el ejército leal al rey Agila, que además perdió a su primogénito y buena parte de la riqueza que portaba. Con los escasos efectivos que pudo salvar, el rey se retiró hacia Mérida, donde esperaba reorganizarse para preparar un ataque masivo sobre la ya rebelde Sevilla. Allí se encontraba la facción de Atanagildo, muy mermada de poder militar después del primer año de guerra civil.

Los combates se localizaron mayoritariamente en la Bética, pero abarcaron la práctica totalidad del territorio dominado por los visigodos en esos momentos, incluida la provincia de Septimania en las antiguas Galias.

A finales del año 551 la situación era bastante delicada para los seguidores de Atanagildo, quien, temiendo una débil respuesta ante el ataque del rey Agila sobre Sevilla, buscó la ayuda militar de los bizantinos. Éstos, siempre dispuestos para reconstruir el viejo Imperio Romano, esperaban un buen pretexto para invadir Hispania y éste llegó en bandeja de plata gracias a su alianza con Atanagildo.

Corría el mes de junio del año 552, cuando un contingente bizantino comandado por el magister militum de ochenta años Liberius desembarcaba en la Península Ibérica. Son varias las zonas que se barajan como punto exacto de la maniobra: el estrecho de Gibraltar, Málaga o, el que parece más factible, Cartago Nova, por disponer esta ciudad de un magnífico puerto ideal para el desembarco de tropas. Por otra parte, la hipótesis de Cartago viene avalada por la proximidad de esta plaza con Baleares y el norte de África que ya eran posesiones orientales.

El refuerzo bizantino supuso un cambio de rumbo en los acontecimientos, Atanagildo, muy vigorizado por la presencia de sus nuevos aliados, recuperó la iniciativa asestando un difícil revés al rey Agila en las cercanías de Sevilla. El combate fue desigual, quedando diezmado el ejército real que, a duras penas, se retiró una vez más a Mérida, último reducto para los escasos partidarios de Agila.

Éstos, viendo su causa perdida, optaron por lo que parecía más razonable en esa época: asesinar a su rey Agila, es decir, acabar con el problema que suponía su presencia física, poniéndose a bien con el futuro rey Atanagildo a la espera de clemencia después de cinco años de guerra fratricida.

Agila fue muerto a cuchilladas en el año 554, el mismo que vio llegar al trono al noble Atanagildo. El precio para que esto ocurriera había sido muy alto, ya que los bizantinos iban a cobrar muy cara la ayuda prestada a los rebeldes en la guerra civil. comenzaba la etapa bizantina en la Península Ibérica que se prolongaría hasta bien entrado el siglo XII. ¿Cómo reaccionarían los visigodos ante el nuevo peligro?

¿Intentaría el victorioso rey Atanagildo subsanar el fatídico, pero necesario, error cometido?

## XV. Atanagildo

Desde mi corte en Toledo intentaré devolver a los godos tiempos de paz y esplendor, empezando por expulsar a los otrora aliados bizantinos.

Atanagildo, rey de los visigodos, 554-567

### El reino de Toledo

Una de las primeras medidas adoptadas por el rey Atanagildo fue trasladar la capitalidad del reino a la ciudad de Toledo. La plaza venía cobrando una importancia creciente desde los tiempos de Teudis y, además, la posición geográfica toledana permitía estar más cerca de cualquier conflicto que se produjera en tierras visigodas. La decisión seguramente se tomó para mayor protección de los intereses godos ante la invasión bizantina.

Como sabemos, el emperador Justiniano había iniciado una política expansionista por el Mediterráneo. Las conquistas bizantinas desde el 533 al 563

darían como resultado la anexión y control del Mediterráneo central y occidental y, por consiguiente, del flujo económico de esta zona. Todo giraba alrededor del plan concebido por Justiniano, llamado *Renovatio Imperii Romanorum*, es decir, la reunificación de los territorios que una vez estuvieron bajo el poder o influencia del viejo y temido Imperio Romano.

En Hispania las disputas internas entre los seguidores de Atanagildo y Agila propiciaron la llegada de una primera flota que desembarcó en el verano del 552. A pesar de los pocos efectivos que transportaba, no tuvo el menor problema para hacerse fuerte en algunas ciudades de las provincias Cartaginense y Bética, desde donde los bizantinos veían complacidos cómo los visigodos se destrozaban entre sí.

En el 554 Bizancio desbanca al reino ostrogodo de Italia, con lo que pudo liberar tropas para enviarlas hacia Hispania, donde siguió el ambicioso plan territorial del emperador oriental.

Atanagildo, ahora desde Toledo, tuvo que enfrentarse a varias prioridades a fin de asegurar sus cada vez más mermadas fronteras. En el comienzo de su reinado existían tres líneas que delimitaban el reino visigodo: en el noroeste los inquietos suevos, con los que se mantenía una agitada relación de incierto resultado -cabe destacar que durante el reinado de Atanagildo se produjo un hecho clave para entender la historia de España; en ese tiempo los suevos se convirtieron de forma masiva al catolicismo, lo que traería fructíferas circunstancias que facilitaron el molde de la fusión posterior-. En el norte, los francos, de los que se obtuvo un pacto de no agresión gracias a los enlaces matrimoniales que el rey buscó para su descendencia. Las hijas del rey Atanagildo se desposaron con dos de los reyes francos más influyentes. Por un lado, la primogénita Geleswinta se unió al rey Chilperico de Neustria en la zona noroeste de la antigua Galia; y la pequeña Bruniquilda marchó a la zona oriental para casarse con el rey Sigeberto de Austrasia. Con estos matrimonios se evitaban momentáneamente conflictos mayores con los eternos enemigos francos. Quedaba el grave problema que suponían los antaño aliados bizantinos, convertidos ahora en implacables invasores, cada vez más reforzados en las tierras y ciudades que habían ocupado por el sur y este peninsular.

Al rey Atanagildo no le quedó más remedio que luchar con denuedo para intentar frenar la marea bizantina. Al fin llegaría a un acuerdo de paz por el que se reconocería a Bizancio la propiedad de una franja de territorio que comprendía desde la desembocadura del río Guadalete hasta Denia, dejando para los visigodos el control de Sevilla y sus zonas adyacentes. Los bizantinos denominaron a sus nuevas posesiones como provincia de *Spaniae* con capital en Cartago Spartaria (Cartagena), bajo el mando de un *magister militum hispaniae*.

En cuanto a política interior, el reinado de Atanagildo fue bastante pacífico. La facción del vencido Agila se alió con los ganadores de la contienda civil y juntos buscaron caminos que dieran luz a la terrible crisis económica por la que atravesaba el reino a consecuencia de tanto combate y despropósito. Las arcas reales no tenían volumen suficiente para atender la demanda de una población empobrecida por los avatares y la moneda que circulaba esos años era cada vez más escasa y devaluada.

Los habitantes de la España visigoda rondaron con frecuencia la hambruna, y las cosechas y comercios no abastecían a los casi siete millones de habitantes que, por entonces, mantenía el reino. En 566 la crisis económica se acentuaba y conducía inexorablemente a lo que parecía una inminente desaparición de la nación visigoda para disgregarse en un sinfín de pequeños reinos.

Los intentos del rey Atanagildo por conquistar Córdoba se estrellaron paulatinamente contra sus murallas. A pesar de todo, el rey gozaba de la estima y el cariño popular y Toledo florecía paso a paso en medio de tanto inconveniente.

Se cuenta que Atanagildo se había convertido de forma secreta en sus últimos años a la fe católica, de ahí la tolerancia religiosa mostrada hacia los católicos que el buen monarca había mantenido para desconcierto de la más rancia aristocracia arriana visigoda.

En el año 567 el rey enfermó fatalmente y quedó postrado en el lecho de su palacio real en Toledo. Era una situación novedosa para todos, ya que no había

costumbre desde los tiempos de Eurico de ver a un monarca fallecer por muerte natural, pero con Atanagildo sucedió esto, lo que levantó admiración e incrementó el cariño que el pueblo sentía por él.

Tras el óbito real los visigodos comenzaron un agrio debate para buscar al heredero más adecuado al trono. Fueron cinco meses de interminables jornadas donde varios candidatos ejercieron su opción. La asamblea de nobles fue desestimando una propuesta tras otra. Nadie parecía contento y ningún linaje satisfacía sus demandas. El fantasma de la guerra civil comenzaba a planear sobre el horizonte. Cuando todo parecía perdido y las diferentes casas de influencia empezaban a desenvainar sus espadas, apareció desde la Septimania un noble llamado Liuva con propuestas conciliadoras, enarbolando una suerte de compromisos que, para sorpresa de propios y ajenos, apaciguaron a los belicosos magnates que, aplicando la fórmula del mal menor, lo eligieron rey. Comenzaba así, no exento de problemas, el difícil reinado de Liuva I, de religión arriana y dispuesto a no abandonar su querida Narbona, ciudad en la que habitualmente residía, asunto éste muy polémico y que pronto le ocasionaría más de un quebradero de cabeza.

## XVI. Liuva I

Mi hermano Leovigildo es el más indicado para gobernar a los godos de Hispania. Yo desde la Septimania evitaré el avance de los francos. No sé si los nobles entenderán la decisión de compartir el trono.

Liuva I, rey de los visigodos, 567-572

### La oportuna transición

Cuando Liuva I llegó al trono a finales del 567, desde luego no permanecía ajeno a lo delicado de la situación. En esos momentos tres poderes se repartían el suelo peninsular: suevos, bizantinos y visigodos, y los tres intentaban presionar al vecino de la mejor, o peor, manera posible.

Liuva era duque de la Septimania, una provincia en permanente conflicto con los francos, tensión a la que el gobernante visigodo estaba acostumbrado, ya que hasta entonces había sido capaz de mantenerlos a raya en sus ambiciosas aspiraciones de invadir la estrecha franja territorial que a duras penas seguía vinculada al reino toledano. Los meses que los visigodos perdieron en la elección de un nuevo rey fueron utilizados convenientemente por sus enemigos para reforzar posiciones y preparar futuras campañas expansionistas.

Atanagildo no tuvo suerte en sus cuitas contra los bizantinos y grandes terratenientes hispano-romanos que dominaban ciudades como Córdoba o vastos territorios en la meseta central de la península. Ahora le tocaba al rey Liuva buscar rápidas soluciones reparadoras de tanto desbarajuste militar, social y económico. Pero en ese tiempo los acontecimientos circulaban con presteza sin que se dieran muchas oportunidades para reflexiones sosegadas. Así, a las pocas semanas de su nombramiento tuvo que enfrentarse al ataque fulminante de los reyes francos sobre Septimania. El exitoso avance y toma de la ciudad de Arlés a cargo de los caudillos francos Sigiberto y Gontrán obligó al rey Liuva a preparar una expedición militar dirigida por él mismo con el propósito de detener la avalancha franca.

Liuva consiguió repeler la ofensiva de los francos, pero, como buen conocedor de éstos, sabía que su ausencia de la zona facilitaría nuevas intervenciones guerreras de un vecino siempre dispuesto a superar los límites fronterizos. En consecuencia, optó por permanecer con su ejército en Narbona, situación que calmaría suficientemente el ardor combativo del enemigo franco. La iniciativa estabilizó el norte visigodo, levantando en cambio envidias y disensiones en las provincias del sur -recordemos que muchos nobles no se habían mostrado de acuerdo con la elección de Liuva que, además, propugnaba una mayor defensa de las costumbres arrianas frente a las católicas-. Un rey residente en Narbona quedaba muy lejos de las decisiones que necesariamente se debían tomar en Toledo. Por otra parte, los visigodos se enfrentaban a la posibilidad, más que

concreta, de perder Septimania a manos francas. ¿Qué hacer entonces? El rey Liuva dio muestras de sabiduría salomónica y repartió las funciones del cargo con su hermano Leovigildo, al que concedió el gobierno de Hispania en el 568 mientras él se dedicaba por completo a la provincia visigoda en las Galias. La solución fue del gusto de la mayoría, pues eran muchos los que veían con buenos ojos al hermano de Liuva, entre ellos los seguidores de Atanagildo, a los que Leovigildo convenció con su matrimonio con Gosvinta, viuda del anterior rey.

Poco más le quedó por decir o hacer al diplomático Liuva I. Sus últimos años los empleó en pacificar la frontera norte visigoda. Fue allí donde siempre quiso vivir y allí donde finalmente falleció por causas desconocidas en el 572, cuando se encontraba en el palacio real de su amada Narbona.

Liuva I es un monarca de reinado breve pero tremendamente interesante para la historia de España. La decisión conciliadora de crear un trono bicéfalo es motivo de muchos comentarios entre los investigadores. Sin embargo, nadie discute que la llegada de Leovigildo puso fin a buena parte de las variadas crisis que asolaban el reino visigodo de Toledo. Por tanto, Liuva tuvo una visión meridiana a la hora de intuir cómo se debía gobernar un reino que paseaba con demasiada frecuencia por las sombras de la inexperiencia, y en lugar de acumular poder para mayor brillo personal, lo repartió por el bien común de su pueblo.

## XVII. Leovigildo

Ha llegado la hora de dar consistencia al reino de Toledo. En cambio, mi alma se agría por la aptitud incomprensible de mi hijo Hermegildo.

Leovigildo, rey de los visigodos, 568-586

### Esplendor toledano

Leovigildo fue sin duda el rey más esplendoroso de su tiempo. Desde la asociación al trono de su hermano Liuva dio muestras sólidas del carácter unitario que pronto iba a dejar impreso en el reino de Toledo. Los primeros años de gobierno, gracias a la tranquilidad que Liuva otorgaba desde el norte, los pudo emplear con determinación para acallar las voces discrepantes de terratenientes hispano-romanos muy reacios al pago de tributos y cargas fiscales. Esos grandes propietarios también participaban de las asambleas electoras regias; por tanto, se convertían en peligrosos enemigos de una vida monárquica consolidada y estable. Era obvia la debilidad manifiesta del reino toledano; todos lo sabían, Leovigildo también. El pueblo necesitaba símbolos fuertes que acatar y seguir a pesar de las dificultades, por eso no es de extrañar que las primeras acciones reales fueran las de expropiar inmensos territorios a muchos nobles que se negaban a sustentar las arcas del tesoro gótico.

Exilios y decapitaciones estaban a la orden del día, sin que nadie escapara al control fiscal. La mano dura empleada por Leovigildo pronto surtió efecto y se incrementó notablemente la fortuna del reino que, aun así, seguía siendo insuficiente para abastecer tanta demanda social.

Leovigildo era un buen militar y sabía que tarde o temprano entraría en guerra con sus habituales enemigos: bizantinos, suevos y francos, de tal modo que, previendo el futuro inmediato, asestó un decisivo golpe a los prefectos destacados por Bizancio en la Península. En la campaña iniciada en el año 570, los visigodos bajo el mando del rey Leovigildo tomaron muchas ciudades y fortalezas vitales para la continuidad bizantina en Hispania.

Tal fue el caso de Guadix, Baza, Antequera, Medina Sidonia o Málaga, la plaza y puerto más importante que los orientales mantenían en el sureste peninsular. Finalizada la contienda en el 571, el resultado no pudo ser mejor para los intereses visigodos; se había creado un eje que giraba en torno a las ciudades anteriormente citadas que empujaba a los bizantinos a ocupar sólo una estrecha franja litoral en el Mediterráneo, fijando la virtual frontera en la cordillera

Penibética. Finalmente, Leovigildo consiguió algo que sus predecesores Agila y Atanagildo no habían podido obtener: la conquista y ocupación de la eternamente rebelde Córdoba. Tras el asentamiento de guarniciones y la masacre de centenares de campesinos levantiscos, se puede decir que los bizantinos habían sido definitivamente expulsados del valle del Guadalquivir, o lo que es lo mismo, de las tierras más fértiles de toda la provincia Bética. Este asunto, como puede suponer el lector, volvió a mejorar la maltrecha salud del tesoro goda con lo que Leovigildo se reforzó notablemente para emprender nuevas campañas, pues disputas territoriales no le iban a faltar.

En el año de la toma cordobesa aconteció la muerte de su hermano Liuva I, lo que supondría la reunificación del reino bajo el mando de Leovigildo que, al recuperar el control sobre la provincia visigoda de las Galias, asoció al trono para mejor reparto de funciones a sus hijos Hermenegildo y Recaredo, ya pensando posiblemente en la creación de una dinastía que le permitiera perpetuar su linaje para mayor gloria de su figura. Los herederos eran fruto del primer matrimonio de Leovigildo, aunque, como ya sabemos, hubo un segundo enlace con la viuda del rey Atanagildo.

Tras asumir todos los derechos y obligaciones reales, Leovigildo, siguiendo con su política de fortalecimiento de la institución monárquica, sorprendió a todos con una serie de decisiones que, a la postre, fueron vitales para la imagen y afirmación del reino toledano.

Leovigildo se coronó, vistió mantos a la usanza imperial bizantina y se sentó por primera vez en un trono delante de la asamblea de nobles visigodos; acuñó moneda con su efigie coronada, los famosos tremises de oro -su valor correspondía a la tercera parte del solidus romano-, moneda oficial del reino y un símbolo de la época floreciente de Leovigildo.

En el 573 se llevó a cabo la obra legislativa que el rey Leovigildo creó para el mejor gobierno de las poblaciones goda e hispano-romana. Nos referimos al famoso Codex Revisus, el documento más importante de su época, que impulsó definitivamente el levantamiento del armazón ideológico toledano. El código de Leovigildo se basaba esencialmente en el antiguo Código de Eurico, del que rescató las principales leyes, suprimió las superfluas y añadió otras que no se habían tenido en cuenta en ese momento, Con este texto se miraba hacia el conjunto de la población sin pararse en su procedencia étnica o confesión religiosa. Fue un salto cualitativo y cuantitativo que facilitaría enormemente el avance hacia lo que hoy llamamos España.

Valga como ejemplo de lo que representaba el Codex Revisus esta ley sobre matrimonios mixtos que aquí reflejamos:

Que esté permitida la unión matrimonial tanto de un goda con una romana, como de un romano con una goda. Se distingue una solícita preocupación en el príncipe, cuando se procuran beneficios para su pueblo a través de ventajas futuras; y no poco deberá regocijarse la ingénita libertad al quebrantarse el vigor de una antigua ley con la abolición de la orden que, incoherentemente, prefirió dividir con respecto al matrimonio a las personas que su dignidad igualaba como parejas en estatus.

Saludablemente reflexionando por lo que aquí expuesto como mejor, con la remonición de la orden de la vieja ley, sancionamos con esta presente ley de validez perpetua: que tanto si un goda una romana, como también un romano una goda, quisiera tener por esposa -dignísima por su previa petición de mano- existía para ellos la capacidad de contraer nupcias y esté permitido a un hombre libre tomar por esposa a la mujer libre que quiera en honesta unión tras informar bien de su decisión y con el acompañamiento acostumbrado del consenso del linaje.

Recordemos la nefasta ley de raza vigente desde los antiguos tiempos tolosanos que impedía bajo pena de muerte esos matrimonios mixtos. El Codex Revisus alivió en gran medida las necesidades de una gente cada vez más identificada con los gobernantes que les tocaban. Con la fuerza de la unión llegaba el momento para la expansión territorial y Leovigildo se puso a la faena.

El objetivo era suprimir el constante peligro que suponían las poblaciones autóctonas celtibéricas. La campaña septentrional concedió grandes victorias sobre los ruccones, una tribu establecida entre las actuales provincias de

Salamanca y Cáceres; también se dominó a la tribu de los sappo, que vivían en el suroeste de la actual provincia de Zamora; finalmente, los visigodos se lanzaron sobre la región cántabra que hasta entonces había permanecido más o menos independiente del poder invasor. En 574 Leovigildo toma y saquea Amaya, la capital cántabra, dejando una guarnición para evitar ataques de los siempre belicosos y paganos cántabros.

Con posterioridad a sus éxitos celtibéricos, Leovigildo inició la presión sobre el agónico reino suevo y aún le quedó tiempo para completar la conquista de Oróspeda, situada en la actual zona de las sierras de Alcaraz, Segura, Cazorla y alto Guadalquivir. En un principio las ciudades y torres de estos lugares se sometieron a la hegemonía visigoda; más tarde, el campesinado orospedano se sublevó al sentir la presión fiscal impuesta por los nuevos gobernantes, siendo ya demasiado tarde para cualquier movimiento de protesta popular, y los rurales fueron barridos en pocas semanas.

El año 578 fue el único de paz en el reinado de Leovigildo: las fronteras habían sido aseguradas, los francos no atacaban, los suevos no podían hacerlo y los bizantinos sólo eran capaces de aguantar y proteger lo poco que les quedaba.

Esos meses de tranquilidad facilitaron la construcción de la ciudad real de Recópolis, una bella plaza levantada en homenaje a su hijo Recaredo, con importantes obras en su casco urbano y suburbios, que fue bastión militar y capital de la Celtiberia. Recópolis se edificó sobre la colina del cerro de la Oliva, frente al río Tajo, quedando al sur del futuro pueblo de Zorita de los Canes en Guadalajara. Otras investigaciones han trasladado unos kilómetros el hipotético emplazamiento de Recópolis para situarlo cerca de la actual Almonacid de Zorita. Sea cual fuere la ubicación, Recópolis tuvo gran importancia en el control de las comunicaciones peninsulares. Desde allí los godos observarían mejor el devenir de los acontecimientos que cada vez eran más favorables y propicios, a excepción de la enredada traba religiosa que parecía no tener fin.

#### La rebelión de hermenegildo y la conquista del reino suevo

Hasta el año 579 el rey Leovigildo había podido descansar por delegación gubernativa efectuada sobre sus hijos Recaredo y Hermenegildo. En esa fecha este último comenzó a dar signos evidentes de inestabilidad emocional a consecuencia de sus dudas religiosas. El heredero mantenía un acercamiento progresivo a la fe católica, asunto que restaba sueño al arriano Leovigildo. Las intrigas palaciegas eran frecuentes y el ardor católico se infiltraba pertinaz a través de los muros de la religión oficial. Posiblemente, Teodosia, la primera mujer de Leovigildo y madre de Hermenegildo, había sido practicante católica con influencia clara en sus hijos.

Leovigildo tomó la decisión de casar a su hijo predilecto y concederle el gobierno de la rica provincia bética, lo que sería suficiente para que el príncipe abandonara el abrigo de los católicos y las frecuentes riñas con su madrastra, Gosvinta. El matrimonio se acordó con una princesa merovingia llamada Ingunda, hija de los reyes francos Sigiberto y Brunequilda y paradójicamente nieta de la ahora reina visigoda. Leovigildo confiaba en que la grandeza del cargo lograra que la princesa Ingunda se convirtiera sin mayores problemas al arrianismo. Sin embargo, el efecto deseado por el rey visigodo fue el contrario. Ni siquiera la entrega del gobierno de la provincia Bética y de su capital, Sevilla, fue estímulo suficiente para que Hermenegildo retrocediera en sus intensas manifestaciones de fe para desesperación de la conspiradora reina Gosvinta y de su preocupado padre.

Hermenegildo y su mujer llegaron a la ciudad hispalense. Entonces, cuentan, el esposo buscó vanamente que su pareja se decantara por el arrianismo, pero ni siquiera él estaba convencido de lo que hacía; la fe de Ingunda llegó a conmoverle de tal manera que al célebre san Leandro, obispo de Sevilla, le supuso un esfuerzo mínimo atraer definitivamente a Hermenegildo hacia el credo católico. El bautismo se realizó en la misma capital bética, pasando tras la unción a adoptar el nombre de Juan. El príncipe no sólo pretendía desvincularse de las creencias espirituales oficiales, sino también de las políticas, por lo

que se proclamó rey independiente con el apoyo de la comunidad bética, siempre arisca con los intereses de Toledo.

La abjuración religiosa del príncipe Hermenegildo consiguió sacar de sus casillas a muchos nobles y obispos arrianos. El rey Leovigildo se encontraba ante una grave situación provocada por su hijo preferido. Aún así, se empleó a fondo en la búsqueda de soluciones que calmaran el inestable panorama. Desde su llegada al trono, Leovigildo anhelaba la cohesión político-confesional del reino visigodo; como sabemos, existían dos credos cada vez más antagonistas y el rey optó por el arrianismo con todas las consecuencias.

En el año 580 se produjo un conciliábulo de obispos arrianos con la misión de buscar salidas eficaces que orientaran el rumbo de la nave visigoda. Fue una de las escasas oportunidades que se dieron en la historia arriana para que sus cabezas visibles se reunieran. El sínodo levantó muchas expectativas que pronto se disiparon por el intento manipulador de Leovigildo al querer acaparar el protagonismo del concilio. Las decisiones adoptadas no proyectaron sobre la población ningún optimismo, sólo se consiguió fomentar el fundamentalismo religioso y la persecución -como en los viejos tiempos- de algunos obispos y sacerdotes católicos, como por ejemplo: Masona, el obispo de Mérida, que sufrió tormento y exilio; o los casos de san Fulgencio de Écija y san Leandro de Sevilla. Tras estos fuegos de artificio con escasa relevancia, Leovigildo se ocupó del inagotable foco de tensión que suponía Vasconia.

En el 581 dirigió un ejército contra ese lugar, arrebatando buena parte del territorio a sus moradores. Para mayor control de éstos fundó la ciudad de Victoriaco y una vez pacificada la frontera norteña se volvió contra su hijo y los aliados que había podido reunir en torno a su causa.

Hermenegildo no pretendía disputar el trono de Toledo a su padre; lo podemos intuir gracias a que en los casi cinco años de guerra civil jamás tomó la iniciativa militar. Más bien se puede pensar que el príncipe deseaba crear su propio reino con el apoyo de las ciudades béticas, junto a otras como Mérida. En ese tiempo acuñó moneda propia y pactó militarmente con los bizantinos. Nada de esto detuvo a un enojado padre que en el año 582 puso un cerco a Sevilla de dos años y en el que la población sufrió severas penalidades.

Hermenegildo intentó romper el asedio de la capital bética con una estrepitosa derrota y la consiguiente huida para buscar refugio en la presunta aliada Córdoba. Pero pocos amigos le quedaban al futuro santo. Los suevos que habían participado en la batalla sevillana vieron morir a su rey Miro, por lo que se replegaron a su tierra sin buscar más pelea. Por su parte, los bizantinos negociaron la salida del conflicto con un acuerdo por el que Leovigildo entregó treinta mil sólidos de oro al prefecto imperial. Con el camino libre, los visigodos se plantaron ante Córdoba, donde Hermenegildo se encontraba solo: su mujer, Ingunda, y su hijo Atanagildo habían sido capturados por los bizantinos y trasladados a Constantinopla. En el viaje falleció la princesa y su hijo quedó como rehén. Hermenegildo buscó refugio en una iglesia cordobesa hasta que fue localizado por Leovigildo que, intentando dar una segunda oportunidad a su rebelde hijo, pidió a Recaredo, su otro heredero, que fuera a parlamentar con la esperanza de recuperar al vástago perdido. En la crónica del galo Gregorio de Tours podemos leer lo que el príncipe Recaredo dijo a su hermano. "Acércate tú y prostérnate a los pies de nuestro padre, y todo te será perdonado." Hermenegildo hizo caso de la recomendación y se lanzó de manera desconsolada a los pies de Leovigildo, que le levantó besándolo en la mejilla y prometiéndole el perdón. Una vez llegaron al campamento godo, ordenó despojarle de sus ricas vestiduras y ajustarle otras más modestas para enviarle a un forzoso exilio en Valencia, de donde escapó para pedir auxilio a los católicos francos. La intentona no culminó, pues cerca de Tarraco fue nuevamente capturado por el conde Sisberto que, tras informar al rey y recibir de éste algunas indicaciones, ejecutó a Hermenegildo. La excusa fue la de no querer comulgar a la manera arriana -corría el año 585-; más adelante la curia católica elevaría a Hermenegildo a la categoría de santo, tal como merecía.

El 585 es muy interesante no sólo por el fin de la disputa familiar, sino también por que en él se escribió el capítulo final de la historia sueva en

Hispania. Como sabemos, el rey Miro había muerto intentando ayudar a las huestes de Hermenegildo. El sucesor fue su hijo Eborico, que posteriormente sería depuesto por el usurpador Andeca. Leovigildo venció a éste y se hizo con los tesoros y territorios suevos que, por entonces, abarcaban las actuales Galicia, norte de Portugal, además de zonas de las actuales Asturias y Castilla y León.

Los suevos dejaron atrás ciento setenta y seis años de reino independiente para pasar a ser provincia visigótica. Hubo intentos postreros a cargo del suevo Malarico para recuperar el reino perdido, pero este esfuerzo fue aplastado por los duques godos que Leovigildo había acuartelado en las plazas de Viseu, Oporto, Lugo, Tui y Braga. También se desplazaron a la zona obispos arrianos para atender las necesidades religiosas de los soldados. Lo que parece probado es que la población católica sueva no fue molestada.

Mientras Leovigildo tomaba al asalto el noroeste peninsular, su hijo el príncipe Recaredo obtenía una gran victoria sobre los francos que habían intentado ayudar a los suevos enviando una flotilla que fue destruida en el Cantábrico. El rey burgundio Goltrán invadió Septimania y fue aniquilado por las tropas visigodas que le hicieron olvidar la anexión del territorio visigodo en las Galias.

Finalizando el año 585, el rey Leovigildo convocó a la recién instituida Aula Regia para dar cuenta de los enormes resultados obtenidos. El Aula Regia consistía en la reunión de hombres notables que asesoraban al rey en la toma de decisiones políticas, sociales o militares. De ella manaba el *officium palatinum* o grupo de personas con tareas específicas dentro de la corte.

El rey se había acercado al núcleo de su sueño: la unificación de Hispania estaba próxima, apenas quedaban libres de la influencia goda algunas zonas de la cornisa cantábrica y Vasconia, además de la pequeña franja bizantina. El reino de Toledo era más poderoso que nunca, sólo restaba solventar el farragoso problema religioso que había conseguido hastiar al veterano monarca y le había privado incluso de un hijo.

Leovigildo estaba cansado y no quería cometer más errores. Abrumado por la evidencia que imperaba en todo el reino, perdonó el exilio de los obispos católicos solicitando a san Leandro que se encargara de la instrucción educativa del príncipe Recaredo, asunto que comenzaría a cuajar la conversión al catolicismo de los visigodos un año más tarde. Parece incluso que el propio Leovigildo abjuró del arrianismo para abrazar la fe católica. ¿Acaso arrepentido por lo que había hecho con su hijo Hermenegildo? Nunca lo sabremos. Lo que sí conocemos es que, en el mes de mayo del 586, el gran rey Leovigildo moría en paz en su palacio real de Toledo. Con él habían llegado tiempos felices para el reino visigodo que su hijo Recaredo se encargaría de mantener para mayor gloria de su pueblo.

#### XVIII. Recaredo

Por fin podré entregar a la gran mayoría de mi pueblo la unidad religiosa tan necesaria para el buen discurrir de nuestro reino. A partir de ahora los godos seremos católicos.

Recaredo, rey de los visigodos, 586-601

Catolicismo, la nueva religión de los godos

La muerte de Leovigildo sorprendió al joven heredero Recaredo en los territorios de Septimania, donde se hallaba intentando apaciguar el ánimo de los francos. Nada más recibir la fatal noticia regresó con urgencia a Toledo, donde le esperaban nobles y obispos en el Aula Regia. Su proclamación como rey no supuso la menor dificultad para unas gentes que veían normal la continuidad de un Recaredo asociado al trono por su padre desde el año 572. Por tanto, más que elección hubo asentimiento: todos estaban de acuerdo en que aquel mozalbete de veinte años guiara el destino godo. Uno de los que más aplaudió al nuevo monarca fue sin duda su tutor, el obispo Leandro, un hombre que se había convertido en figura trascendental para el devenir de los acontecimientos. Nacido hacia el año



540 en Cartago Nova (Cartagena), era hijo de hispano-romano y visigoda. La llegada de los bizantinos en el 554 hizo que la familia emigrara a la ciudad de Sevilla, donde se instalaron cómodamente en un ambiente proclive a la fe católica. El padre de Leandro ya lo era y la madre, aunque pertenecía a la familia real visigoda, no tuvo inconveniente en convertirse al credo que también les había acogido. Esa circunstancia ayudó al primogénito Leandro a tomar el camino religioso. Los problemas surgieron debido a la prematura muerte de sus progenitores, lo que obligó al futuro obispo a hacerse cargo de la educación y mantenimiento de sus hermanos pequeños: Fulgencio, Florentina e Isidoro; de este último ya hablaremos.

Leandro participó con decisión en la rebeldía de Hermenegildo, llegó incluso a viajar hasta Constantinopla para solicitar la ayuda del emperador bizantino. A su vuelta después de tres años, Leovigildo le condenó al exilio, momento que aprovechó para escribir multitud de documentos contrarios a la fe arriana.

Ya sabemos que Leovigildo finalmente le perdonó e incluso le pidió que asumiera el papel de educador del príncipe Recaredo, encargo que aceptó con gusto, aprovechando esa coyuntura para inculcar al joven las enseñanzas católicas.

Recaredo, desde el poder que le daba su cetro, supo ver la mejor vía en ese momento tan difícil -millones de católicos frente a unos pocos miles de arrianos-; algo tenía que pasar y en efecto ocurrió. El rey convocó tres reuniones de obispos de las dos confesiones: en la primera cita pidió a los arrianos que le expusieran argumentos convincentes para defender su causa; en la segunda convocatoria mezcló a las dos iglesias para que sus autoridades cruzaran opiniones; finalmente, después de haber escuchado a todos los implicados, llamó a los obispos católicos y les explicó su decisión de abjurar del arrianismo y convertirse junto con su pueblo a la religión mayoritaria católica. Como es de suponer, muchos arrianos se sorprendieron cuando se enteraron del deseo real. Casi tres siglos siguiendo al disconforme Arrio y ahora resultaba ser un hereje. Esto era difícil de asimilar para buena parte del censo visigodo dominante. No es de extrañar que varios nobles se reunieran de inmediato para conspirar contra un rey que parecía haber dado la espalda a la legitimidad goda.

Desafiando a estos confabulados y en apoyo de casi la totalidad del pueblo hispano, el 13 de enero del año 587, el rey Recaredo y toda su familia hacían pública su conversión al credo católico y su interés por la celebración de un concilio que fijara las bases definitivas para la fundación del reino católico visigodo de Toledo. Hasta ese evento todavía faltaban dos años y medio, y antes ocurrieron algunas conjuras y batallitas que conviene comentar.

Hay que destacar que una de las primeras órdenes que dio Recaredo fue la de ejecutar al conde Sisberto, asesino de su hermano Hermenegildo, aunque el pobre sólo era un verdugo autorizado por Leovigildo. Ya sabe el lector que esta época es compleja y difícil de entender.

La primera conspiración no tardó en aparecer. En el 588 el obispo arriano de Mérida, Sunna, y algunos nobles como los posibles condes Segga y Vagrila pretendieron dar el golpe eliminando al obispo católico Masona y al duque de la Lusitania Claudio. La intentona fue descubierta gracias a la delación efectuada por el conde Witerico, que formaba parte de la traición y que a última hora se arrepintió. Años más tarde, Witerico ocuparía el trono con malas artes.

Se le ofreció el perdón al obispo Sunna y la entrega de una diócesis católica si se convertía. El terco arriano se negó, marchó al exilio y encontró refugio en Mauritania, donde tuvo una mala vida. Al conde Segga se le amputaron las manos, castigo que, según la costumbre goda, se reservaba a los usurpadores, y después del tajo fue enviado a Galicia para su reclusión. El conde Vagrila fue desposeído de sus bienes. Él mismo, para evitar males mayores, buscó el amparo de una iglesia, donde permaneció hasta su muerte.

La segunda conspiración religiosa fue descubierta poco antes del III Concilio de Toledo. La sorpresa fue general cuando se supo que los cabecillas de la conjura eran el obispo supuestamente converso Uldida, de gran prestigio entre la población, y la reina viuda Gosvinta, personaje oscuro que seguramente nunca quiso a sus hijastros Hermenegildo y Recaredo, y eso que este último la había

adoptado como madre, lo que parece que sirvió de poco. Uldida fue condenado al exilio y Gosvinta, aunque perdonada, murió días después de causa incierta, posiblemente por suicidio.

La tercera conspiración se produjo en Septimania. Allí el obispo arriano de Narbona, Athaloc, y los condes Granista y Wildigerno intentaron deponer al rey Recaredo solicitando la consabida ayuda de los francos que invadieron la provincia en el 589. El rey burgundio Gontrán consiguió reunir a más de 60.000 guerreros para echar definitivamente a los visigodos de las Galias. Se plantaron en Carcasona a la espera de la respuesta de Toledo, y ésta llegó de forma inesperada: Recaredo envió a su fiel duque Claudio con tan sólo 300 hombres. Según nos cuenta san Isidoro, la intervención divina hizo que las huestes godas ganaran la desigual batalla. Lo cierto, fuera o no Dios el que ayudara, es que los visigodos acabaron con la vida de más de 5.000 francos y apresaron a otros 2.000. De los conjurados provinciales no se volvió a saber, pero nos tememos lo peor.

Existió un cuarto intento contra Recaredo: sucedió después del concilio toledano y lo protagonizó el duque Argimundo, que también fracasó. El rey procuró un castigo horrible para el conjurado, al que se le amputó una mano después de recibir multitud de latigazos, haber sido decalvado y paseado sobre un asno por Toledo. Como vemos, a Recaredo no le temblaba el pulso a la hora de sofocar o liquidar rebeliones.

Con gran solemnidad el rey Recaredo inauguró el 8 de mayo del 589 el III Concilio de Toledo, considerado como el acto fundacional del reino católico visigodo de España. Recaredo se presentó con un texto escrito por él de puño y letra, demostrativo de la acción imparabile de él y su pueblo por pasarse en masa a la fe católica. El rey abjuró oficialmente del arrianismo junto con los nobles y el clero godo. Fueron sesiones de trabajo muy intensas para los setenta y dos obispos allí reunidos, siempre bajo la supervisión del obispo Leandro y el abad Eutropio, auténticos motores espirituales de aquellas jornadas. Se animó a los arrianos a la conversión de buen grado: la desobediencia, según reza en las actas, sería castigada enérgicamente con la supresión de privilegios y tierras mirando la condición del acusado.

Las resoluciones nacidas del concilio se mostraron esenciales para entender los aspectos religiosos, la estructura del Estado y la sociedad de la época visigoda. En Toledo se reconocía la obligación del rey a la hora de ocuparse del gobierno y religión. Asimismo, se concedían funciones conjuntas a obispos y jueces, dejando para los primeros el control e inspección de los segundos sobre su actuación en las provincias administrativas donde trabajaban funcionarios del patrimonio fiscal. Con esta medida se intentaba funcionarios del patrimonio fiscal. Con esta medida se intentaba paliar la corrupción judicial existente en muchas zonas del reino.

Las propiedades arrianas fueron expropiadas y se entregó su gestión a las autoridades eclesiásticas católicas. Se inició una política de acercamiento a la aristocracia con la devolución de las tierras anteriormente confiscadas por Leovigildo, y también se dio visto bueno a la construcción de iglesias y monasterios normativas para la celebración de futuros concilios que, a partir de ese momento, tuvieron relevancia política y religiosa en las reuniones del Aula Regia.

El concilio dimensionó la estructura del Estado visigodo. Sus decisiones pasaron a ser ley al quedar articuladas y escritas, y resultaban ser de la conformidad y aprobación real tras publicarse un edicto de confirmación del concilio.

El año 589 daría paso -debido a lo anteriormente expuesto- a una serie de cambios sociales que modificarían sustancialmente el ánimo y el sentir de los aproximadamente siete millones de hispanos bajo el mando de un rey Recaredo de apenas veinticuatro años.

En ese tiempo las escuelas teológicas afloraron con ímpetu, gracias sobre todo al empeño del obispo Leandro que dio prioridad a la formación intelectual del clero. Estos conocimientos adquiridos por los sacerdotes se derramarían inevitablemente sobre un pueblo cada vez más fusionado.

El conciliador y diplomático Recaredo se presentaba como el contrapunto de su guerrero padre Leovigildo. La última década del siglo VI transitó por la paz y la concordia entre hispano-romanos y visigodos. Sólo hubo algunos trastoques militares propiciados por los bizantinos, resueltos sin que supusieran mayor obstáculo para la frontera entre los dos poderes peninsulares. También la conversión al catolicismo de los godos allanó el camino para un pacto de no agresión con los reyes francos. Por su parte, los infatigables vascones fueron, una más, reducidos a sus territorios.

En cuanto al linaje familiar, se sabe que su progenitor estableció negociaciones con los francos para casar a Recaredo con las princesas Rigunthis o Clodosinda, hecho que no llegó a fructificar en ningún caso. En el 589 Recaredo aparece casado con la noble goda Baddo, supuesta hija del conde Fanto, con la que tuvo dos hijos: Suintila y Geila. Pero recordemos que el trono visigodo no era hereditario, sino de elección popular y aquí aparece Liuva, hijo natural de Recaredo, fruto de su unión con una mujer, según nos cuenta san Isidoro, oscuramente desconocida pero no exenta de virtudes.

Del joven Liuva hablaremos más tarde, después de mencionar que en el año 600, con el fin del siglo, fallecía el gran obispo Leandro, que atrás dejaba lustros de ímprobo esfuerzo por conducir a los habitantes de Hispania hacia la fe cristiana.

El buen cartagenero contrajo méritos más que suficientes para ser elevado a los altares como santo de la Iglesia católica. Le sustituyó su hermano Isidoro, al que debemos parte de lo expuesto en este libro y que será miembro fundamental de la sabiduría medieval europea.

Recaredo tenía treinta y seis años cuando a su puerta vital llamó la muerte. Se encontraba en su palacio real de Toledo y allí, cosa rara, falleció por causas naturales entre el 1 y 26 de diciembre del año 601. Murió un excelente monarca, dando paso con todas las garantías al siglo VII. Los nobles, agradecidos, honraron su memoria eligiendo nuevo rey a su hijo Liuva.

## XIX. Liuva II

Los nobles desconfían de mí por verme continuador de una dinastía. No puedo, predecir a qué punto llegará la ofensa.

Liuva II, rey de los visigodos, 601-603

### Golpe de estado a la dinastía

Con la muerte de Recaredo comenzaba un período difícil para el reino visigodo de Toledo, años dominados por luchas intestinas entre el poder real y la unificada nobleza hispano-goda que habitualmente terminaban del lado aristocrático. El ensamblaje político y religioso de las dos sociedades no era muy suave, demasiadas asperezas y salientes para ese momento delicado de la historia donde se caminaba con paso firme hacia el feudalismo. Este tramo de la alta Edad Media es, por tanto, convulso e inestable. En un siglo habrá tantos monarcas godos como en las dos centurias anteriores, así que es mejor que nos vayamos preparando para recibir innumerables conjuras, traiciones y descabellos, porque de lo contrario pensaremos que en este siglo VII el mundo se volvió loco.

Los grandes terratenientes habilitados por Recaredo estaban dispuestos a seguir apoyando a Liuva II, nacido como hemos dicho de forma ilegítima en el 583, que contaba, por tanto, dieciocho años cuando fue entronizado.

Liuva era el cuarto representante de una misma dinastía. Hay quien cuenta que el muchacho fue utilizado como un simple títere en alguna de las conjuras que pretendían desposeer a Recaredo que, una vez aclaró el papel escasamente relevante que desempeñaba en la obra su hijo natural, no tuvo ningún inconveniente en perdonar al travieso adolescente. Lo cierto es que Liuva no se enteró de ningún preparativo contra su padre. Se le implicó cuando contaba quince escasos años, no es de extrañar la comprensión paterna ante un vástago al que podía necesitar como heredero al trono. Recaredo erraba, pues tres años después de la confabulación, Liuva era elegido rey en diciembre del 601.

El reinado de Liuva II sería muy breve, tan sólo ocuparía el trono dieciocho meses, pues pronto los descontentos con Recaredo comenzaron a urdir planes para que cambiara la situación. Liuva representaba la continuidad dinástica, y eso aterraba a la nobleza del más rancio abolengo germano-arriano. Los nobles estaban cómodos con las nuevas fórmulas clientelares del protofeudalismo incipiente; para que eso se mantuviera, y los señoríos continuaran añadiendo tierras y privilegios que impidieran la progresión del actual linaje gobernante.

En el más absoluto secreto, nobles rebeldes se reunieron para ultimar los planes que derrocarán a Liuva. El líder de esa facción era el conde Witerico, aquel que delató a sus compañeros en una de las conjuras contra Recaredo. Ahora Witerico estaba nuevamente preparado para la traición, y ésta se consumó en Toledo. En la capital visigoda fue apresado Liuva II entre los meses de junio y julio del año 603.

El joven rey fue internado en un oscuro calabozo de la ciudad. Witerico ordenó posteriormente que le amputaran la mano derecha. Con ese gesto el golpista quiso evidenciar ante el pueblo que Liuva era un simple usurpador llegado al trono mediante farsa y engaño.

Algunos intentaron defender la posición de Liuva, lo que fue imposible dado el poder militar adquirido por el conde Witerico que, casualmente, meses antes había recibido el mando del ejército preparado para la guerra contra los bizantinos. Como es obvio, Witerico no malgastó ni un solo esfuerzo en la lucha contra los imperiales; en cambio, sí empleó esa tropa para marchar hacia Toledo y hacerse con el poder. De todas formas, y pensando evitar futuras alianzas o levantamientos de la nobleza leal a Liuva, se dio orden de ejecutar al destronado, sentencia cumplida en los primeros días de agosto del 603.

Liuva II murió en un cadalso, sin entender nada, cuando apenas tenía veinte años, con lo que el terreno quedó libre para que los ambiciosos aristócratas conservadores tuvieran la oportunidad de intentar recuperar el estatus que la dinastía anterior les había mermado. Ahora estaban dispuestos a elegir un rey condescendiente con su forma de ver la vida. Había llegado el momento del confuso conde Witerico.

## XX. Witerico

Mi esfuerzo por recuperar el arrianismo fue estéril; incluso los nobles que me eligieron rey ahora me acusan de tiranía. El futuro se sumerge en la bruma.

Witerico, rey de los visigodos, 603-610

### El rey Tirano

Witerico fue proclamado rey de los visigodos en agosto del 603 a la edad de treinta y tres años, aunque, según parece, él mismo se había alzado a esa condición el 29 de diciembre del 601, días más tarde del fallecimiento del rey Recaredo. Con esa actitud pretendía demostrar el no acatamiento del legítimo aspirante al trono real. Sea como fuere, tras el golpe militar y la ejecución de Liuva en el 603, Witerico inicia sin oposición aparente un reinado que se va a caracterizar por la confusión, egocentrismo y tiranía de un rey que intentará reinstaurar el arrianismo, oponiéndose así a la idea general establecida por Recaredo años atrás, y que tan buenos resultados estaba dando a la sociedad de la época. Bien es cierto que este asunto ha sido objeto de polémica, ya que no faltan investigadores que defienden la posición de un witerico católico de forma y arriano de práctica, postura que parece convincente a tenor de las escasas informaciones que nos han llegado de ese tiempo.

Dados los acontecimientos, la Iglesia católica era imparable y enfrentarse a ella hubiese sido muy poco prudente, por eso es fácil intuir que el rey Witerico optara por la diplomacia y no la agresión hacia la mayoría católica.

Dicen que el uso del poder cegó a Witerico, que en poco tiempo olvidó sus compromisos con la nobleza que tanto le había ayudado en su ascenso al trono. Las primeras intenciones descentralizadoras pronto se convirtieron en denodados esfuerzos por seguir aglutinando poder en torno a la figura real. Incluso

Witerico defendía tesis contra las que supuestamente había luchado. El contumaz arrianismo, añadido al alejamiento progresivo de los aliados nobles, cavaron el foso de un monarca cada vez más aislado.

En política exterior cabe destacar el vano intento de pactos con los caudillos francos, incluso pretendió entroncar su casa con la borgoñesa gracias al matrimonio de su hija Ermenberga con el príncipe burgundio Teodorico. Witerico envió a su hija con una espléndida dote en la esperanza de agradar a su futura familia franca, pero todo se fue al traste cuando Brunequilda, abuela del príncipe Teodorico, desaconsejó el casamiento por entender que esa unión no favorecería a su reino. Teodorico aceptó la recomendación. El repudio y lógico agravio desconcertó al rey Witerico, que no se encontraba en buenas condiciones para ofrecer respuesta armada a semejante afrenta, ya que en esos años el grueso del ejército visigodo combatía con excelentes resultados a los bizantinos. Lo único que se planteó fue establecer una cuádruple alianza entre Lombardía, Austrasia, Neustria y el propio reino de Toledo contra Borgoña; asunto que, dada la debilidad de las relaciones, no cuajó. De los imperiales bizantinos se pudieron recuperar algunas ciudades y tierras, como fue el caso de Medina Sidonia, pero poco más.

La aristocracia y el pueblo hispano godo comenzaban a estar hartos del ineficaz monarca. En Septimania surgieron conspiraciones como, por ejemplo, la del conde Bulgar, que en su primer intento fue desarbolada, siendo el cabecilla desposeído de sus cargos y torturado. Incomprensiblemente, Bulgar fue rehabilitado más tarde debido a una visión que tuvo el rey Witerico; esta historia, sea cierta o no, habla de un rey cada vez más egocéntrico y ensimismado en un mundo irreal. Por fin, los descontentos se organizaron y urdieron una estrategia que acabará con siete años de tiranía absurda. Sorprendentemente, Witerico había conseguido unir todas las facciones del reino; al conde Bulgar no le supuso ningún problema buscar el acuerdo de los que anteriormente habían sido enemigos. Nobles afectos y desafectos a Witerico coincidieron en la eliminación física del rey como mejor solución; desde luego, los católicos impulsaron esa idea.

En abril del año 610, Witerico, mediante engaño, acudió a un banquete que supuestamente se daba en su honor. En ese escenario se produjo el magnicidio. No sabemos si fue el primer plato o le dejaron llegar al postre, lo que sí sabemos es que el cadáver fue arrastrado por las calles de Toledo entre aplausos y vítores del populacho. Finalmente, recibió sepultura en una fosa común sin que nadie le rindiera honores. Así terminó la vida del dos veces traidor Witerico.

## XXI. Gundemaro

Reuniré en sínodo a los obispos para dilucidar que Toledo sea capital eclesiástica metropolitana oficial del reino.

Gundemaro, rey de los visigodos, 610-612

### Rey enterrado, rey puesto

Gundemaro integraba el cuerpo de nobles afines a la ideología religiosa impuesta por Recaredo. Era duque de la Septimania y en los tiempos del fundamentalista Witerico se había ocupado de recibir a la enorme cantidad de exiliados y perseguidos que llegaban desde el sur. En la Narbonense se gestó la trama para suprimir a Witerico, pues Gundemaro era buen amigo del conde Bulgar que tanto hizo por aguar la fiesta del arriano. Una vez muerto, Witerico fue enterrado sin mayores miramientos; este dato es revelador del odio generado por el personaje entre su pueblo, pues lo normal era que un rey recibiera amplio tratamiento y cariño por parte de sus súbditos en el momento final de su existencia.

Los visigodos no practicaban la incineración, sólo en algunos casos de muerte producida en el campo de batalla reyes o nobles eran quemados, con alta distinción, entre rezos y admiración de sus guerreros.

Los godos habían adoptado innumerables costumbres de los romanos; una de ellas, la de enterrar a sus muertos rodeados por joyas y utensilios de su gusto

en vida. Los romanos abandonaron esta práctica a finales del siglo III y principios del IV; los visigodos, en cambio, mantuvieron la tradición funeraria de cubrir al cadáver con su mejor patrimonio hasta bien entrado el siglo VI, cuando la conversión al catolicismo aconsejó utilizar mejor las riquezas del finado sobre la tierra y no dejarlas bajo ella para que fueran expoliadas por vulgares bandidos.

Los cuerpos eran sepultados a escasa profundidad y de forma horizontal; las tumbas eran rodeadas por lápidas, colocando una losa encima y otra debajo, a modo de ataúd.

El lecho mortuorio se abría generalmente con el cadáver del cabeza de familia, y, poco a poco, se iba completando con sus familiares más allegados. Los cuerpos se enterraban vestidos con la cara hacia arriba y orientados al este.

En la necrópolis excavadas se puede ver cómo en las tumbas anteriores al siglo VI abundan objetos de la vida cotidiana (vajillas, alfarería variada) y algunas joyas de oro, plata y bronce. Las posteriores a ese siglo nos enseñan, sobre todo, hebillas y fíbulas, complementos del vestuario y muy pocos ornamentos que se escapen a ese ámbito textil.

Sospecho que Witerico no se llevó mucho equipaje a su destino final en una fosa común. Esa noche las calles de Toledo vivieron muchas escenas dispares; una de ellas, el linchamiento público de Witerico; otra más agradable, la aclamación del nuevo monarca

Gundemaro fue elegido por consenso de la nobleza católica, ya que era un personaje respetado y querido por todos. Su vigencia como rey fue breve, sin que pudiera acreditar las buenas dotes de gobernante que se le suponía. Nada más ocupar el trono hizo frente a un grave problema que se mantenía en el tiempo, la confirmación oficial de Toledo como capital religiosa del reino visigodo. En el año 610 se celebró un sínodo con la participación de los quince obispos de la provincia Cartaginense y el asesoramiento de otros notables eclesiásticos como Isidoro, obispo de la Bética. La congregación pretendía el traslado de la capitalidad metropolitana de Cartago Nova a Toledo, no olvidemos que la primera había sido ocupada militarmente por Bizancio en el 554. Esta reunión supuso para Toledo el reconocimiento como capital religiosa del reino, además del que ya ostentaba como sede de la corte. La celebración de este sínodo que a simple vista no tenía otro objetivo más que el de cubrir el pequeño trámite de la nueva ubicación metropolitana nos puede hacer pensar que Witerico no devolvió el reino al arrianismo; de lo contrario, no hablaríamos de sínodo provincial, sino de gran concilio de todos los obispos hispanos para remediar el posible daño efectuado.

En el terreno militar el enfrentamiento con bizantinos y vascones se mantuvo de forma moderada; con los imperiales chocó en alguna ocasión, mientras que los norteños fueron hostigados y calmados como siempre. En febrero del 612 moría en Toledo el rey Gundemaro por causas naturales, siendo muy llorado.

## XXII. Sisebuto

Acabaré con la vida y propiedades de todo aquel judío que no acepte nuestra fe católica como la verdadera.

Sisebuto, rey de los visigodos, 612-621

## Intolerancia Católica

El reinado de Sisebuto se prolongará nueve años, y en él quedarán impresas algunas características que permanecerán hasta el final del período visigodo en Hispania. La fundamental es sin duda el inicio de la persecución religiosa contra los judíos. Si bien es cierto que en las relaciones entre las dos comunidades religiosas nunca hubo acuerdo, las disputas de arrianos y católicos habían mitigado las desavenencias cristiano-judías. Algunos reyes veían mal el ascenso brillante de propietarios judíos, quienes pagaban tributos pero se mantenían ajenos a las costumbres de la sociedad goda.

A Sisebuto le cabe el triste honor de ser el artífice de un primer capítulo que culminará siglos más tarde con la total expulsión de este pueblo en tiempos de los Reyes Católicos.

La intolerancia contra los judíos quedó manifiesta nada más llegar al trono; desde luego que el odio no surgió por generación espontánea, ya que todo se había incubado siglos atrás. Una de las medidas adoptadas fue la de promulgar una ley que puso la vida muy difícil a los seguidores del Antiguo Testamento. En esa normativa se prohibía tajantemente a los judíos poseer esclavos, lo que fue duro de encajar para una comunidad acostumbrada, desde muy antiguo, a prosperar con la participación de trabajadores con procedencia diversa -no olvidemos que la esclavitud era práctica común en la sociedad de aquellos días, y resultaba complicado que negocios o labranzas salieran adelante sin que los brazos de los esclavos ayudaran-. Los judíos se vieron obligados a vender sus esclavos a los cristianos sin que pudieran hacerlo a nadie más que no fuera de esa creencia.

Por tanto, la etnia judía quedaba claramente en desventaja frente a la católica; por si fuera poco, también se prohibía la conversión al judaísmo bajo penas severísimas. Por ejemplo: si un judío inducía a un cristiano a renegar de su fe, el judío era ejecutado y privado de sus tierras y bienes, mientras que al cristiano renegado se le suministraban varios latigazos como reprobación de sus actos. Si a pesar de esto mantenía la idea de no volver al catolicismo, entonces era decalvado y convertido en esclavo del rey o de alguien designado a tal fin.

También quedó erradicada la posibilidad de matrimonios mixtos y sobre los que ya existían se aplicó la obligatoriedad de conversión para el cónyuge que fuera judío, así como el bautismo católico a los niños nacidos de esas uniones. No obedecer este mandato suponía el exilio y la confiscación de patrimonio.

La ley entró en vigor el 1 de julio del 612, y fueron muchos los judíos que huyeron a Francia intentando evitar males mayores, pero hay que decir que la gran mayoría acató la decisión real esperando que disminuyera la presión persecutoria inicial, como de hecho ocurrió.

Cristianos y judíos parecían incompatibles, unos recelaban de los otros y la convivencia alcanzaba puntos de máxima tensión en determinados momentos, y éste fue uno de ellos. En los reinados anteriores las posturas más o menos flexibles de monarcas como Alarico II o el propio Recaredo habían permitido que los dos pueblos caminaran juntos a pesar de las acentuadas diferencias que todos se obstinaban en señalar. Con Sisebuto la situación de los judíos empeoró notablemente, asunto que posteriores mandatarios visigodos se encargaron de perpetuar.

No todo fue triste en esos años de persecuciones. Sisebuto también mostró querencia por las bellas artes, él mismo se preocupó de cultivarlas y fomentarlas llegando a ser un buen escritor, como demostró en su hagiografía dedicada a la vida de san Desiderio, lo que acercó su personalidad a la de Isidoro de Sevilla. El sabio no se mostraba conforme con el edicto contra los judíos, limitándose a aceptar la política de hechos consumados del gobierno. A pesar de esta desaprobación, Isidoro y Sisebuto congeniaron hasta el punto de que el futuro santo le dedicó uno de sus libros, *De Rerum Natura*, obra que trataba aspectos físicos y cosmográficos.

Al rey debió interesarle mucho la ciencia, pues en una expedición contra los astures y vascones acertó a escribir un poema que envió a Isidoro con una cariñosa dedicatoria. La composición llevaba por título *Astronomicon* y constaba de cincuenta y cinco versos hexámetros latinos. El texto se basaba en los eclipses acontecidos entre el 611 y 612 que se pudieron ver en la Península Ibérica, hecho que atrajo a las gentes poco romanizadas hacia el paganismo, con la consiguiente preocupación de la Iglesia y gobierno visigodo.

El erudito rey no descuidó el escenario militar. En sus primeros años de reinado sofocó revueltas de las tribus nortefías, llegando a encabezar una operación de desembarco en Cantabria, donde luchó contra los rebeldes nativos con resultado incierto. Más beneficios obtuvo de la campaña lanzada contra los bizantinos, en la que su brillante general Suintila consiguió exitosos avances, llegando a tomar las ciudades de Málaga y Cartago Nova. Según algunos historiadores, puso pie en tierras africanas y se hizo con el control de Ceuta, aunque esa posibilidad ha sido cuestionada por otros. Lo cierto es que Sisebuto

no expulsó definitivamente a los bizantinos por la supuesta actuación del gobernador imperial Carsarius, que propuso un plan de paz para evitar más derramamiento de sangre en aquella guerra. Sisebuto, muy cansado por el conflicto, aceptó permitiendo que los imperiales se quedaran un poco más en Hispania, limitados a las zonas del Algarve, además del dominio sobre Baleares.

El rey Sisebuto ha pasado a la historia como uno de los exponentes de la intransigencia católica con su intento de que toda la población de su reino fuera de esa confesión; también ha quedado como monarca culto y amante del saber, y se convirtió en protector de las letras y estudios de la España visigótica. La arquitectura de ese período es bastante pobre, pero cabe atribuirle la inauguración el 26 de octubre del 618 de la basílica dedicada a santa Leocadia, futura sede de cuatro concilios toledanos.

La muerte de Sisebuto es objeto de polémica; unos cronistas defienden la causa natural, pero la opinión más extendida es que el rey fue envenenado por una intriga palaciega encabezada por el duque Suintila, que aspiraba al trono real. El hecho se produjo en Toledo en febrero del año 621, siendo Sisebuto enterrado con honor y dejando a los nobles la difícil tarea de elegir al rey más conveniente para todos.

#### XXIII. Recaredo II

Algunos nobles fieles a mi padre desconfían de Suintila; eso hace que tema por mi vida.

Recaredo II, rey de los visigodos, 621

#### Renacimiento isidoriano

La muerte del rey escritor dejó algunas incógnitas que el Aula Regia trató de resolver lo antes posible. Siempre era difícil encontrar el candidato más adecuado al trono. En esta ocasión había dos dispuestos a ello: por un lado el pequeño Recaredo, primogénito de Sisebuto y fácilmente manipulable dada su corta edad; por otro, Suintila, el mejor general del reino, perteneciente a la facción nobiliaria dominante en la corte de Toledo. La elección no hubiese supuesto ningún problema para el duque, pero su presunta implicación en la muerte de Sisebuto lo alejó momentáneamente del cargo que tanto deseaba y los nobles más conservadores impusieron su criterio fomentando la idea de que un niño era más moldeable que un beligerante militar, por eso fijaron como más aprovechable la elección del hijo de Sisebuto, que pasó a llamarse Recaredo II.

Al duque Suintila esta decisión le enojó profundamente pues comprobó cómo muchos nobles no confiaban en su persona para asumir el cargo. Sea como fuere, a los dos meses de reinado Recaredo II moría en extrañas circunstancias sin haber aportado más que un nombre a la lista de reyes godos. En ese momento el hombre fuerte del reino hizo valer sus argumentos sin que nadie discutiera su elección como monarca; corría el mes de marzo del año 621.

Estos avatares políticos coincidían en el tiempo con un emergente resplandor cultural inusitado en aquellos siglos de barbarie europea, y que benefició de lleno a España gracias a la figura del magnífico Isidoro de Sevilla, futuro santo de la Iglesia católica y máximo impulsor de la cultura medieval. Su obra fue decisiva para entender la época en la que vivió. No es de extrañar que esos años se conocieran como Renacimiento Isidoriano.

Isidoro continuó con el trabajo iniciado por su hermano mayor Leandro. Sobre Isidoro mucho se ha contado; en ocasiones las leyendas se adueñaron de su biografía, pero podemos exponer algunas como aquellas que nos hablan del mundo infantil de Isidoro: en una ocasión, siendo todavía un bebé, un enjambre de abejas entró en la habitación donde se encontraba durmiendo: incomprensiblemente, los valientes insectos no atacaron al retoño, sólo se limitaron a depositar miel en sus labios. El hecho no pasó desapercibido para sus exégetas y dio la justificación que explicara el dulce verbo del que hizo gala el buen obispo en sus predicaciones.



Conocida es la severidad con la que trató san Leandro a sus hermanos menores. Cuentan que el pequeño Isidoro escapó de casa huyendo de los castigos del fiero Leandro, regresando poco más tarde arrepentido y dispuesto a soportar de la forma más cristiana la pena que su hermano quisiera imponerle. Parece que Leandro internó a Isidoro en un monasterio con el fin de mejorar su educación, lo cual sin duda le sirvió de provecho, pues encontró en los libros a sus mejores amigos, como san Agustín y san Gregorio Magno, autores que despertaron una vocación que lo conducirá a la cúspide de la cultura universal.

Por seguir con las historias de Isidoro, hablaremos de otra que al parecer le hizo ver la luz. Dicen que en un momento de gran duda espiritual sobre si los hombres podrían alguna vez abandonar el mal, se acercó a un pozo para sacar agua y saciar la sed. Al llegar comprobó que las cuerdas habían horadado la piedra hasta marcar su forma en ella. La visión impactó de tal manera al joven que regresó corriendo al monasterio para, con más ahínco que nunca, devorar textos que le enseñaran la mejor manera de cincelar la pétrea mente de los humanos.

Tras el fallecimiento en el año 600 de san Leandro, Isidoro asumió el cargo de obispo de Sevilla, ampliando y mejorando el buen trabajo que su hermano dejaba como legado. Pronto se puso manos a la obra con la primordial directriz de elevar la condición intelectual del clero y población en general. Con el beneplácito de los sucesivos reyes, las escuelas teológicas se fueron implantando en los diferentes seminarios que iban apareciendo en España, cabe destacar las de Sevilla, Toledo y Zaragoza. Pero no sólo la enseñanza abarcaba a los clérigos; multitud de pequeñas escuelas nacieron en las parroquias y aldeas del reino toledano.

La influencia de san Isidoro en la cultura occidental ha sido reconocida por el acervo de conocimientos transmitidos en sus obras. El teólogo se convirtió en uno de los autores más prolíficos de su tiempo. El papa san Gregorio Magno le calificó como "nuevo Salomón y Daniel" por su sabiduría y prudencia.

San Isidoro se interesó por lo divino y lo humano; sus libros tratan aspectos que nos han facilitado el entendimiento de esa etapa tan oscura, entre los que hay que destacar títulos como *Regula Monachorum*, que ofrecía reglas conductoras de la vida de los monjes dentro del monasterio, y tratados teológicos como *De ortu et obitu patrum* (Del nacimiento y muerte de los padres), donde se explican rasgos fundamentales de los personajes bíblicos. También escribió obras históricas como *De viris illustribus*, que se ocupa de la vida y obra de treinta y tres hombres ilustres en diversas épocas. Hubo por parte de san Isidoro un intento acercamiento al mundo científico, lo que comprobamos en su famoso *Libro del Universo*, donde refleja situaciones astronómicas y geográficas, e incluye alegorías que intentan alejar a los crédulos de las supersticiones originadas en torno a los fenómenos de la naturaleza.

Su obra magna es sin duda *Originum sive etymologiarum libri XX*.

"Las Etimologías" son un compendio del saber reunido en veinte volúmenes que cubren todas las inquietudes humanas de ese siglo: artes liberales, teología, ciencias naturales, derecho romano, pasando por gramática, costumbres gastronómicas, instrumentos domésticos y de trabajo. Todo se presenta bajo la forma de definiciones y se apoya en un lenguaje muy cercano y asequible para el hombre culto medio de ese tiempo.

Por supuesto no me olvido del libro fundamental para entender la historia de los visigodos en España, *Historia de regibus gotorum, wandalorum et suevorum*, *Chronicon*. Esta obra es una de las pocas fuentes bibliográficas que poseemos sobre la conducta y vida de los reyes visigodos, con una excelente introducción llamada *Alabanza de España*, que nos aclara el horizonte de un pueblo al que ya no se considera invasor y destructor del Imperio Romano, sino heredero y continuador de la grandeza imperial; por tanto, ese trabajo es necesariamente inspirador de esta pequeña obra que el lector tiene en sus manos. A san Isidoro le debemos muchas cosas y no es de extrañar que sea considerado como el gran maestro medieval de su época. Algo que ya tuvo en cuenta el nuevo rey Suintila.

#### XXIV. Suintila

He librado al pueblo de impuestos ganándome su respeto, privé a nobles y clérigos de abundantes privilegios y, por fin, expulsé a los bizantinos de Hispania. ¿Quién puede impedir que mi hijo me suceda?

Suintila, rey de los visigodos, 621-631

#### Unidad territorial

Suintila se hizo con el trono en marzo del año 621. Posiblemente era primogénito del gran rey Recaredo y, durante el reinado de su suegro el rey Sisebuto, descolló dirigiendo los ejércitos visigodos en las campañas contra ruccones y bizantinos; precisamente a Suintila hay que atribuirle la derrota y expulsión de estos últimos de sus posesiones ibéricas. El nuevo rey no fue tan considerado con los bizantinos como su antecesor. Sisebuto había tenido la victoria en su mano pero la negociación y consiguiente paz impidieron que la empresa se culminara para desesperación del entonces general Suintila, que con sus tropas había tomado Málaga y arrasado Cartago Nova hasta su total destrucción.

Una vez en trono, Suintila tuvo como primera ocupación la de sofocar a los flamígeros vascones. Las acciones se iniciaron en junio del 621, dando paso a una victoria incontestable de los godos. Se aplastó la rebelión y obtuvo numerosos rehenes que posteriormente fueron empleados en la construcción de una gran fortaleza en la zona de Navarra a la que llamaron Oligicus (Olite).

Solucionado el problema del norte, Suintila cumplió con la tradición establecida por los monarcas católicos visigodos de ofrendar sus coronas a la catedral de Toledo en un acto representativo de la sumisión del poder terrenal ante el poder divino. La corona perteneciente a Suintila sería muy famosa al formar parte del tesoro de Guarrazar que, junto al de Torredonjimeno, constituye una de las principales muestras arqueológicas visigodas en nuestro país. De estos tesoros hablaremos más adelante en las páginas dedicadas a Recesvinto.

En el año 625 se concreta la expulsión bizantina de la Península Ibérica tras siete décadas de permanencia en constante conflicto con los visigodos. En consecuencia, Suintila se convierte en el primer monarca que ejerce su poder sobre todo el territorio peninsular. En este año también concluye la crónica de san Isidoro, supongo que por cansancio, o por entender que la marcha bizantina era epílogo más que suficiente para acabar la obra.

Desde ese momento encontramos a un Suintila crecido por los acontecimientos y obsesionado por la continuidad dinástica, empeño en el que intenta asociar al trono a su hijo Recimero, así como a su mujer, Teodosia, y a su hermano Gelia. Estas decisiones perturban y preocupan a la nobleza y el clero, ya que los dos estamentos habían visto muy limitada su influencia por el intento real de acaparar poderes y privilegios.

En los últimos años del reinado de Suintila, muchos aristócratas y obispos fueron desposeídos de gran parte de sus riquezas y tierras. Como es natural, las conjuras y levantamientos se empezaron a preparar y fue en la provincia Narbonense donde se gestó, como casi siempre, la mayor sublevación contra un rey al que todos consideraban déspota y tirano.

La guerra civil propició la llegada bizantina a mediados del siglo VI. Durante más de setenta años los imperiales permanecieron en Hispania incomodando a los reyes de ese período. Finalmente, fueron expulsados en el 625; tras este acontecimiento y una vez producida la anexión del reino suevo en el 585, se puede decir que la práctica totalidad de la Península Ibérica se encuentra bajo dominio visigodo.

En la zona gala del reino toledano el duque Sisenando comenzó a pertrechar un potente ejército y buscó el apoyo del rey franco Dagoberto, que consiguió de inmediato. Esto sucedía en el 631, mientras que Suintila, enterado de los acontecimientos, intentaba reunir efectivos militares que pusieran freno al

avance de las tropas rebeldes. El esfuerzo fue inútil, debido a que en los últimos años la dictadura monárquica de Suintila había creado muchos desafectos con el rey, siendo poco los guerreros que permanecían fieles a su causa.

La hueste del duque Sisenando cabalgó de forma imparable sobre Toledo, tras pasar antes por Zaragoza, donde Suintila tuvo que huir sin presentar combate por la deserción en masa de su ejército. Por fin, en marzo del 631, abandonado por todos, Suintila era depuesto por la fuerza, inhabilitándole para asumir en el futuro cualquier cargo público, orden extensiva a sus familiares. Fue privado de sus bienes y excomulgado por la Iglesia al entender que su reinado perjudicó seriamente los intereses de Dios. El escenario final del melancólico Suintila lo encontramos en un monasterio toledano, donde él y su empobrecida familia ingresaron dispuestos a purgar sus pecados. Nueve años más tarde Suintila falleció postergado en el olvido.

#### XXV. Sisenando

Convocaré el IV Concilio de Toledo a fin de reconocer nobleza e Iglesia como los grandes poderes fácticos del reino goda.

Sisenando, rey de los visigodos, 631-636

#### Cambio de poderes

Sisenando se coronó rey en Caesar Augusta (Zaragoza) tras su victoria sobre Suintila, y la coronación fue ratificada por los nobles nada más llegar el duque rebelde a Toledo. Los apoyos a la sublevación habían sido muy fuertes entre la nobleza y el clero; sin embargo, la victoria llegó gracias a la inestimable ayuda del ejército franco enviado por el rey Dagoberto, Cuenta la crónica que Sisenando viajó a París, donde el franco había establecido su corte, para solicitar audiencia en busca de la alianza necesaria. La embajada goda portaba un presente para intentar convencer al poderoso monarca, consistente en una de las piezas más queridas del tesoro visigodo, una bandeja de oro de quinientas libras de peso que el general Aecio había entregado al rey Turismundo en agradecimiento a su actuación decisiva en la batalla de los Campos Catalaúnicos. Además Sisenando prometió ofrecer una espléndida corona de oro para Dagoberto. Este áureo argumento hizo que la balanza franca se inclinara del lado conjurado, aunque meses más tarde, en lugar de la corona prometida, aceptó 200.000 sueldos como pago a su caritativo esfuerzo. El ejército expedicionario franco fue fundamental a la hora de imponer la sublevación por todo el territorio, no olvidemos que Suintila gozaba de una amplia aceptación popular por haber perseguido a nobles y clérigos demasiado enriquecidos por los favores de anteriores monarcas. Por tanto, el levantamiento se produjo en el seno de la hostigada nobleza y clero, y no en las capas más deprimidas de la sociedad. No es de extrañar que, tras el golpe a Sisenando, le costara casi dos años organizar y convocar el IV Concilio de Toledo. En ese intervalo es de suponer que anduvo ocupado sofocando pequeñas revueltas de grupos afines a Suintila. Cuando esto se solucionó, no hubo impedimento alguno para que el 5 de diciembre del 633 sesenta y ocho obispos de toda España se reunieran en la basílica de Santa Leocadia de Toledo para acordar nuevas medidas que regularan la elección monárquica.

La reunión prosperó bajo la inspiración y dirección del obispo Isidoro de Sevilla. En esas jornadas el alto clero determinó que la llegada al trono de Sisenando había sido justa y necesaria, dada la tropelía cometida por el anterior monarca Suintila, al que excomulgaron y condenaron por su impía actuación. Fueron días que se aprovecharon para marcar las directrices sobre cómo se debería gobernar el Estado visigodo en años venideros. Para que el lector tenga una idea aproximada de cómo se celebraban aquellos concilios, ofrecemos este documento que nos acerca a la ceremonia protocolaria que adornó el espíritu de esos días:

Fórmula según la cual debe congregarse el Concilio en el nombre de Dios. En la primera hora del día antes de salir el sol se echará de la iglesia a toda la

gente, y se cerrarán las puertas. Todos los porteros estarán en la puerta por donde deben entrar juntos todos los obispos, y se sentarán según su clase y ordenación. Después de los obispos se llamará a los presbíteros que alguna razón obligue a hacer entrar, y luego a los diáconos con la misma elección.

Los obispos se sentarán en círculo, tras de ellos los presbíteros, y los diáconos estarán en pie delante de los obispos. Entrarán luego los seglares que el Concilio juzgare dignos; los notarios para leer y escribir lo que fuese necesario; y se guardarán las puertas. Después de que los obispos hayan estado bastante tiempo en silencio y aplicados a Dios, dirá el arcediano: orad. Al instante se postrarán todos en tierra, orando mucho tiempo en silencio con lágrimas y sollozos, y uno de los obispos más antiguos se levantará para decir en voz alta una oración; los demás permanecerán postrados.

Después que se haya concluido la oración, y que todos respondan amén, dirá el arcediano: levantaos. Todos se levantarán; y los obispos y presbíteros se sentarán penetrados de temor de Dios y de modestia. Todos guardarán silencio. Un diácono, revestido de alba, presentará en medio de la asamblea el libro de cánones, y leerá los que hablan de la celebración de los concilios. En seguida el metropolitano hablará y exhortará a los que tengan que proponer algún asunto o queja.

No se pasará a otro punto hasta que quede evacuado el primero. Si alguno de fuera, presbítero, clérigo o seglar, quiere entrar a hablar en el Concilio, lo declarará al arcediano de la metrópoli y éste dará parte a la Asamblea. Entonces se permitirá a la parte entrar y proponer el asunto.

Ningún obispo saldrá de la junta sin que se haya finalizado. Ninguno dejará el Concilio sin que se haya terminado todo, para poder firmar las decisiones, porque se debe creer que Dios está presente en el Concilio, cuando los asuntos eclesiásticos se terminan sin tumulto, con aplicación y tranquilidad.

Gracias a este texto original del IV Concilio de Toledo podemos hacer volar la imaginación intuyendo cómo fueron aquellas sesiones dominadas por un invierno gélido -Europa atravesaba por una miniglaciación-, calentado por interminables discusiones eclesiásticas y políticas, porque aquel cónclave sirvió para unificar las posiciones defendidas por aristocracia e Iglesia, en detrimento de la postura monárquica que, a partir de entonces, sufriría devaluación, pues quedó abolida la posibilidad de sucesión dinástica, dejando la elección del rey en manos de nobles y obispos. La Iglesia mantenía cierta autonomía en relación a las decisiones gubernamentales. El Estado visigodo nunca fue teocrático, pero desde el IV Concilio de Toledo, el rey quedará vinculado a las medidas que se adopten en los concilios. En éstos podrán participar miembros de la alta nobleza, así como grandes terratenientes elegidos por su peso específico en la corte.

La conclusión del concilio toledano dejaba a un rey Sisenando ratificado por los nuevos poderes fácticos del reino, justificándose también el derecho de la monarquía con la institución de la unción real para evidenciar el origen sagrado de la realeza, pero quedaba claro que, a partir de entonces, los reyes visigodos serían condenar a un aristócrata, quedando sujetos a la decisión de ser destronados si su actitud no era consecuente con las obligaciones demandadas por el Estado. Finalmente, se tomaron medidas para fortalecer a la debilitada monarquía; la principal fue la de prohibir cualquier alzamiento o discrepancia con los reyes elegidos por concilio, otorgándoles el hipotético derecho a morir de manera pacífica. Aquellos quebrantadores del juramento de fidelidad al rey serían condenados a muerte y excomulgados.

Una vez clausurado el concilio, Sisenando pudo reinar en paz acatando las normas establecidas que le pedían justicia y moderación en su gobierno sobre los pueblos. De esta manera llegó tranquilamente al 12 de marzo del año 636, cuando falleció en Toledo por causas naturales.

El obispo Isidoro ha muerto, y es obligación moral de todos los godos rendir homenaje al hombre que más hizo por la fortaleza cultural y espiritual de nuestro pueblo.

Chintila, rey de los visigodos, 636-639

La muerte de Isidoro

Chintila ha pasado a la historia de los reyes godos como el monarca más anciano de todos los que ocuparon el trono. Se dice que contaba ochenta y seis años cuando se produjo su elección con el apoyo unánime de nobleza y clero. En sus tres años de reinado, hubo escasos hechos relevantes; uno de ellos sin duda fue el de la muerte del querido y respetado obispo Isidoro. Cuenta la historia que seis meses antes de fallecer, Isidoro incrementó su generosidad con los pobres, a tal punto que pronto se corrió la voz, viéndose interminables hileras de mendigos y parias ante la residencia episcopal donde esperaban recibir algunas monedas aliviadoras de su precaria situación. El veterano obispo de casi ochenta años repartió su patrimonio entre los desposeídos, lo que le procuró el reconocimiento popular. Por fin, y coincidiendo con la elección de Chintila, Isidoro, la gran luminaria cultural de su época, murió entre los sollozos de todos los estamentos sociales que, por aquel entonces, habitaban el reino visigodo de Toledo.

Chintila se convirtió en una herramienta muy útil para el poder aristocrático y eclesial. En su tiempo los godos avanzaron con decisión hacia el feudalismo y la monarquía perdía peso a favor de los nuevos poderes fácticos. Era evidente que duques y obispos controlaban férreamente el Estado, dejando al rey un papel meramente secundario. Chintila convocó dos concilios más en Toledo (V y VI), donde se intentó redefinir la figura del rey con nuevas leyes que prohibían la conjura o el atentado contra la persona regia, además de imposibilitar a cualquier tonsurado el acceso a la corona. Se tomaron decisiones religiosas que animaban a perseguir herejes y judíos hasta su expulsión del reino.

Como curiosidad se puede contar que de estos concilios surgió una sorprendente ley por la que se podía excomulgar a cualquiera que visitara a un adivino para interesarse por el futuro del monarca. Es paradójico que en un reino tan marcado por una religión única y dominante se le diera tanta credibilidad a hechiceros y magos del ámbito pagano. Supongo que, a pesar de los continuados esfuerzos de san Leandro y san Isidoro, a nuestros ancestros hispanos todavía les quedaban muchos restos atávicos del pasado.

Los Concilios V y VI celebrados en la basílica de Santa Leocadia de Toledo aseguraron las herencias para nobles y cargos públicos, así como la seguridad para fieles servidores leales a reyes anteriores.

En el IV Concilio había quedado manifiesto el antisemitismo de los godos católicos, ya sabemos que el pueblo judío fue desde entonces sometido a severas restricciones y obligado a la conversión. No parecía necesario tratar el mismo asunto en otros concilios, pero se hizo, acaso provocado por una carta enviada desde Roma por el papa Honorio I. En dicha epístola se animaba a los obispos hispanos a no bajar la guardia en la campaña contra los judíos, suponiendo el sumo pontífice que los hispanos habían ablandado posiciones en el trato con esa religión. Chintila debió quedar impresionado por la misiva papal, pues de los diecinueve cánones resultantes del VI Concilio, cuatro eran tan sólo de índole político, mientras que los quince restantes abordaban medidas enteramente religiosas entre las que se incluían normas contra la herejía. Cabe destacar que, tras la reunión de los obispos, se ordenó una conversión masiva de judíos en Toledo, que se produjo el 1 de diciembre del año 638 para alegría de los católicos y dolor de los semitas.

Chintila fue más allá, imponiendo una ley por la que todos los futuros reyes godos jurarían que su voluntad haría perseguir y destruir a todos los enemigos de la fe católica, preferentemente si eran judíos. Como vemos, las antiguas palabras bíblicas que condenaban al pueblo judío a la persecución y a la falta de una tierra a la que llamar patria fueron tomadas al pie de la letra por algunos gobernantes godos.

Chintila bordeaba los noventa años cuando sintió que flaqueaban sus fuerzas; durante meses había promovido a su hijo Tulga ante los ojos de los magnates del Aula Regia. Las gestiones fructificaron para felicidad del viejo monarca que pudo dormir el sueño eterno con absoluta tranquilidad el 20 de diciembre del año 639.

#### XXVII. Tulga

Fui nombrado por grandes y obispos para honrar la memoria de mi dúctil padre, pero veo con inquietud la desconfianza en sus ojos.

Tulga, rey de los visigodos, 639-642

#### Una sociedad a la moda

Con el rey Tulga nos plantamos prácticamente en la mitad del siglo VII. En esa franja temporal encontramos a una sociedad visigoda cada vez más instruida y refinada, aunque no demasiado. Las escuelas creadas décadas atrás por el impulso católico comienzan a dar fructíferos resultados, pudiéndose ver cómo una parte de la población abandona el analfabetismo gracias al trabajo tenaz de muchos clérigos y seglares docentes. Los jóvenes visigodos de clases privilegiadas se preparan con solvencia para ejercer profesiones sustentadoras del Estado como las de jueces, funcionarios, etcétera.

En cuanto a la moda textil visigoda no sufrió muchas modificaciones a lo largo de los años; la clara influencia romana se mantuvo con algunas evoluciones y retoques. El vestuario básico visigodo contenía túnicas, mantos y accesorios. Las túnicas eran de diversos tipos: *pectoralis* (una túnica corta); *escarlata* y *coccina* (túnica roja), todas con mangas. Estas prendas originales de los primeros siglos apenas sufrieron variaciones hasta el siglo VII. Algunas escaparon de la imposición romana como la *armilaua* vulgo, más acorde con los aires germánicos al mostrar aberturas por delante y por detrás, llegando incluso a faldas abiertas acabadas en puntas agudas. Como curiosidad hablaremos de una túnica llamada *amiculum* vestida por mujeres de dudosa reputación en Roma que, sin embargo, fue utilizada por nobles y decentes damas del reino visigodo sin darle más importancia.

Las túnicas se decoraban con listas horizontales o verticales bastante llamativas y se ajustaban al cuerpo mediante cinturones gruesos con poderosas hebillas de bronce ornamentadas con diferentes motivos, basados esencialmente en la naturaleza y en la geometría.

Las capas y mantos eran usados por ambos sexos y por todas las clases sociales. La capa romana, en varias formas, se llevaba recogida sobre el hombro izquierdo y la capa corta semicircular, conocida como *chlamys*, se llevaba atada sobre el hombro. Si leemos a san Isidoro podemos comprobar que le dedicó especial cariño al *mantum hispani*, precursor de la moda española y consistente en un manto pequeño que llegaba hasta las manos. Su uso se extendió entre la población como prenda básica del vestuario hispano.

La vestimenta se sujetaba con varios broches o fíbulas de mayor o menor valor según la procedencia social. En cuanto al cubrimiento de partes íntimas y piernas hay que hablar de las *bracae* y *femoralia* para el primer caso, y de pantalones más o menos amplios para el segundo.

Las tipologías de los objetos de adorno personal evolucionaron en el siglo VII. Por cuestiones de moda desapareció del vestuario el uso de fíbulas y se impuso una nueva modalidad de hebillas de cinturón, en las que sus placas rígidas adoptaron un contorno en forma de lira (rectangular y acabada en semicírculo).

En cuanto a la estética del cabello, diremos que el pelo corto de la época romana dio paso a otro un poco más largo que caía sobre las orejas, cubriéndolas en ocasiones. En el caso de las mujeres, las jóvenes llevaban sus cabellos sueltos cuando eran solteras, recogidos cuando se casaban.

La sociedad visigoda miraba decididamente hacia la Europa medieval y feudal. Tulga pretendió ser un rey continuista de la línea marcada por su padre. Chintila, y eso, al parecer, inquietó el ánimo de la nobleza más apegada a los

dictados del Aula Regia. Pronto muchos vieron en Tulga la vuelta, una vez más, de las dinastías hereditarias con el consiguiente perjuicio para el poder aristocrático y religioso. Sin otra solución se organizó una conjura encabezada por el noble Chindasvinto, que aspiraba al trono toledano. La candidez y limitación de Tulga provocó su destronamiento sin sangre, siendo tonsurado para que los hábitos le imposibilitaran el acceso a la corona; después de este gesto fue desterrado a un monasterio donde acabó sus días. Sólo la ley firmada por su padre impidió que le mataran tras su caída el 16 de abril del año 642. Después del golpe nobiliario, magnates y obispos se reunían para proclamar a Chindasvinto nuevo rey de los visigodos.

#### XXVIII. Chindasvinto

Mi extrema longevidad no restará un solo ápice de autoridad a mi indiscutible mando sobre los godos.

Chindasvinto, rey de los visigodos, 642-653

#### Fortaleza dinástica

Chindasvinto fue elegido por una selecta aristocracia y ungido por una más que disconforme Iglesia cuando contaba setenta y nueve años de edad. Todos pensaron que esa circunstancia no le mantendría mucho tiempo en el trono, al igual que había sucedido con el veterano Chintila. Se equivocaron, pues el enérgico e iracundo rey permaneció entronado once años para mayor desesperación de los nobles leales a Sisenando y otros reyes que habían ofrecido una política y gestión administrativa notablemente diferente a la concepción del mando que tenía Chindasvinto.

El nuevo monarca optó por ejercer el poder en su faceta más dura y agria. Pronto, ejecuciones ejemplares se cebaron sobre la alta y baja nobleza visigoda y por todo el territorio se extendió el horror promovido por el implacable Chindasvinto. Los ajenos a su régimen de gobierno buscaron en el exilio la salida más aconsejable, prófugos de todo el reino se fueron instalando en la zona Narbonense donde recibían la ayuda de los reyes francos. Estos enemigos políticos del monarca toledano se mantuvieron belicosos algún tiempo en tierras aragonesas, catalanas y de la Septimania. Se alzaron rebeldes en la provincia de Lusitania, pero esa revuelta fue rápidamente sofocada por una campaña relámpago dirigida contra Emérita Augusta, la capital provincial. También los vascones reavivaron incursiones y rapiñas. Los levantamientos fueron la tónica general en el período inicial del reinado de Chindasvinto. Como hemos dicho, la energía del anciano rey superó todas las expectativas y, a mandoble limpio, acalló cualquier voz discrepante. En el año 643 la inestabilidad había sido controlada, dando paso a lo que se puede considerar un gobierno esplendoroso en el que brillaron la justicia y la buena administración.

La leyenda negra de Chindasvinto se incrementó con la ejecución sumarísima de doscientos nobles opositores de las familias godas más distinguidas, sumándose a éstos otros quinientos de la baja nobleza. Junto a la muerte vino incorporada la confiscación patrimonial, con el consiguiente aumento de contenido en las arcas del Estado. Muchos hombres del alto clero fueron perseguidos por su actitud beligerante contra Chindasvinto; por supuesto, huelga comentar que perdieron riquezas y cargo. Tanta masacre nobiliaria provocó un saneamiento del Estado, los fondos económicos mejoraron y la corrupción judicial bajó a un nivel mínimo, lo que permitió a los tribunales repartir justicia con ecuanimidad para las poblaciones goda e hispano-romana. En ese sentido Chindasvinto, como buen legislador, encargó la elaboración de un código de leyes que recogiera lo mejor de Leovigildo más noventa y nueve leyes impulsadas por él en su reinado. La obra sería completada por su hijo Recesvinto y se conocería con el nombre de Liber Iudiciorum o Lex Visigothorum, el popular Fuero Juzgo. El trabajo apareció sin que el rey que lo encargó pudiera verlo; sin embargo, a Chindasvinto hay que atribuirle leyes que se mantuvieron vigentes algunos años, como la famosa ley contra la traición promulgada en el año 643 para amartillar cualquier intento de conspiración o rebeldía dirigido al rey.

Las penas que se establecieron eran muy propias de la época; ya hemos visto en monarquías anteriores que latigazos, amputaciones de mano o manos, decalvaciones, excomuniones o exilios estaban a la orden del día, y en estos tiempos del VII se siguió con esa sangrienta línea, poniendo de moda el cegado del reo. Al parecer, los godos veían en la extracción ocular un justo castigo para cualquiera que intentara acercarse al trono con intenciones aviesas. Por tanto, si un acusado de traición no contraía méritos suficientes para ser ejecutado, le dejaban ciego perdonándole la vida para mayor ejemplo. Tanto en casos de muerte o ceguera por alta traición, los prisioneros eran desposeídos de tierras y fortuna. En ocasiones, la magnanimidad real devolvía el veinte por ciento del tesoro incautado a un resignado preso que poco más tendría que hacer o decir en el concierto político y social, pues su ceguera evidenciaba la fatalidad del destino.

Muchos nobles se acogieron a esta ley para resolver disputas personales. La querencia por el territorio del vecino y viceversa provocó con mucha frecuencia que duques, condes y altos funcionarios cruzaran acusaciones de traición con la única pretensión de eliminar a un rival territorial. El rey Chindasvinto detectó con presteza el inconveniente generado por su ley del 643, y para evitar esta situación promulgó una nueva en el 644 que preveía la misma pena estipulada para el presunto traidor y para el acusador, si se demostraba que había utilizado engaño o mentira con el fin de buscar una mejora personal y patrimonial. El falso testimonio recibió la misma dureza que la traición. Como es evidente, ese tipo de juicios disminuyó considerablemente al poco de entrar en vigor la ley:

Chindasvinto persiguió en menor grado a los judíos, mostrándose un poco más tolerante que sus antecesores, aunque sin dejar de condenar a los conversos cristianos. Asimismo, se preocupó por un fenómeno que se estaba extendiendo a lo largo del siglo VII, el de las prácticas hechiceras y mágicas que cada vez contaban con mayor número de adeptos, todo ello favorecido por el distanciamiento, con más o menos intensidad, de las antiquísimas fórmulas paganas.

El personaje eclesial más relevante de ese tiempo junto a la figura de Eugenio de Toledo es, sin duda, el obispo Braulio de Zaragoza; conocidas son sus cuitas y enfados con el poder papal y en ocasiones con el monárquico. Braulio era culto como su maestro Isidoro, protector del arte y la ciencia, apostó decididamente por el género epistolar y, gracias a eso, se ha podido averiguar o intuir cómo fueron o actuaron los habitantes de ese tramo tan brumoso de la historia. Por su parte, Eugenio de Toledo ofrece en su poemario una de las pocas muestras literarias del siglo VII que no pertenecen a escritos meramente religiosos o judiciales. Eugenio fue nombrado metropolitano de Toledo tras el VII Concilio, convocado el 18 de noviembre del año 646, a cuya cita asistieron cuarenta y un obispos o delegados que ratificaron el poder real, añadiendo a la famosa ley de traición la excomunión para todos aquellos que se opusieran a los designios monárquicos. Chindasvinto, después de solucionar sus problemas internos, empezó a planificar una continuidad dinástica en la figura de su hijo Recesvinto.

En el año 648 Chindasvinto tenía ochenta y cinco años, aunque no lo parecía dada su fuerte personalidad. Sobre su familia poco se sabe, sólo que se casó con Riceberga, una bella joven de dieciséis años con la que tuvo tres hijos y una hija; hubiese tenido más, pero a los siete años de matrimonio la muchacha falleció por motivos desconocidos. De los tres varones el mayor era Recesvinto; de los otros oficialmente no sabemos nada, únicamente la leyenda les buscó nombre diciendo que uno fue Teodofredo, padre del futuro rey don Rodrigo, y otro Favila, padre de don Pelayo.

La ancianidad del rey y el presunto peligro generado por los enemigos internos y foráneos provocó una solución aliviadora de tensiones. Chindasvinto, con el beneplácito de la mayor parte de nobleza y clero, asoció al trono a su hijo mayor contraviniendo las normas establecidas por el Aula Regia y los concilios que prohibían la sucesión hereditaria del trono. La potencia de Chindasvinto y la personalidad de su hijo Recesvinto cubrieron cualquier tipo de oposición a una postura que se concretó en enero del 649. Desde ese momento se puede considerar a Recesvinto como rey de los godos, aunque sólo sumiría el poder



militar, dejando para su padre los asuntos políticos. En cuanto a los religiosos sabemos que en sus últimos años Chindasvinto trató de reconciliarse con la Iglesia, devolviéndole tierras y riquezas, e intentó aumentar sus obras caritativas. Mandó construir algunos monasterios como el de San Román de la Hornija, en la ribera del Duero, para que a su muerte reposaran sus restos en un sepulcro junto a su esposa Riceberga.

El 30 de septiembre del año 653 moría el rey Chindasvinto; lo hacía en paz a la edad de noventa años. En su reinado el Estado visigodo fue saneado, se eliminaron corrupciones, se sofocaron revueltas y se impulsaron nuevas leyes que igualaron la condición ante los tribunales de godos e hispano-romanos. El reino toledano avanzó, en definitiva, por buen camino. Fue duro, cruel e implacable con sus enemigos, atando en corto a la nobleza y clero. No es de extrañar que el metropolitano Eugenio escribiera este epitafio recordatorio de Chindasvinto: Amigo de los hechos malvados, responsable de crímenes, impío, infame, repulsivo y malvado, que no procuraba lo mejor y valoraba lo peor. Después de leer esto, me temo que al metropolitano no le caía muy bien el veterano rey. La historia dijo otra cosa, y por lo menos su hijo Recesvinto cumplió honrosamente con su deber.

#### XXIX. Recesvinto

Las leyes y personalidad de los godos han procurado más de veinte años de paz para un pueblo que ya no permanecerá por más tiempo dividido.

Recesvinto, rey de los visigodos, 653-672

#### Un tiempo de paz

Tras la muerte de su padre, Recesvinto asumió la corona sin la obligada elección de nobleza y clero. Chindasvinto en sus años postreros había manipulado convenientemente a todos los sectores implicados, de una u otra manera, en los engranajes electivos de la corte y curia toledanas. El reinado fue largo y sorprendentemente pacífico. Recesvinto dio muestras de inusitada energía, similar a la de su regio progenitor.

El único obstáculo militar destacable lo podemos encontrar en los tiempos de su asociación al trono cuando, ante la inminente desaparición física de Chindasvinto, muchos nobles se revolvieron al ver en Recesvinto un peligro más que concreto para el reino visigodo. La sucesión dinástica no terminaba de convencer, nadie olvidaba la prepotencia de Chindasvinto y su actitud negativa hacia aristocracia e Iglesia. Como siempre, el foco de rebelión partió de la agitada provincia Narbonense. En ese lugar, un noble aspirante al trono llamado Froya lideró la facción de los descontentos, donde se incluían refugiados y prófugos de reinados anteriores, además de los siempre combativos vascones. Las columnas del ejército rebelde se internaron por la provincia Tarraconense dispuestas a devastar todo lo que le saliera al paso: aldeas, campos, incluso iglesias fueron destruidas, cientos de cadáveres daban idea de lo que pretendían aquellos sublevados. El valle del Ebro ardió con intensidad, llegando las llamas a la propia Caesar Augusta, que quedó sitiada. Recesvinto, al comprobar la gravedad de aquella campaña -pues los hombres de Froya parecían no querer parar hasta Toledo-, decidió ponerse él mismo al frente del ejército real. En pocos días se plantaron ante la antigua Caesar Augusta presentando batalla y destrozando al contingente leal a Froya.

La lucha debió ser desigual, pues muy pronto los rebeldes fueron masacrados y su líder decapitado, consiguiendo escapar sólo unos pocos rumbo a las provincias galas. Recesvinto venció pero, con la lección aprendida, el levantamiento de Froya y los suyos le hizo aceptar que si buscaba un reinado tranquilo y próspero debía ser con el acuerdo de todos los estamentos sociales dominantes. En consecuencia, convocó el VIII Concilio de Toledo, quedando inaugurado el 16 de diciembre del año 653 en la iglesia de los Santos Apóstoles; en él se dieron cita sesenta y dos obispos y delegados, además de ilustres seculares, principalmente condes, que dejaron por primera vez su opinión y firma en las decisiones conciliares.

El propio rey pidió ser liberado del juramento real contra los traidores que había institucionalizado Chindasvinto. Recesvinto entendió que perdonar era más ventajoso que castigar, y así después del VIII Concilio muchos exiliados pudieron regresar para incorporarse a una sociedad muy necesitada de efectivos cualificados. Por otro lado, se retomó el sentimiento antijudío, muy aplacado en tiempos de su padre. Recesvinto asumió como algo personal la persecución de la herejía y el judaísmo, y se recrudecieron las penas para los cristianos conversos. Las condenas para los judíos que no quisieran aceptar la realidad católica iban desde los latigazos hasta la lapidación y hoguera. Asimismo, se estableció que todos los que insultaran a la monarquía serían desposeídos de la mitad de su patrimonio, además del castigo físico que el rey estimara oportuno. Si el insulto se lanzaba tras la muerte del monarca, el autor recibiría cincuenta latigazos. Con los poderes fácticos más o menos convencidos, Recesvinto vio nacer en el año 654 la gran obra legislativa emprendida por su padre y perfeccionada por él, el Liber Iudiciorum o Lex Visigothorum. El código comprendía doce volúmenes que trataban de forma sistemática los aspectos legislativos del reino, atrás quedaban el derecho romano y otras leyes godas derogadas definitivamente en favor del nuevo tratado. Por fin hispano-romanos y godos veían culminar el proceso de la unificación poblacional, incluso se llegó a suprimir la odiada ley de los matrimonios mixtos para dejar en igualdad ante los tribunales a gentes de las dos procedencias. Aunque algunos autores afirman que en tiempos de Recesvinto se produjo un distanciamiento entre las dos razas, lo cierto es que las leyes y la mezcla producida en los últimos decenios no permitía pensar en ningún retroceso en cuanto al tratamiento de unos y otros.

La desventaja social para los hispano-romanos quedaba reducida a la imposibilidad de acceder a los altos cargos públicos, pero en cambio seguían nutriendo las filas de la Iglesia católica. Dos nuevos concilios toledanos se inscriben en el reinado de Recesvinto, el IX, contemplado como un mero sínodo de la provincia cartaginense, y el X, de caldo menor, acaso por las disputas existentes entre una cada vez más fuerte monarquía y una Iglesia dispuesta a ejercer su preponderancia.

De arquitectura poco hay que atribuir al pacífico Recesvinto; ni él ni sus iguales se interesaron mucho por esta disciplina. En los tres siglos visigodos las edificaciones no fueron sobresalientes, únicamente nos quedan de esa época escasos vestigios, así como algunas iglesias y monasterios. En el año 661 el rey fundó la iglesia de San Juan de Baños en la actual Palencia. Cuenta la leyenda que el monarca sufría males nefríticos y que advertido por los médicos acudió a un lugar de rancia tradición pagana. En el sitio existía una fuente consagrada a las ninfas cuyas aguas salutíferas eran muy populares. Recesvinto bebió esas aguas y mejoró notablemente. En premio a la recuperación del rey se levantó la iglesia en Baños de Cerrato bajo la advocación de san Juan Bautista.

El arte visigodo no ha pasado a la historia como el más esplendoroso o sugerente, sólo se limitó a continuar con el estilo impuesto por el Imperio Romano, empobreciéndose a medida que se alejaba de esa época. La sociedad visigoda era aplastantemente rural, por eso trasladó sus construcciones al campo que es donde precisamente se han encontrado mayores muestras; las urbanitas han sido muy difíciles de localizar, seguramente porque el empuje musulmán acabó con los edificios y monumentos de los conquistados. La principal aportación arquitectónica gira en torno al muro de sillería, el arco de herradura y las cubiertas solucionadas con bóvedas de cañón o de aristas. Las plantas son genéricamente basilicales de una sola nave. Las artes plásticas son muy pobres, geometrizar y de temas religiosos. En cambio mana un cierto brillo de los talleres orfebres; allí se consiguió un buen tratamiento de metales como el oro -aunque no era de muy buena calidad- y las piedras preciosas. Se crearon fíbulas, cruces o espléndidas coronas votivas que más tarde integraron los tesoros visigodos. Desde luego que las necrópolis excavadas en las dos mesetas peninsulares son fidedignas fuentes de suministro a la hora de interpretar la evolución de la orfebrería visigoda.

Estos datos, junto a los aportados por las escasas construcciones supervivientes, nos dan una idea más o menos cercana a la definición vital de aquellas gentes.

Durante el siglo VII florecieron talleres especializados en los tratamientos del metal, situados principalmente en Toledo, la capital, si bien no hay que descartar que surgieran otros en áreas periféricas. El cometido esencial de los artesanos metalúrgicos fue el de surtir a las iglesias y monasterios de toda clase de objetos litúrgicos (patenas, jarrillos, incensarios), así como recibir encargos de la nobleza y casa real. El buen resultado en el engarce de piedras preciosas y metales lo podemos constatar cuando observamos los restos supervivientes de los dos tesoros más importantes encontrados hasta la fecha, el de Guarrazar y el de Torredonjimeno, este último lamentablemente deteriorado por la ignorancia de sus descubridores. El hecho se produjo en esa localidad jienense en 1926: unos lugareños encontraron varias piezas entre los restos de lo que luego se supo fue una iglesia dedicada a las santas Justa y Rufina. En principio no se atribuyó mayor valor al hallazgo y se las entregaron a los niños para que jugasen. Cuando circuló la noticia entre los expertos ya poco se pudo hacer, pues la totalidad de ellas habían sido mutiladas, quedando poco visibles. Hoy en día se encuentran repartidas por los museos arqueológicos de Córdoba, Barcelona y Nacional de Madrid. Los objetos de Torredonjimeno integraban un listado en el que aparecían coronas, cruces y otros adminículos de escaso valor. Eran piezas rudas si las comparamos con las del tesoro de Guarrazar, por lo que podemos deducir que fueron acabadas en talleres que copiaban los diseños toledanos. Guarrazar ofrece una visión más clara sobre cómo entendieron los visigodos el arte. El tesoro fue escondido como el anterior a fin de salvarlo de la inclemencia musulmana. Descubierto en el año 1858 en una huerta del mismo nombre perteneciente a Guadamur, localidad cercana a Toledo, pronto desató la ambición de todos. Después de múltiples aventuras rocambolescas, incluidas su salida ilegal de España hacia Francia y el robo en 1921 de la corona perteneciente a Suintila, por fin buena parte del tesoro se pudo reunir en 1945 para ser instalado definitivamente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Lo más llamativo del tesoro es sin duda la gran corona de Recesvinto, símbolo claro del poder visigodo en el siglo VII. Como sus hermanas, fue ofrecida a la Iglesia para ser colgada y expuesta sin que jamás se ciñera a la cabeza del rey que la mandó forjar.

Guarrazar constituye el máximo exponente de un arte visigodo dominado siempre por influencias externas. Roma, Bizancio y los propios aires germánicos influyeron en buena parte del estilo visigodo. La propia corona de recesvinto es un ejemplo de ello: la diadema es calada y está decorada con incrustaciones de granates, perlas y zafiros, y cuelga de tres cadenas con eslabones en forma de corazón de oro calado que penden de una flor doble y un capitel decorado en la parte superior. La parte inferior la componen unas letras colgantes que forman el nombre y la ofrenda del monarca, pudiéndose leer "Recesvinthus Rex Offeret". La cruz colgante de la corona es una pieza peculiar que parece provenir de un broche entregado por el propio rey para ser incorporado al conjunto. Está ornamentada por ambas caras: en una hay seis zafiros sin tallar y ocho perlas; en la otra, una chapa de oro repujada y calada.

En el tesoro español de Guarrazar sobreviven seis coronas y cinco cruces; es una lástima que la de Suintila no se recuperara y que otras piezas permanezcan en Francia.

En el año 672 Recesvinto, muy mermado por la enfermedad, se retira a sus posesiones patrimoniales en Gerticos. Este emplazamiento, seguramente su lugar natal, se encontraba en la calzada que iba desde Toledo a Salamanca a unos pocos kilómetros de Valladolid. El rey confiaba en su recuperación, pero el 1 de septiembre de ese mismo año fallecía sin que nada más se pudiera hacer sino enterrarlo en el monasterio de Santa María, sito en la misma localidad que, desde entonces, adoptó el nombre de su sucesor Wamba. Alguna centuria más tarde, Alfonso X el Sabio ordenó trasladar sus restos a la iglesia de Santa Leocadia en Toledo.

Recesvinto consiguió en sus veintitrés años de reinado extender la paz por todo el territorio peninsular. Apenas se produjeron actos militares, lo que

provocó la estabilidad necesaria para que las diferentes poblaciones pudieran prosperar a ritmo adecuado. Es curioso que en este tiempo no encontremos datos que nos permitan hablar de personajes cultos relevantes como en otros reinados, donde aparecieron insignes figuras o el gran cronista en tiempos de Leovigildo, Juan de Biclaro. La excepción la encontramos en Ildefonso de Toledo, metropolitano continuador de la obra de su antecesor Eugenio y autor de *De viris illustribus*, texto histórico que recrea vida y obra de personajes ilustres desde Gregorio Magno a Eugenio de Toledo.

XXX. Wamba

Detuve con mano firme usurpaciones y revueltas, pero ahora estoy cansado. ¿Tendrá mi pueblo fuerza suficiente para evitar la inminente marea?

Wamba, rey de los visigodos, 672-680

El último de los notables

Wamba está considerado como el último de los grandes reyes visigodos. Noble veterano fiel a Recesvinto, acompañó a éste en sus momentos finales y llegó a dirigir exequias y funerales en memoria del buen rey fallecido. La desaparición de Recesvinto planteó muchas incertidumbres en el horizonte goda, ya que había facciones disidentes principalmente en el clero y en la nobleza asentada en los territorios orientales del reino. Los magnates adeptos a Recesvinto vieron en Wamba a un líder apacible y continuista de la obra anterior. Se sabe que Wamba no aceptó -dada su avanzada edad- el cargo que se le ofrecía, pero la enérgica actitud de un conde palatino con espada en mano parece que hizo a Wamba reconsiderar su decisión. Se cuenta que aquel oficial impetuoso espetó al futuro rey que "de la sala mortuoria de Recesvinto saldría hecho rey o muerto"; decididamente, el anciano optó por lo primero. De esta forma tan accidentada, Wamba era elegido por los nobles el 1 de septiembre del 672 en el mismo lugar y el mismo día de la muerte de Recesvinto.

Siguiendo la ley goda, faltaba un acto que ratificara a Wamba como rey y no era otro sino su unción en Toledo a cargo del metropolitano; la aprobación eclesial era necesaria para el buen funcionamiento del Estado. El 19 de septiembre Wamba entraba en Toledo siendo ungido por el obispo Quirico. Aunque conocemos la existencia de otras unciones reales anteriores, ésta es la primera que queda documentada gracias a la eficaz labor del obispo Julián de Toledo, que así lo reflejó en su obra *Historia Wambae regis*, donde nos ofrece buenos datos sobre los primeros años del reinado que nos ocupa -nada tranquilo por cierto-, en el que pronto comenzaron los acontecimientos bélicos.

Los vascones, aprovechando la coyuntura, lanzaron ataques sobre el valle del Ebro y Cantabria; en esta ocasión se debieron exceder bastante de lo que habitualmente se les consentía, ya que el propio Wamba se puso al frente del ejército real iniciando una campaña de represalia y sometimiento sobre la zona de la actual La Rioja. Cuando las tropas visigodas se encontraban en este empeño, llegaron terribles noticias desde la Septimania; allí se habían sublevado algunos nobles, lo que ponía en peligro a un reino cada vez más frágil. El cabecilla se llamaba Hilderico, conde de Nimes, que estaba apoyado por buena parte de la Iglesia regional además de por un numeroso grupo de judíos muy perjudicados por la política antisemita de reinados anteriores. La rebelión se extendió por algunas zonas de la Narbonense y Tarraconense, Wamba, sin calcular bien la repercusión contra los vascones, enviando a Paulo, uno de sus duques de confianza, para sofocar aquella insurgencia. Todo se volvió en contra del rey. Paulo, una vez que llegó con su columna a la Tarraconense, vio que la gran oportunidad se presentaba ante él y decidió apostar fuerte negociando con las tropas rebeldes de las provincias sublevadas. La disposición, educación y fuerza militar de aquel duque, posiblemente griego, hizo que muchos condes locales acataran su mando sin poner ninguna traba a su proclamación como rey de los visigodos en aquella región. Durante un tiempo el reino visigodo de Toledo quedó fraccionado, encontrándose Paulo coronado en el este, mientras que el legítimo rey Wamba recibía las noticias, para mayor perplejidad, en su base militar de Cantabria. La guerra civil era inminente. Wamba atacó con ímpetu a

los vascones que en tan sólo siete días fueron reducidos, como siempre, a sus montañas. Para evitar males mayores, los jefes vascones entregaron rehenes, tributos y la promesa de no participar en el futuro conflicto. Con el problema momentáneamente resuelto, Wamba ordenó a sus duques reunir una poderosa hueste para lanzarla contra las posesiones rebeldes. El ejército real quedó conformado por unos 70.000 efectivos que, a sangre y fuego, arrasaron literalmente la provincia Tarraconense. Poblaciones como Barcino o Gerunda tuvieron que rendirse ante el empuje de las tropas occidentales, muy bien dirigidas por los leales a Wamba. La Tarraconense cayó en pocas semanas, quedando los reductos de la Narbonense que no se rendirían sin presentar cruel batalla; Wamba entonces organizó a su ejército en tres divisiones.

Las columnas avanzaron por caminos distintos, recibiendo además el apoyo de una potente flota naval que participó decisivamente en la toma de Narbona, y una tras otra las plazas fueron cayendo. Finalmente, tras la rendición de Nimes, Paulo fue apresado y ridiculizado ante sus hombres. La victoria para Wamba fue total, las provincias levantiscas fueron sometidas y en sus ciudades importantes quedaron instalados nobles afectos al rey legítimo. La entrada de Wamba y sus tropas en Toledo recordó la época imperial romana por la vistosidad y el entusiasmo de las gentes cuando recibieron a sus héroes. En la comitiva se podía ver a las tropas victoriosas vistiendo y cabalgando de forma impecable, mientras se mofaban de una gran hilera de prisioneros decalvados y descalzos a cuyo frente se situaba el pobre Paulo, vestido como un rey de comedietas.

El triunfo era gozoso, pero se habían tenido que utilizar todos los recursos existentes en el reino para poder culminar con éxito aquella guerra; llegar al límite inquietó al prudente Wamba, que siempre vio con malos ojos el distanciamiento del Estado que mantenían nobles y clero. Wamba quiso fortalecer las posiciones monárquicas centralistas como única solución viable para el reino visigodo. Los nobles y el clero pensaban otra cosa, seguramente estaban más interesados en disfrutar de sus posesiones latifundistas alejadas todo lo posible de un rey siempre exigente a la hora de pedir tributos. Las posturas se distanciaron tanto que en el 673 Wamba promulgó una ley militar que forzaba a la aristocracia y al clero a movilizar los recursos necesarios -bien fueran económicos o militares- en caso de necesidad por parte del Estado.

Wamba se preocupó por mejorar la condición de las infraestructuras existentes, intentó restaurar y rehabilitar algunos edificios y acueductos de la época romana, y asimismo organizó un plan de nuevas construcciones en el casco urbano de Toledo. En su tiempo la cultura tuvo un ligero rebrote a cargo de autores como Julián de Toledo que, además de la obra ya citada sobre Wamba, nos legó lo que se ha considerado como el primer ensayo autónomo de escatología de la literatura cristiana, el llamado *Prognosticon futuri saeculi*.

Tras la caída de la bizantina Cartago, los árabes se extendieron por el norte de África y comenzaron a constituir una más que peligrosa amenaza para los intereses visigodos, ya que en ese terreno aún se mantenían plazas como Ceuta.

Parece que Wamba tuvo que hacer frente a un primer intento de invasión musulmana. El resultado fue un formidable combate naval en el que los árabes perdieron 270 naves, pero debemos tener cuidado, pues las fuentes son del todo punto imprecisas y brumosas, sin que podamos dar fiabilidad a ese suceso.

En esos años se convocó el XI Concilio de Toledo, con la única participación de obispos y delegados de la provincia Cartaginense, quedando clara la postura real frente a la eclesial.

El mando ejercido por el honrado Wamba terminó por crispar el ánimo de la nobleza y el clero, que pronto se conjuraron para decidir la caída del monarca. Muy pocos de los miembros de esos poderes fácticos querían ver a un líder poderoso y dominador de la situación territorial y fiscal; sin duda, el reino visigodo cabalgaba sin bridas hacia su final.

El 14 de octubre del año 680 la intriga tomó cuerpo en la figura del conde Ervigio, que, abusando de su presunta lealtad, suministró un brevaaje o infusión al confiado Wamba, quien tenía por costumbre beber pócimas confeccionadas con hierbas naturales. Sin sospechar nada ingirió el líquido con un alto contenido en esparteína, un potente hipnótico. A los pocos segundos Wamba caía víctima de

un letargo que hizo pensar en una muerte próxima. Sin perder un minuto, los nobles conjurados hicieron correr la noticia llamando al obispo Julián para que suministrara el Ordo Poenitentiae; este ritual religioso procuraba la tonsura y los hábitos a fin de facilitar el paso a los cielos del fallecido. La sorpresa vino cuando el rey Wamba despertó una vez finalizado el efecto de la droga; sin embargo, ya era demasiado tarde para él, la ley de los godos impedía reinar a cualquiera que vistiera hábitos. El desconcierto fue general, Wamba trató de recuperar su trono, pero los nobles lo impidieron amparándose en la norma. Después de esto, al anciano no le quedó más remedio que aceptar su nueva situación y retirarse a un monasterio en Pampliega (Burgos), donde falleció siete años más tarde, siendo su cadáver trasladado a la iglesia de Santa Leocadia en Toledo.

La maquiavélica intriga palaciega había dado muy buenos resultados; los nobles desafectos a Wamba sonreían al ver coronado a su títere Ervigio. Desde entonces todo sería más fácil para nobleza y clero, pero sin duda se habían dado pasos firmes hacia la desintegración del reino toledano. Quedaban poco más de treinta años.

#### XXXI. Ervigio

Reforzaré el papel preponderante que la aristocracia y el clero habían perdido en época de Wamba, aunque eso merme el protagonismo monárquico.

Ervigio, rey de los visigodos, 680-687

#### La debilidad de un reino

Ervigio fue coronado y ungido el domingo 21 de octubre del 680, dejando atrás los oscuros sucesos que rodearon la caída de Wamba. Es evidente el abuso de confianza demostrado por el nuevo usurpador, dado el favoritismo que Wamba había volcado sobre él en detrimento de otros. Ervigio era posiblemente de origen griego; su padre, Ardabasto, llegó expulsado de la corte bizantina a Hispania, donde fue gratamente acogido por su matrimonio con una princesa goda prima del rey Chindasvinto. Él mismo contrajo matrimonio con una prima de Wamba llamada Liuvigoto, con lo que su entronque con la casa real visigoda quedaba muy fortalecido para futuras reivindicaciones.

Una vez consumada la coronación, al flamante monarca no le faltó tiempo para convocar el XII Concilio de Toledo, inaugurado el 9 de enero del 681. En la reunión quedó manifiesta la intención del rey para rehabilitar la fortaleza perdida por el clero en el reinado de Wamba, recrudeciéndose además las medidas contra el pueblo judío, capítulo animado incomprensiblemente por Julián de Toledo, cuya familia era de origen semita, aunque conversos. La prohibición de practicar la fe judía fue tajante para una comunidad cada vez más hostigada por un reino que no les quería. También se planteó la penuria por la que atravesaba el Estado debida, en buena parte, a la pésima cosecha anual; parece ser que en ese invierno la población visigoda rozó con mucha frecuencia la hambruna.

Ervigio invitó a la Iglesia católica a una implicación más tangible en los mecanismos estatales de gobierno. Desde entonces los obispos tendrían poder ejecutivo sobre las instituciones y altos funcionarios, entregándoles el derecho a elegir y deponer obispos y sacerdotes.

Estas medidas abrieron las puertas para Ervigio ante la Iglesia católica, muy enojada por la decisión de Wamba de obligarles a participar en las cuestiones militares del reino con el consiguiente perjuicio económico y de poder.

En el reinado de Ervigio se revisaron los textos legales visigodos; por ejemplo; la ley militar de Wamba y el Liber Iudiciorum, a los que se incorporaron nuevas leyes y se corrigieron otras de difícil interpretación jurídica. Se convocaron nuevos concilios como el XIII de Toledo, en el que se reforzó el papel nobiliario y se llegó incluso a perdonar al rebelde Paulo y a sus seguidores. Se devolvieron tierras y patrimonio incautados en la época anterior y se intentó regular el fisco, pero tanta magnanimidad con Iglesia y nobleza no arrojó otro resultado que la ruina económica para un Estado ya muy debilitado. Ervigio, sin pretenderlo, aceleró el hundimiento del reino visigodo,

los poderes establecidos se desentendían cada vez más de obligaciones comunes. El desmembramiento comenzaba a ser un hecho.

En la nueva ley militar se contemplaba la participación en el ejército del pueblo llano, liberando a nobles y obispos de la recluta forzosa que hasta entonces se hacía entre sus fieles. Esta medida no gustó nada a la mayoría y además fomentó la creación de numerosas milicias privadas en torno a duques, condes y obispos.

El XIII Concilio de Toledo, celebrado entre el 4 y el 13 de noviembre del 683, también sirvió para establecer una defensa de la herencia familiar que los reyes visigodos dejasen a su muerte; ya vemos cómo desgraciadamente estos y otros, sin importarles el sufrimiento o la angustia de un pueblo deprimido y abandonado a su suerte. En el siglo VII hubo florecimiento, eso es indudable, pero es triste comprobar que el distanciamiento entre los tres poderes y la población dejaba señalada una regla que se prolongaría durante la Edad Media. En noviembre del 684 se convocó el XIV Concilio de Toledo con objeto de cumplir con la lectura de una epístola enviada por el papa León II, en la que se comunicaban las decisiones adoptadas en el III Concilio de Constantinopla. Poco más cabe destacar sobre la figura del traidor Ervigio, sólo que organizó un matrimonio entre su hija Cixilona y el sobrino de Wamba, Egica, a fin de calmar el mal ánimo imperante en la facción de magnates fieles al anterior rey. En noviembre del 687 cayó gravemente enfermo y designó como sucesor a su yerno Egica para morir pocas horas más tarde.

#### XXXII. Egica

Todos ambicionan poseer el reino godo. Judíos, bizantinos y árabes son enemigos más que reales de nuestro pueblo. Con la asociación al trono de mi hijo Witiza intentaré contener la posible avalancha.

Egica, rey de los visigodos, 687-702

#### Un reino en decadencia

Egica fue coronado y ungido el 24 de noviembre del año 687 en la iglesia de los Santos Apóstoles de Toledo. Diez días antes había fallecido Ervigio, después de haber hecho jurar a su elegido que protegería vida y haciendas de los herederos familiares, así como que repartiría justicia entre su pueblo. Con los dos juramentos Egica llegó al trono, y desde esa altura entendió que las obligaciones contraídas con Ervigio eran incompatibles para un buen gobierno del reino. No se podía hacer justicia con el depauperado pueblo visigodo sin tocar a la enriquecida parentela de Ervigio. Muchos eran los bienes acumulados por los protegidos del rey anterior y, en buena parte de los casos, el aumento de patrimonio se debía al expolio cometido entre facciones enemigas. Por tanto, Egica decidió resolver sus dudas convocando el XV Concilio de Toledo, que se celebró el 11 de mayo del año 699 y en el que se dilucidaron algunas cuestiones referentes a los compromisos morales, del rey. Egica pidió enérgicamente ser desligado de alguno de los dos juramentos emitidos ante Ervigio. Eclesiásticos y seglares llegaron al convencimiento de que servir al pueblo era causa más noble que servir a una sola familia. Algunos religiosos cercanos al clan de Ervigio intentaron proteger los intereses de la viuda Liuvigoto y otros miembros de la antigua familia real, pero lo que quedó claro es que, desde entonces, Egica tuvo las manos libres para actuar contra su propia familia, aunque ello le condujera a la enemistad de su suegra y el menosprecio público mostrado hacia su mujer, a la que incluso llegó a repudiar. Las consecuencias de este concilio no gustaron a buena parte de la nobleza beneficiaria de la conducta del antiguo monarca y pronto empezó a organizarse la conjura para derrocar al insolente Egica.

En el año 690 fallecía el ilustre obispo metropolitano Julián de Toledo y le sucedía en el cargo Sisberto, fuerte opositor a la política emprendida por Egica. Sisberto frecuentaba reuniones donde religiosos y nobles desafectos al rey preparaban minuciosamente un golpe de Estado. En la confabulación se encontraba la propia viuda de Ervigio, además de otros aristócratas como

Sunifredo, que aspira a usurpar el trono de Egica. El levantamiento se produjo a mediados del 692; los amotinados tomaron Toledo pero no pudieron capturar al rey que, con un puñado de leales, escapó a todo galope de la capital para buscar refugio en los territorios que permanecían fieles a su causa. Sunifredo fue ungido por Sisberto, pero de poco sirvió la escenificación ante el sorprendido pueblo pues, meses más tarde, Egica regresaba acompañado por un potente ejército que había conseguido reunir. La lucha fue breve y los usurpadores detenidos. Egica convocó a toda prisa un nuevo concilio, sería el XVI, celebrado en Toledo. Por las circunstancias que rodearon al cónclave, bien pudo pasar a la historia como juicio sumarísimo a los traidores. A Sunifredo se le privó de la vista -es fácil imaginar lo que le pudo ocurrir-, Liuvigoto fue obligada a tomar los hábitos e internarse en un convento donde acabaría sus días, mientras que el metropolitano Sisberto fue desposeído de su cargo, secularizado y condenado a no poder comulgar hasta su muerte; por supuesto previamente le habían expropiado todas sus riquezas.

Una vez resuelta la sublevación, Egica se preocupó por el buen gobierno de su reino. Problemas no faltaban, la peste bubónica hacía estragos en la Tarraconense y Narbonense, la mortandad diezaba a una población cada vez más empobrecida por la severa crisis económica, cosechas perdidas, levantamientos fratricidas y enfermedades desoladoras devastaban el triste reino toledano. A fin de fortalecer a la figura regia, Egica promovió nuevas leyes que se incorporaron a los códigos de derecho existentes, buscando que se incorporaron a los códigos de derecho existentes, buscando además - como ya lo hicieron otros- la continuidad dinástica, para lo que se fijó en su hijo Witiza, al que nombró duque de la Gallaecia en el 698, cuando apenas tenía dieciocho años. El joven fijó su residencia en Tude (Tuy) con la esperanza de poder ayudar a su padre en tan difíciles momentos. El rey Egica no fue distinto a otros monarcas visigodos en el odio sostenido contra el pueblo judío. El 9 de noviembre del 694 se inauguraba el XVII Concilio de Toledo en la iglesia de Santa Leocadia con el casi único propósito de poner fin a las esperanzas judías.

Las acusaciones contra los judíos se basaban en una presunta conspiración mundial de los hebreos para acabar con todas las monarquías cristianas del orbe. En lo que respecta al reino de Toledo, pretenderían derrocar a Egica con la ayuda de fuerzas llegadas desde el norte de África. Las conclusiones de obispos y notables no dejaban lugar a dudas: los acusados, como siempre, eran culpables. Los judíos hispanos fueron relegados a la miserable condición de siervos, se ordenó una diáspora por toda la Península, sus bienes fueron una vez más confiscados y se les prohibió el comercio. El punto trágico en la persecución contra esta religión se alcanzó con la ley que ordenaba entregar a los hijos de los judíos una vez cumplieran los siete años. Estos niños serían adoptados por familias católicas que les inculcarían las enseñanzas cristianas haciéndoles olvidar las hebreas. Egica se propuso en firme acabar con los judíos y casi lo consigue.

En el año 700 el rey Egica enfermó gravemente ordenando de forma apresurada la unción de su hijo Witiza, que se realizó en Toledo el 24 de noviembre de ese mismo año y fue el último acto destacado del siglo VII. Egica consiguió vivir dos años más; en ese tiempo nos cuenta la crónica que hubo un intento de invasión extranjera por las costas murcianas. No está bien documentado si los agresores eran bizantinos o musulmanes, lo cierto es que se produjo una refriega en la zona de Orihuela de la que salieron victoriosos los godos dirigidos por el duque Teodomiro.

El reinado de Egica se puede inscribir en el contexto de la crisis resquebrajadora de la unidad visigótica. La cohesión interna se derrumbaba por momentos y el ejército se mostraba tremendamente condicionado por los aspectos protofeudales de la época. La ineficacia militar quedó patente en las luchas intestinas o en las que se mantuvieron contra los francos durante esos años. Así terminaba el siglo VII, acaso el más hermoso de la hegemonía visigoda, con el impulso cultural de personajes como Isidoro de Sevilla, Braulio de Zaragoza o Julián de Toledo. Reyes escritores como Sisebuto o pacificadores como Recesvinto supieron sortear la ingente cantidad de problemas generada por el devenir de los acontecimientos.



En diciembre del año 702 fallecía por causas naturales el rey Egica, que cedía el mando absoluto a su hijo y corregente Witiza, un joven de apenas veintidós años que asumía la entrada en el siglo VIII con un horizonte gris para su pueblo.

#### XXXVIII. Witiza

Los judíos fueron injustamente tratados por los reyes anteriores, incluido mi padre, hora es que los godos nos pongamos a bien con ellos para beneficiarnos de su buen gobierno económico.

Witiza, rey de los visigodos, 702-710

#### Siembra de confusiones

El reinado de Witiza nos ha llegado envuelto por la neblina; la falta de rigor documental hace que los investigadores caigan constantemente en múltiples contradicciones. La primera medida adoptada por el rey fue la de convocar el XVIII Concilio de Toledo, pero poco sabemos de esta reunión pues las actas fueron destruidas o se perdieron a manos de los católicos. Se puede deducir que Witiza no comulgaba con los postulados antisemitas anteriores, ya que rebajó notablemente las penas y persecuciones contra los judíos, invitando a los exiliados hebreos a regresar a Hispania con la promesa, más o menos certera, de confiarles la gestión económica del reino. Estas decisiones pusieron de uñas a los obispos católicos; a tanto llegó la alteración episcopal que lanzaron numerosas informaciones oscuras sobre el nuevo rey, acusándolo de lujurioso, perverso y malvado. A esto Witiza respondió animando a los clérigos a contraer matrimonio en lugar de seguir amancebados como, al parecer, casi todos tenían por costumbre.

La imagen de Witiza ha quedado deformada a consecuencia de su tenaz enfrentamiento con el clero católico; en cambio, existen investigadores que lo califican como rey inteligente, justo y prudente. Sospecho que nunca sabremos la verdad sobre la vida de un monarca que tuvo que sofocar constantes revueltas internas, entre ellas las del duque Teodofredo, supuesto hijo de Chindasvinto que se sublevó en Córdoba sin resultado y sufrió la consabida extracción de los ojos a la que se sometía a todos aquellos traidores dispuestos a usurpar el trono. También cuenta la historia que en sus tiempos de regente, cuando vivía en Tuy, estranguló con sus propias manos a Favila, hermano de Teodofredo; ya sabemos por la leyenda que Favila era padre de Pelayo, mientras que Teodofredo lo era de Rodrigo.

Witiza tuvo tres hijos llamados Agila (Achila), Olmundo y Ardabasto (Ardón). En febrero del año 710 moría por causas naturales el rey Witiza sin haber cumplido los treinta años. La última voluntad del monarca fue la de nombrar a sus hijos herederos al trono, el inconveniente radicaba en la minoría de edad de los niños. Agila, el mayor, tan sólo tenía diez años, lo que suponía un serio obstáculo para el gobierno de un reino en caída libre, debido, en buena parte, a los desaires existentes entre los poderes fácticos.

Los seguidores de Witiza no tuvieron dudas a la hora de proclamar como rey al pequeño que, desde entonces, se llamaría Agila II, pero las facciones visigodas más conservadoras entendieron que el propósito de los witizanos no era sino fragmentar el reino visigodo en pequeños estados. Ante la sospecha se reunió con urgencia el Aula Regia y en marzo eligieron rey a Rodrigo, duque de la Bética e hijo de Teodofredo. La guerra civil estalló con extrema virulencia devastando lo poco que quedaba del orgulloso reino visigodo. Fue un conflicto entre familias; por un lado, los descendientes de Chindasvinto con Rodrigo al frente; por otro, los de Wamba, encabezados por Agila II.

Los seguidores de Rodrigo culminaron con éxito diversas operaciones militares y consiguieron expulsar a los leales de Agila II a zonas muy alejadas de Toledo. En la Narbonense y Tarraconense se estableció Agila II, donde fue respetado como rey hasta su muerte en el año 716.

Oppas, el hermano de Witiza, se refugió en Ceuta, donde gobernaba el conde Julián, un presunto pariente. En poco tiempo la idea unificadora del Aula Regia

imperó por casi toda la Península. Los reductos de Agila II en el nordeste aguantaron las embestidas de las tropas de Rodrigo. Mientras tanto, en el norte de África se empezaba a gestar la tragedia para los godos. Oppas y Julián negociaban la ayuda musulmana para rehabilitar en el trono de Toledo al joven Agila II, sin descartar que ellos mismos pretendieran ocupar ese trono. La alianza con los musulmanes se concretó a principios del 711, aportando éstos una fuerza expedicionaria a cambio de abundantes riquezas. Todo estaba dispuesto para el capítulo final de la historia del reino visigodo de Toledo, con el rey Rodrigo como último y destacado protagonista.

#### XXXIV. Rodrigo

Sólo me queda la deshonra de haber permitido la pérdida de mi reino, triste final el que tuvieron los godos en las hermosas tierras de Hispania.

Rodrigo, último rey visigodo, 710-711

#### El fin del reino visigodo

En la historia del último rey de los godos se entrelazan toda suerte de aspectos fidedignos y legendarios. Es sumamente difícil abordar los acontecimientos que jalónaron los últimos diecisiete meses oficiales del reino visigodo. Éste fue el tiempo que tuvo Rodrigo para gobernar de forma recta y justa a un pueblo sometido a las inclemencias de tanto desbarajuste regio acumulado en los momentos finales de aquella epopeya.

Después de la pequeña guerra civil entre los partidarios de Witiza y los de Rodrigo, éste fue proclamado y ungido el 1 de marzo del año 710. Los vencidos acataron la nueva situación, pero muchos huyeron buscando refugio y venganza en las zonas marginales del reino; es el caso del hermano de Witiza, Oppas, obispo de Sevilla, que, junto a Sisberto, antiguo opositor a la monarquía, buscaron ayuda en la plaza de Ceuta. Allí se encontraba el conde Julián, personaje oscuro al que se han atribuido diversas procedencias: unos piensan que era el antiguo gobernador bizantino de la ciudad (Cartago había caído en manos musulmanas en el 698 y puede ser que Ceuta se quedara como último reducto de los de Bizancio), otros lo sitúan entre los bereberes, aunque la gran mayoría se inclina por la tesis de un Julián godo pariente de Witiza y custodio del puntal sur visigodo que servía de tope al empuje del joven Imperio Musulmán.

Los árabes llevaban casi un siglo de campaña. El impulso inicial alentado por Mahoma había provocado una marea de alto calibre, tropas árabes y aliadas se extendían como la pólvora por diferentes latitudes. El vertiginoso ataque cubrió con banderas de media luna muchos miles de kilómetros, incluyendo la totalidad norteña de África. Es lógico pensar que la debilitada Hispania sólo fuera un punto más que ocupar para los enérgicos musulmanes.

La leyenda nos habla con insistencia de un Rodrigo o Roderico -de las dos formas se puede llamar-, pecador pertinaz, obsesionado por el poder y los placeres, y en ese sentido son varias las narraciones fabuladas que convergen ante el personaje histórico. En una de esas crónicas conocemos cómo el ambicioso Rodrigo se encamina junto a sus caballeros hacia un supuesto palacio de Hércules que se encontraba en Toledo. El lugar se inscribía en la rancia tradición visigótica pero nada se sabía sobre lo que contenía el recinto, ya que la costumbre ordenaba que cada nuevo monarca colocara un candado en la puerta del palacio a fin de evitar tentaciones. Rodrigo, desatendiendo consejos que impidieran seguir fomentando su curiosidad, ordenó descerrajar los herrumbrosos candados para posteriormente entrar en el enigmático lugar. La sorpresa vino cuando Rodrigo y los suyos comprobaron asombrados que tanto misterio no se sostenía sobre ningún argumento tangible, pues no había belleza que contemplar, ni tesoros que tomar. Únicamente se percataron de la existencia de un arcón que, una vez abierto, mostró su contenido: una pieza de tela que Rodrigo desplegó con cuidado para mirar con temor lo que en ella se adivinaba. La visión ofrecida por el tapiz enseñaba a unos guerreros vestidos y armados a la usanza musulmana; debajo de las imágenes había un texto en el que se advertía que la violación del cofre supondría la invasión del reino a cargo de personajes

como los representados en el lienzo. La lectura provocó murmullos y exclamaciones entre los acompañantes de Rodrigo que, tras una pequeña reunión, decidieron salir con paso ligero del palacete, cerrándolo a cal y canto, para no volver jamás, después de haber pedido perdón por la osadía morbosa que tan nefastamente había roto la tradición goda.

Conocida es la escena del rey mirando lascivamente el baño de Florinda, y el encuentro forzado que se produjo entre los dos. Florinda, en la tradición, era hija del conde Julián, que la habría enviado a la corte toledana, tal y como hacían otros nobles godos con sus hijos, con el objeto de dar a los descendientes instrucción y educación preferente al lado del rey. Florinda destacaba por su belleza y virtud, facetas que no le pasaron inadvertidas al lujurioso Rodrigo que, impetuoso, desfloró a la joven en contra de su voluntad. La noticia del hecho llegó a Ceuta, donde un atormentado padre buscó cobrarse venganza permitiendo a los musulmanes el paso a Hispania. Como vemos, las leyendas animaron mucho este momento final.

Sea como fuere, la situación en el año 710 no invitaba al optimismo, más bien lo contrario. Los árabes eran poderosos y no estaban dispuestos a dejar pasar la oportunidad única de apropiarse de un territorio rico y cuajado de fertilidad. La guerra fratricida entre facciones godas abonó el campo del conflicto. Los witizanos pidieron ayuda a Musa o Muza, gobernador del norte de África por delegación del califa de Damasco. Seguramente no esperaban de los árabes nada más que la ayuda militar y el consiguiente tributo. Otros líderes visigodos ya habían recurrido a estas alianzas en épocas anteriores: nos acordamos de Atanagildo llamando a los bizantinos, o de Sisenando buscando el refuerzo de los francos; por tanto, no era descabellado buscar el amparo de aquel poder emergente, sobre todo si tenemos en cuenta que la situación de los seguidores de Agila II comenzaba a ser angustiosa. Ese mismo año una partida de 500 bereberes bajo el mando del capitán Tarif Ibn Malluk ponía pie en Hispania con el propósito de un reconocimiento militar de la zona. Tarif y los suyos cumplieron con éxito la misión y regresaron a África con un cuantioso botín; el recuerdo de aquella acción inicial dio nombre a la actual Tarifa. Un año más tarde, el rey Rodrigo movilizó a su ejército ante una sublevación vascona en las cercanías de Pamplona. Hacia ese lugar partió, y la casualidad o el servicio secreto witizano hicieron que fuera el momento aprovechado por los musulmanes y sus aliados para iniciar la agresión.

En abril del año 711 cuatro hermosas naves del patrimonio que poseía el conde Julián comenzaron a transitar las aguas del estrecho con miles de hombres reclutados en las poblaciones berberiscas. Al frente de la expedición se encontraba Tariq Ibn Ziyad, lugarteniente de Musa, además de un espléndido estratega militar. Durante varios días centenares de soldados fueron llegando a las estribaciones de un monte que pasaría desde entonces a denominarse Gibraltar, la montaña de Tariq.

El contingente bélico musulmán estaba compuesto por casi 7.000 guerreros que pronto comenzaron a fortificarse a la espera de refuerzos. La oleada invasora no tardó en ser conocida por toda la Bética; en la zona operaba Bencio, Bancho o Sancho, un supuesto sobrino de Rodrigo, que se lanzó contra los musulmanes terminando en una estrepitosa derrota. El rey recibió la noticia mientras se empleaba a fondo en su campaña contra los vascones, bajando con más prisa que acierto al sur y reclutando en su marcha a todos los efectivos disponibles.

Es complicado efectuar valoraciones sobre el peso numérico del ejército godo alistado por Rodrigo. Según la crónica poética, nos acercaríamos a los 100.000 hombres, lo que sin duda es una exageración. Sabemos que las tropas visigodas eran más cuantiosas que las sarracenas, pero no en esa medida. Los árabes disponían de 7.000 guerreros a los que se sumaron otros 5.000 llegados de África; a los 12.000 resultantes se añadieron tropas auxiliares de origen judío o witizano, por lo que debemos imaginar un ejército que rondaba los 20.000 efectivos. Por su lado Rodrigo contaba con el ejército real, además de tropas clientelares de la nobleza leal a su facción. También se movilizó a la totalidad de la guardia personal de Rodrigo, lo que supuso desguarecer la capital, Toledo. se aceptó a regañadientes el apoyo de nobles seguidores de Witiza entre los que

se encontraban los otrora enemigos Oppas y Sisberto. Todo esto nos daría unos 40.000 soldados visigodos dispuestos a repeler al invasor. Las dos formaciones se fueron acercando hacia el inevitable encuentro que se produjo entre el 19 y el 26 de julio del 711 en Wadi Lakkah, tierra perteneciente a la actual Cádiz, hipotéticamente en las riberas del río Guadalete. Aunque otros historiadores situarían la batalla en Barbate, o en la propia Medina Sidonia, lo cierto es que la refriega ha pasado a la historia como la batalla de Guadalete. Los combates fueron duros y comprometidos; Rodrigo tomó la posición central del ejército visigodo, dejando los flancos para las tropas de Oppas y Sisberto. Los encontronazos iniciales dieron paso a una lucha generalizada en todo el frente, hasta que los witizanos descubrieron el plan urdido en fechas anteriores. El complot cobró fuerza cuando Oppas y Sisberto convencieron a otros nobles para que se pasaran a su bando. Una vez conseguidos sus fines, el desconcierto hizo presa en las filas visigodas. Durante horas, nobles y guerreros cambiaron de lado dejando a Rodrigo solo y sin tropas que defendieran sus alas. La confusión dio paso a unos enardecidos musulmanes que, en poco tiempo, rodearon lo que quedaba del ejército leal al rey hasta consumir una aplastante victoria para los hombres de Tariq. Las bajas musulmanas ascendieron a 3.000 soldados, mientras que las visigodas han sido imposibles de cuantificar, pero es de suponer que fueron muchas más. Los restos del maltrecho ejército godo escaparon a duras penas: un grupo más o menos numeroso se refugió en Écija, los demás huyeron hacia el norte. Nadie pudo imaginar en ese verano del 711 que había llegado el fin para el reino visigodo en Hispania.

Rodrigo acabó su reinado en la batalla de Guadalete; son varias las versiones que circulan sobre la muerte del último rey godo. Unos dijeron que murió a manos del propio Tariq, otros afirmarían que murió ahogado en las aguas del Guadalete cuando encontraron los restos de su caballo y armadura en una de las orillas. Lo más fiable es que Rodrigo escapara con el ánimo de recuperarse para poder organizar una resistencia razonable. Esto se puede conjeturar porque años más tarde apareció una extraña tumba en la antigua provincia de Lusitania. El sepulcro fue hallado cerca de la localidad de Viseu; en la lápida se podía leer Rodericus Rex. Muriera aquí o allá, lo único cierto es que con él acaban tres siglos de historia visigoda iniciados con el saqueo de Roma y concluidos en la tremenda batalla de Guadalete. Ni siquiera su familia permaneció fiel a la causa visigoda. Egilona, su mujer, murió en el 712 dejando una hija llamada Egilón, que se casó con el gobernador de Al-Andalus Abd Al Aziz tras convertirse al islamismo. Fruto de esa unión nació Ben Abd Al Aziz Omar, que llegó a ser califa de Damasco entre el 717 y 720. Una paradoja del destino hizo que el nieto del tan cristiano Rodrigo llegara a ser califa del mundo musulmán.

Los musulmanes se propagaron rápidamente por la Península, barriando en pocos años la escasa resistencia planteada por los antiguos dueños de esos lares. Toledo fue tomada casi sin lucha, y un Tariq triunfal se apropiaba del tesoro visigodo. El hecho molestó al receloso Musa, que ante tanta victoria de su lugarteniente decidió él mismo acudir con un ejército de 18.000 guerreros para asumir el éxito de la operación. Las disputas de los dos árabes se extendieron hasta la lejana Damasco, a la que llegaron para pedir justicia al califa en el reparto del botín hispano. Se cuenta que entre las riquezas incautadas brillaba con luz propia la poderosa mesa del rey Salomón, robada por las tropas de Alarico en el saqueo de Roma y redescubierta por Tariq en Toledo. La pista hacia esta insigne reliquia la perdemos en estos años, aunque ni siquiera podemos dar crédito a que la mesa descubierta por el general de Musa fuera la auténtica, pues las descripciones de una y otra son bien distintas. El expolio no fue completo; como ya sabemos, buena parte del tesoro fue escondido en lugares secretos. Hallazgos como el de Torredonjimeno o Guarrazar así lo atestiguan; por otra parte, siempre se dijo que una cuantiosa dotación patrimonial de los godos sigue todavía oculta en Francia, localizada en la vieja septimania en sitios como Toulouse o Carcasona.

El tesoro superviviente de los godos sigue siendo, hoy en día, un misterio por develar.

El aliento inicial de una simple intervención extranjera en un conflicto civil desembocó en el huracán de una invasión en toda regla. Los habitantes de Hispania vieron en eso una liberación, ya que los árabes eran menos exigentes en los impuestos y religión que los anteriores gobernantes, permitiendo libertad de culto y derecho a las propiedades. El pueblo judío obtuvo pingües beneficios de los magnánimos árabes, que encomendaron a los hebreos gestión y gobierno en algunas de las plazas conquistadas. Hubo un cambio en la capitalidad del reino: Toledo cedía ese honor a Córdoba, que desde entonces se convirtió en centro neurálgico de Al-Andalus y llegó a rebasar el millón de habitantes un siglo más tarde. El esplendor omeya hizo de la bella Córdoba la ciudad más importante de Europa.

Estas conquistas territoriales preocuparon a los witizanos, pues aquello superaba con creces la ayuda que precisaban para obtener el trono visigodo; fue entonces cuando empezaron a reclamar justicia a los impasibles sarracenos. Éstos, ante todo agradecidos por el inmenso botín capturado, decidieron repartir unas migajas entre sus consternados aliados. Al pobre Agila le ofrecieron la devolución de unas tres mil villas incautadas por la monarquía anterior; seguramente, en rigor a la verdad, deberíamos quitar algún cero. El joven respondió muy enojado que no quería limosna sin su perdido trono, pero ya sabemos cuál fue la réplica de los nuevos amos.

En el 716 moría Agila II, sucediéndole su hermano Ardabasto o Ardón, que mantuvo un cierto dominio sobre zonas específicas de la Tarraconense y Septimania hasta el año 720 en el que falleció sin que ningún otro gobernante visigodo asumiera el trono de aquel pueblo abandonado a su suerte.

Únicamente nuestro querido Pelayo, hijo del duque Favila y primo, por tanto, de Rodrigo, supo aguantar desde sus montañas cántabro-asturianas el golpe de ariete musulmán. Su obstinación provocó en el año 718 el combate de Covadonga y el comienzo de una resistencia de casi ochocientos años en la que surgieron reinos feudales que, al entroncarse, dieron como resultado este lugar común que todos llamamos España.

XXXV. Los reyes Godos

Cronología Monárquica

Alarico, 395-410, primer rey o caudillo de la saga.

Reino arriano de Tolosa

Ataúlfo, 410-415, el primer rey visigodo que puso pie en Hispania.

Sigerico, 415, el reinado más breve de la historia visigoda.

Walia, 415-418, vencedor de suevos, vándalos y alanos, y fundador del reino de Tolosa.

Teodorico (Teodoredo I), 418-451, el reinado más longevo de la historia visigoda.

Turismundo, 451-453, el rey valiente vencedor de Atila.

Teodorico II, 453-466, el rey amigo de Roma.

Eurico, 466-484, el rey visigodo que vio caer el Imperio Romano y primero en crear legislación para los pueblos bajo mando visigodo (Código de Eurico).

Alarico II, 484-507, el rey que perdió Tolosa y que impartió justicia por separado a godos y habitantes de origen romano con la ayuda del Breviario que llevaba su nombre.

Reino arriano de Toledo

Gesaleico, 507-511, primer rey visigodo que gobernó en territorios hispanos.

Amalarico, 511-531, reinó quince años bajo la regencia de su abuelo Teodorico I el Grande, dando paso al intermedio ostrogodo.

Teudis, 531-548, el gran general de Teodorico I que llegó a ser rey por su buen gobierno.

Teudiselo, 548-549, con él termina la influencia ostrogoda en Hispania.

Agila, 549-554, uno de los reyes arrianos más intolerantes. Vio llegar a los bizantinos a Hispania.

Atanagildo, 554-567, con él además de los bizantinos llegó la capitalidad para Toledo.

Liuva I, 567-572, primer rey visigodo que asoció al trono a otro en busca de un mejor gobierno del reino.

Leovigildo, 568-586, gran rey legislador impulsor del Codex Revisus y unificador de todos los territorios hispanos bajo el cetro visigodo.

#### Reino católico de Toledo

Recaredo, 586-601, primer rey que abrazó oficialmente la fe católica, obligando al Estado y al clero arrianos a su conversión.

Liuva II, 601-603, cuarto miembro de una misma dinastía y uno de los reyes más jóvenes en la historia visigoda.

Witerico, 603-610, que intentó devolver al Estado visigodo a la antigua religión arriana sin resultado.

Gundemaro, 610-612, en su reinado se reconoció a Toledo como capital religiosa de Hispania.

Sisebuto, 612-621, rey culto y guerrero, perseguidor de los judíos.

Recaredo II, Febrero-marzo de 621, hijo de Sisebuto y de breve reinado.

Suintila, 621-631, formidable militar que expulsó a los bizantinos de Hispania.

Sisenando, 631-636, que ocupó el trono gracias a la ayuda de los reinos francos.

Chintila, 636-639, fue el rey que llegó al trono con más edad. Su proclamación coincidió con la muerte de Isidoro, la personalidad más interesante en toda la época visigoda.

Tulga, 639-642, uno de los reyes godos más limitados y peor preparados.

Chindasvinto, 642-653, rey amante de las leyes y ejecutor de 700 nobles disconformes con su gobierno.

Recesvinto, 653-672, editor del Liber Iudiciorum o Lex Visigothorum, obra que recopilaba las principales leyes godas con el añadido de otras nuevas. Su corona superviviente es el más bello ejemplo del arte visigodo.

Wamba, 672-680, último gran rey de los godos, depuesto por engaño al suministrarle un hipnótico haciendo creer que su muerte era inminente.

Ervigio, 680-687, con él comienza el declive del reino visigodo.

Egica, 687-702, bajo el que continúa la hecatombe económica y se decreta la persecución total contra los judíos. El hambre y la peste bubónica diezman a la población.

Witiza, 702-710, en su reinado se mostró más tolerante con los judíos, reprochando a la Iglesia católica algunas actitudes. La precariedad del Estado se aceleró con las hambrunas del 708-709.

Rodrigo, 710-711, último rey de los godos, vencedor de la facción de Agila II. Su reinado terminó de forma sangrienta en la célebre batalla de Guadalete, donde según la crónica poética finalizó el dominio godo sobre Hispania.

#### Fin del reino católico visigodo de Toledo

Observación: En este listado no he considerado oportuno incluir las figuras de Agila II y Ardón. En el primer caso, 710- 716, fue elegido por un pequeño grupo de nobles leales a Witiza y sólo fue respetado como rey en algunas zonas de la Tarraconense y Narbonense. El segundo caso fue una mera resistencia a la aceptación de la nueva realidad imperante. Ardón o Ardabasto era hermano de Agila y se limitó a aguantar hasta el 720, fecha en la que falleció.

## Cronología de hechos relevantes

- 378- Batalla de Adrianópolis.
- 395- Muerte del emperador Teodosio, fractura del Imperio Romano.
- 409- Vándalos, suevos y alanos entran en Hispania.
- 410- Saqueo de Roma a cargo de las tropas de Alarico.
- 411- Los visigodos se instalan como feudos en Hispania.
- 414- Boda entre Ataúlfo y Gala Placidia.
- 415- Estalla la guerra entre godos y el resto de pueblos germánicos en Hispania.
- 418- Los visigodos se instalan en Aquitania creando el reino de Tolosa.
- 423- Muerte del emperador Honorio.
- 428-429- Los vándalos de Genserico pasan al norte de África.
- 439- Los vándalos toman Cartago.
- 441-454- Sublevaciones bagaudas en Hispania.
- 451- Los hunos de Atila son derrotados en la batalla de los Campos Catalaúnicos o Muriacos.
- 455- Muere Valentiniano III, hijo de Gala Placidia y del general Constancio.
- 459- Renovación del foedus entre los visigodos y el Imperio Romano.
- 468- Guerra entre suevos y visigodos.
- 475- Eurico penetra en Hispania.
- 476- Destronamiento de Rómulo Augústulo, fin del Imperio Romano de Occidente.
- 484- Alarico II gobierna en la práctica totalidad del territorio hispano salvo reductos vascones y reino suevo.
- 493- Alarico II gobierna en la práctica totalidad del territorio hispano salvo reductos vascones y reino suevo.
- 493- Los ostrogodos inician la invasión de Italia.
- 496- Teodorico I el Grande es reconocido rey de Italia.
- 507- Tras la batalla de Vouillé, se pone fin al reino visigodo en Tolosa. Instalación definitiva en Hispania.
- 526- Después de quince años de regencia en Hispania, muere Teodorico I, Barcino (Barcelona), capital del reino visigodo.
- 527- II Concilio de Toledo.
- 531- Emérita Augusta (Mérida), capital visigoda.
- 533- Los bizantinos conquistan el norte de África.
- 541-542- Incursiones francas por el valle del Ebro.
- 552- Los bizantinos llegan a Hispania.
- 554- Toledo, capital del reino visigodo.
- 560- Conversión de los suevos al catolicismo.
- 572- Córdoba y Málaga, reconquistadas a los bizantinos.
- 577-578- Revueltas campesinas en la Oróspeda.
- 579- Conversión al catolicismo del príncipe Hermenegildo, hijo de Leovigildo. Estalla la guerra civil.
- 585- El conde Sisberto asesina a Hermenegildo en Tarragona. Tropas visigodas entran en Galicia poniendo fin al reino suevo.
- 589- Conversión masiva de los visigodos arrianos al catolicismo. Celebración del III Concilio de Toledo, bajo la dirección de san Leandro.
- 613- Sisebuto ordena la persecución de los judíos.
- 625- Expulsión bizantina de Hispania.
- 633- IV Concilio de Toledo, bajo la dirección de san Isidoro.
- 636- Celebración del V y VI Concilios de Toledo. Fallece san Isidoro.
- 646- Celebración del V y VI Concilios de Toledo. Fallece san Isidoro.
- 646- VII Concilio de Toledo.
- 653- VIII Concilio de Toledo.
- 654- Promulgación del Liber Iudiciorum o Lex Visigothorum.
- 655- IX Concilio de Toledo.
- 656- X Concilio de Toledo.
- 675- XI Concilio de Toledo.
- 681- XII Concilio de Toledo, bajo la dirección de san Julián.
- 683- XIII Concilio de Toledo, bajo la dirección de san Julián.
- 684- XIV Concilio de Toledo, bajo la dirección de san Julián.

688- XV Concilio de Toledo.  
693- XVI Concilio de Toledo.  
698- Los árabes toman Cartago.  
702- Celebración del XVIII Concilio de Toledo.  
710- Guerra civil entre los seguidores de Witiza y los de Rodrigo.  
711- Invasión musulmana de Hispania. Batalla de Guadalete, 19-26 de julio, con la total derrota visigoda; fin del reino de Toledo.

## Bibliografía

Arana, J. Ignacio de, *Historias curiosas de las guerras*, Espasa-Calpe, Madrid, 2001.  
Arce, J., *El último siglo de la España romana (288-409)*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.  
Barbero, A. y Vigil, M., *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Crítica, Barcelona, 1978.  
Barbero de Aguilera, A. y Loring García, M.I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", en AA.VV., *La España romana y visigoda*, Barcelona, 1989.  
Díaz y Díaz, M.C., "Introducción", en Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, J. Oroz Reta y M.A. Casquero, eds., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1982, pp. 7-257.  
Eslava Galán, J., *Grandes Batallas de la Historia de España*, Planeta, Barcelona, 1994.  
García Moreno, *Historia de la España visigoda*, Cátedra, Madrid, 1989.  
Jiménez Garnica, A., *Orígenes y desarrollo del reino visigodo de Tolosa*, Universidad, Valladolid, 1983.  
King, P. D., *Derecho y sociedad en el reino visigodo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.  
Maier, F.G., *Las transformaciones del mundo mediterráneo, s. III-VIII, Siglo XXI*, Madrid, 1989.  
Musset, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Editorial Labor, Barcelona, 1973.  
Orlandis, J., *Historia del reino visigodo español*, Rialp, Madrid, 1988.  
Palol, P. de., *Arte Hispánico de la época visigoda*, Polígrafa, Barcelona, 1968.  
Papol, P. y Ripoll, G., *Los godos en el Occidente Europeo: ostrogodos y visigodos en los siglos V-VIII*, Ediciones Encuentros, Madrid, 1988.  
Pérez - Prendes, J.M., *Interpretación histórica del Derecho*, Universidad Complutense, Madrid, 1996.  
Remondon, R., *La crisis del Imperio Romano, de Marco Aurelio a Anastasio*, Labor, Barcelona, 1967.  
Sanz Serrano, R., *Las migraciones bárbaras y la formación de los primeros reinos de Occidente*, Síntesis, Madrid, 1995.  
Sayas Abengochea, J.J. y García Moreno, L.A., *Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos, s. IV-X*, Labor, Barcelona, 1981.  
Sevilla, san Isidoro de, *Historia de regibus gotorum, wandalorum et suevorum, Chronicon, siglo VII*.  
Tejar, R., *La época de los Valentinianos y de Teodosio*, Akal, Madrid, 1990.  
Thompson, E.A., *Los godos en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.  
Voltes, P., *Rarezas y curiosidades de la Historia de España*, Flor del Viento, Barcelona, 2001.  
Yarza, J., *Arte arquitectura en España, 500-1250*, Cátedra, Madrid, 1991.

## Índice

### Introducción

#### I. Alarico

#### Los godos, tribu en expansión



Alianzas y desacuerdos con Roma  
Alarico, el orgullo de los Visigodos  
Sueños de grandeza  
II. Ataúlfo  
Los visigodos llegan a Hispania  
III. Sigerico  
Semana trágica en Barcino  
IV. Walia  
Alanos, suevos y vándalos.  
El nuevo enemigo  
Albores para el reino de Tolosa  
V. Teodorico  
El amigo de Roma  
La muerte de Teodorico  
VI. Turismundo  
El rey Rebelde  
VII. Teodorico II  
Nuevos objetivos  
VIII. Eurico  
Los años felices de tolosa  
IX. Alarico II  
Fin del sueño de tolosa  
X. Gesaleico  
Hispania, dulce hogar  
XI. Amalarico  
La influencia ostrogoda  
XII. Teudis  
El buen Rey Ostrogodo  
XIII. Teudiselo  
Fin del intermedio Ostrogodo  
XIV. Agila  
Estalla la guerra civil  
XV. Atanagildo  
El reino de Toledo  
XVI. Liuva I  
La oportuna transición  
XVII. Leovigildo  
Esplendor toledano  
La rebelión de hermenegildo  
XVIII. Recaredo  
Catolicismo, la nueva religión  
XIX. Liuva II  
Golpe de estado a la dinastía  
XX. Witerico  
El rey Tirano  
XXI. Gundemaro  
Rey enterrado, rey puesto  
XXII. Sisebuto  
Intolerancia Católica  
XXIII. Recaredo II  
Renacimiento isidoriano  
XXIV. Suintila  
Unidad territorial  
XXV. Sisenando  
Cambio de poderes  
XXVI. Chintila  
La muerte de Isidoro  
XXVII. Tulga  
Una sociedad a la moda  
XXVIII. Chindasvinto  
Fortaleza dinástica

XXIX. Recesvinto  
Un tiempo de paz  
XXX. Wamba El último de los notables ... 129  
XXXI. Ervigio  
La debilidad de un reino  
XXXII. Egica  
Un reino en decadencia  
XXXIII. Witiza  
Siembra de confusiones  
XXXIV. Rodrigo  
El fin del reino visigodo  
XXXV. Los reyes Godos  
Cronología Monárquica  
Cronología de hechos relevantes  
Bibliografía